

Gregorio F. Baremlitt

CRUENTOS CUENTOS



Produção:
Editora Instituto Gregorio Baremlitt | IGB, Belo Horizonte 2023

Suporte técnico:
Andrea Esteves

Projeto gráfico, diagramação e ilustrações:
Dinah Verleun

Ilustração de Capa:
Fernanda de Souza Vilela

ISBN 978-65-999123-1-3



9 786599 912313



Por Gregorio F. Baremlitt

Dedico éste libro, como decía Kafka,

“A un Pueblo que está por venir”

Especialmente porque no sabemos
si y como vendrá.



Agradecimientos y disculpas

Este libro es un plagio. Se lo he plagiado a la vida.

Agradezco a Dinah Verleun, designer e ilustradora desta obra y a Henrique Galhano, que lo pusieron en el Internet, cosa que a mi analfoinformatica le sería absolutamente imposible.

Agradezco a todos los que, durante los muchos años que me tomó escribirlo, NO leyeron este libro. Si hubiesen opinado al respecto seguramente no lo publicaría nunca.

Pido sinceras disculpas a los personajes de estos cuentos, cuyos dramas a menudo solo conseguí narrar irónicamente. Cada uno lidia con el dolor como puede.

Pido sinceras disculpas a los verdaderos cuentistas. Yo me conformaría con ser un buen simulacro. Tal vez en un próximo libro lo consiga.

Agradezco a los contadores de cuentos de mi tierra natal. Hago votos porque mi gravedad no haya conseguido apagar alguna gracia que generosamente me legaron.

El título de estas páginas, y la constancia de mi autoría, apareció intrigante en el Internet por obra de algún admirador anónimo. Lo interesante es que ese frontispicio no estaba seguido por texto alguno. Ahora desagradaré a mis pocos lectores, con las siguientes páginas los habré privado del encanto de ese misterio.

Índice

Dedicatoria

Agradecimientos y disculpas

Índice

Análisis taxista de la conjuntura	007
Confianza	029
Conversación en el confesionario	039
Correos y telégrafos	047
No lo puedo creer	055
El cálculo del fuego	061
El líder	077
El viejo y el Peugeot	087
Íncubo	099
La masacre de las palomas	109
La mujer fatal	119
Las endivias son argentinas	127
Las fronteras del amor	139
Los cuadrados	153
Los ídolos y sus fans	159
Miguel Estrogonoff	175
Obras completas	177
Shopping Love	181
Una tardecita porteña	209
Uno se olvida, vió?	225



NALISIS TAXISTA DE LA CONJUNTURA

”Imposible, te vas a enloquecer y no vas a conseguirlo”, le dijeron sus socios de la empresa a Cándido cuando les explicó que estaba programando un viaje de tres días para Buenos aires, para hacer todos los trámites que necesitaba. A Cándido no le parecía tan imposible, pero la verdad es que dudaba de su opinión, porque hacía quince años que no volvía a su país de origen.

Cándido era un Contador público de bastante éxito, soltero, ya de edad madura y afiliado al Partido Radical, cuando en 1970 a sus hermanos, con los nunca se entendió política-

mente, se le ocurrió meterse a militar en varias organizaciones revolucionarias diferentes (porque, la verdad sea dicha, tampoco se entendían entre sí). Por esa época sus padres ya habían fallecido y tanto él como todos los hermanos se veían muy poco.

Cuando esa “fratria” comenzó a caer “en cana”, le fue aconsejado a Cándido que se fuera del país. En principio le pareció absurdo porque él no tenía, no solo ninguna actividad subversiva, sino el menor contacto con sus hermanos. Pero a medida en que fue constatando la fatal secuencia de los arrestos, vendió su casa, cerró su escritorio y tomó un avión para São Paulo.

En el Brasil, apesar de ser muy bien recibido por la colonia argentina, y de no haber sufrido ninguna persecución política (aunque sabía que los servicios de Inteligencia del Cono Sur estaban perfectamente unificados), el comienzo no fue fácil. Hasta que se consiguió una ocupación, (fundó una pequeña empresa de fabricación y comercialización de algunos productos textiles), tuvo momentos de angustia, de tristeza y, es claro, de aguda nostalgia. Sufrió mucho con la desaparición sucesiva de sus hermanos, pero rápidamente se convenció de que no podía hacer nada al respecto y que tenía que cuidar de su vida.

La obtención de la visa de Residente Permanente en el Brasil, le demoró casi tres años y nunca consiguió la nacionalidad brasilera, apesar de haberla gestionado durante años, así como se desanimó acerca de la perspectiva de reval-

idar su diploma.

Totalmente envuelto en sus actividades comerciales, matizadas, es cierto, por muchos churrascos con guitarra, bombo y discos de Ribero, así como por innumerables “romances” pasajeros, Cándido se fue consolando y olvidando de todo lo que había dejado atrás.

Pero cuando el radicalismo “tomó el poder” y volvió la “normalidad constitucional” a la Argentina, Cándido se dio cuenta de que se había desentendido por completo, no solo de la memoria y del destino de sus hermanos, como también de sus bienes, de los cuales era el único heredero. Por otra parte, su pasaporte argentino ya estaba vencido hacía quince años, su cédula de identidad argentina estaba bastante deteriorada por el ataque de diversos “líquidos” derramados sobre ella en las más calientes farras en las que estuvo, su carnet profesional seguramente ya no servía para nada porque no había pagado las mensualidades correspondientes del Colegio de Escribanos y, aunque no le entusiasmaba nada la idea, se sentía en falta por no haber buscado y, es claro, visitado, la tumba de sus padres, y tal vez, la de sus hermanos. Pero, aunque en todos esos años hizo viajes al exterior, durante el tiempo en que su pasaporte era válido, y otros a países limítrofes, la posibilidad de volver a Argentina le daba un malestar indefinible. Sería tal vez miedo? Miedo de reencontrarse con lugares y personas que le hiciesen revivir la pérdida de sus padres, hermanos, amigos, clientes, algunas novias...en fin. Pero ese miedo, decididamente no

incluía ninguna dimensión política, porque por lo que decían las noticias de la media y de los amigos que iban y volvían constantemente, la “guerra sucia” era ya apenas una pesadilla olvidada en el espíritu de sus compatriotas. Por otra parte, él mismo se devanó los sesos preguntándose si realmente debía haber emigrado, o si todo era un exceso de precauciones producto de la atmósfera de pánico de aquella época.

Los amigos argentinos le advirtieron de que, por lo menos la renovación del pasaporte y la cédula, podía perfectamente hacerlos por vía consular, y que, a pesar de que cualquier tipo de falsa implicación que le pudieran haber atribuido al activismo de sus hermanos, ya habría sobradamente prescripto desde cualquier punto de vista jurídico. Cándido, exactamente en función de sus dudas acerca de la exageración de precauciones que lo había llevado a un cambio tan costoso en su existencia, pensó que todos, como buenos argentinos, estaban dramatizando la cuestión en la tónica del tango etc etc. Podía ir por pocos días a Buenos Aires, (porque muchos más no tenían ningún sentido), y resolver enteramente todas las cuestiones de una vez, aunque tuviese que alojarse en un hotel del centro y tomar todos los taxis que fuese necesario.

De cualquier manera, cuando presento su cédula de identidad en la entrada de Ezeiza, una nube negra le pasó fugazmente por los ojos, especialmente porque había agentes de policía por todas partes y porque hasta los funcionarios de

inmigración y de la aduana tenían cara de policías: decían “positivo”, “negativo”, “circulen” y esas cosas... y hasta uno le preguntó, con una mirada torva, “Si era verdad que se quedaría solo tres días”.

Cándido tomó el primer taxi en el aeropuerto, y el chófer, un muchacho de alrededor de veinticinco años, de larga cabellera, bigote y barba ralas y aros en las dos orejas, lo sometió a un largo y aparentemente cordial cuestionario acerca de quien era, de donde venía, que iba a hacer en Buenos Aires, y todo lo demás que puede imaginarse. Cándido se sintió bastante incomodado por esa pesquisa, pero como el muchacho era simpático, tenía el taxi lleno de banderitas, fotos e insignias de Boca Juniors, (Cándido siempre había sido hincha de Boca), decidió dar toda la conversación que le fue requerida. Promediando el diálogo, el muchacho entró, con la mayor naturalidad y énfasis en el tema de la “situación actual”. Dijo que el país era un desastre, que los militares lo habían robado y destruido todo, que la inflación era espantosa, que los salarios no daban para nada, y que a él no le parecía que el nuevo gobierno radical iba a solucionar nada, razón por la cual deseaba irse para otros horizontes. Afirmó rotundamente que los radicales eran unos inútiles, que nunca habían gobernado bien, que ellos mismos se habían calificado alguna vez de “caca de paloma” por que no tenían olor, color ni sabor, que venían con un “hambre de décadas” y que, no solo se iban a robar lo que quedaba, sino capaz que ni acababan el mandato. Concluyó

diciendo que hasta que no volviese el peronismo, no se podía esperar ninguna mejora, y que el error del peronismo, a su manera de ver, era que no había sabido buscar las debidas alianzas en las Fuerzas Armadas, donde “había muchos compañeros peronistas que no fueron debidamente buscados y estimulados”. Cuando llegaron al hotel, el chico se despidió calurosamente de Cándido diciéndole que “para un boquense no hay nada mejor que outro boquense” y le cobró casi el doble de lo que correspondía, lo cual Cándido solo supo después, porque se le dió por hacer los cálculos.

El conserje del Hotel le recordo mucho a Cándido a los que conoció viajando por Italia, pero éste, en especial, era idéntico al personaje desempeñado por Donald Sutherland en 1900, de Bartolucci. Cándido le preguntó si sabía los horarios de atención al público del Departamento Central de Policía para emisión de Pasaportes. El hombre respondió altivamente que no sabía, pero que “lo lógico” es que fuese en horarios útiles de comercio.

Dejó su pequeño equipaje en el cuarto, que ostentaba en las paredes cuadros con fotografías del Glaciar Perito Moreno, del Hotel Llao-Llao y de la Virgen de Lujan, y bajó inmediatamente para tomar otro taxi. El chófer era un señor de alrededor de los sesenta, con los cabellos blancos peinados con gomina y una enorme nariz roja, coloración ésta que sugería, o bien alguna enfermedad cutánea o un alcoholismo inveterado. Gordo y sudoroso, trasuntaba un malhumor incontenible. El volante del auto estaba forrado en carey y el

respaldo de su asiento con una red de bolitas de marca japonesa. Sobre el tablero de controles lucía una fotografía de cuatro nenitos, (probablemente sus nietos), una de Carrizo, (el célebre guarda-meta de River Plate) con un cartelito que lo denominaba “El arquero Divino”. Como vió que Cándido prestaba especial atención a los nenitos, el taxista dijo com una voz grusea y áspera: “Lindos no?” Cándido, un poco intimidado se de hizo en elogios sobre los chicos y el chofer, tocado por ése interés entró rápidamente en confianza y después de preguntarle para que iba al Departamento de Policía, se lanzó de inmediato a consideraciones políticas a través del relato de una anécdota. Le contó que tenía un colega que habia puesto en su auto la fotografía de un tipo con barbita, bigotes y lentes chiquitos “de ésos que se usan ahora de nuevo”. Le relató que cuando inquirió al colega si ésa era la foto del prestamista que le prestaba “guita”, el colega se enojó y lo llamó burro y le aclaró de mala gana que era la “imagen de Trotsky...Brodsky o no sé lo que”... A partir de ésa anécdota, el chofer derramó un incontenible discurso doctrinario, en el que apenas se intercalaban insultos para con los otros automovilistas que “manejan en pedo”, o “deberían estar presos”, o algún comentario sobre las peatonas mujeres que aparecían: “Ese culo no lo sacó sentada en el banco la escuela”...etc.

Y así continuó:- “Vea señor, éste país tiene todo lo que necesita para ser la nación más rica del mundo, lo que pasa es que estamos podridos por dentro. Ud. que vive afuera, se-

guramente habrá leído acerca de los treinta mil desaparecidos, de la dictadura Militar y de todas esas boludeces. El problema no es ése, el problema es que hasta que aquí no haya un millón o más de desaparecidos el kilombo va seguir como está. Ud. tiene cara de italiano o de español, y parece que hace mucho que no vive aquí, pero- créame! Esto está lleno de judíos y de rusos que quieren entregar el País a la Unión Soviética o a la Cuarta Internacional! Y no hablemos de los “cabecitas negras”, que invadieron la Capital en tiempo de Perón y que solo quieren chupar y joder, pero no quieren ni oír hablar de laburar! Y los políticos?...para que vamos hablar de los políticos, ladrones es poco decir, están conchavados con los curas, los ricos de siempre. (porque siempre son los mismos), especialmente esos vampiros de la guita, los banqueros y los especuladores, y los comerciantes, que no sirven para un carajo más que para sacar su parte en todo lo que pueden!.Y también hay militares en el asunto, Si señor! Y lo digo con todo respeto y conocimiento de causa porque yo soy sargento primero retirado. Ud no sabe lo que hay de general metido en los negociados que tienen la fortuna robada bien segura en los bancos suizos. Todos bandidos señor, todos bandidos. Y que va a hacer con ellos? Reeducarlos? Hay que matarlos a todos! Aunque quedemos unos pocos. Le apuesto lo que quiera que en cinco años somos otra vez lo mejor de lo mejor!”-

Cándido, que se iba poniendo más y más tenso a medida de que llegaban a destino, ya no aguantaba más quedarse

callado,(pero le parecía que no era recomendable decir nada) y atinó a farfullar: “Que se yo, jefe, seguramente Ud tiene razón, pero quien va a elegir a los que tienen que morir, y quien los va a matar?”- El chófer no se irritó más de lo que estaba sino que adoptó un tono pedagógico.”_ “Querido: eso es claro como el agua, aquí todo el mundo sabe quién es quién, es solo formar tribunales de personas decentes que en treinta días los dejenerados están todos presos y condenados, y además, para que sirve la Policía, no la pagamos nosotros a la Policía”!

En ése momento llegaron al Departamento, Cándido bajó de taxi con un suspiro de alivio, y no hizo la menor objeción cuando el chofer le pidió quedarse con el vuelto -“Para la cerveza, sabe”?

En el edificio del Departamento de Policía había una cola de casi una cuadra y media que comenzaba en un cartel que decía “Pasaportes en veinticuatro horas”. Fué a hablar con los agentes que estaban en una mesita al lado de la puerta de entrada y trató de explicarles que vivía en el extranjero y que no tenía tiempo para hacer toda esa fila. Los agentes lo miraron como si fuese un marciano y lo mandaron al final de la cola a esperar su turno, aclarándole que eran las nueve y media de la mañana y que había gente que estaba allí desde las doce de la noche anterior. Cándido fué a tomar su puesto, en pleno rayo del sol, al lado de señoras embarazadas, de ancianos y de jóvenes taciturnos con cara de querer emigrar. Después de un par de horas, trabó conver-

sación con un peluquero de damas que se abanicaba amaneradamente con el diario La Nación, quien, con esa curiosidad indiscreta típica, y después de declarar que le encantaba Río de Janeiro, le preguntó; “Sr, disculpe, pero Ud. votó en las últimas elecciones?”- A Cándido se le subió el corazón a la garganta. Como iba a votar si no vivía en Argentina? “Pero Ud no se presentó a justificar en el Consulado en São Paulo?” Desde luego no había justificado nada, y no se atrevía ni a pensar que no había nada para justificar. Pidió que le conservaran el lugar en la cola y fué a preguntar a los agentes de la mesita sobre el particular. Estos lo mandaron a una repartición que quedaba a dos cuadras de allí, no sin advertirle que perdería su turno para éste trámite que estaba pretendiendo hacer.

Cándido corrió para la otra oficina donde había una cola, un poco menor , pero casi tan desesperante como la anterior. Cuando llegó a ser atendido eran las cuatro de la tarde. Solo había conseguido tomar una botella de agua mineral. Estaba muerto de hambre y de cansancio y de una sorda rabia que le iba naciendo del abdomen y se le generalizaba al cuerpo entero.

Una vez registrada la justificación electoral, volvió corriendo al Departamento, pero encontró la calle desierta. El horario de atención al público se había cerrado y los agentes de la mesita lo mandaron a volver al día siguiente, recomendándole que volviese “lo más temprano posible”.

Cándido tuvo que esperar bastante para conseguir un taxi,

porque era la hora de “rusch”, cuando finalmente subió a uno, se desplomó en el asiento envuelto en un terrible sonido de la radio del automóvil que propalaba, con una altura inimaginable, una canción argentina de moda que parecía una mezcla de flamenco con rock. El muchacho que dirigía el taxi, luciendo una cabeza completamente afeitada, y gritando para superar el volumen de la radio le preguntó “Estuvo haciendo cola en Departamento”? Cándido logró apenas asentir con la cabeza. Siempre a los alaridos el joven le dijo: “Sabe lo que pasa: que todo el mundo saca pasaporte porque se quiere ir de aquí”. Y agregó: “Estos tipos estan locos, irse de aquí para donde...donde mierda la van a pasar mejor que aquí.!? Este es un país maravilloso, amigo, esta lleno de minas! Ud vió las minas”? “Hay minas para tirar para arriba!” Un tipo como Ud disculpe no? Un tipo como Ud. todavía joven, bien vestido, con guita en el bolsillo y con un poco de labia si Ud. sale esta noche por Corrientes las minas lo van a perseguir hasta el catre”! -Yo tengo un montón de boliches y de minas amigas. Ellos me dan un porcentaje por los turistas que llevo. Pero Ud. no es turista, Jefe, Ud. es un argentino que está con las bolas llenas por los trámites. Yo no quiero un mango suyo. Si quiere, tome un baño en el hotel y después de las doce, que largo el servicio, yo lo guío y Ud. pasa una noche que no se va olvidar en toda la vida”!-

Cándido le agradeció gritando con sus últimas fuerzas, le pidió una tarjeta con el número de teléfono y se dejó caer

frente al hotel.

Solicitó al conserje que lo despertase a la doce de la noche y llegó al cuarto, pidió al restaurante un omelette de jamón y queso que llegó frío y del cual solo consiguió comer una cuarta parte, y antes de caer vestido en la cama, le vino un impulso inexplicable e irresistible de dar vuelta el cuadro de la Virgen de Luján de cara para la pared.

A las doce y media de la noche tomó otro taxi y pidió ser llevado al Departamento de Policía. El taxista, un muchacho fuerte con cara de indio, le preguntó si estaba con algún problema de robo, asalto o algo por el estilo, y le ofreció conectarlo con un oficial escribiente que era de Tucumán, de donde él mismo había emigrado para Buenos Aires dos años atrás. Cándido agradeció mascullando y el muchacho le dijo que la Capital se había puesto muy violenta los últimos años y que eso era porque la “mosca” estaba escasa y ya no daba más para vivir honestamente.

Después de siete horas de cola, Cándido fué atendido por una funcionaria que se parecía a Tita Merelo, que le tomó las impresiones digitales y lo retó porque sus dedos estaban tan duros que desperdició tres formularios. Cándido le explicó con un hilo de voz que estaba nervioso porque tenía poco tiempo y porque tenía miedo de perder el avión de vuelta al Brasil. La mujer le dijo que se dejase de pavadas porque en veinticuatro horas, como decía el cartelito de la entrada, podía retirar su pasaporte, junto con su cédula de identidad (que iba a quedar retenida hasta el día siguiente y

quiso tranquilizarlo mencionándole que, en el peor de los casos, si el pasaporte no estuviese listo, podía volver al Brasil solo con la cédula.

Cándido pasó unas horas frente a un café con leche completo, (una de las comidas que extrañaba) sin conseguir beberlo, tratando de decidir, si gastaría el día averiguando lo que había sido de los bienes de los hermanos y de la documentación definitiva de algunos suyos, o si iría a la tablada a visitar la tumba de todos los familiares.

Optó por ir al cementerio, para lo cual tuvo que tomar otro taxi en la puerta principal del departamento de Policía. Esta vez el taxista era un tipo de piel blanca, nariz afilada y cabellos cortitos, correctamente vestido con una camisa impecable y pantalones azules oscuros. Parecía ligeramente curioso por la trayectoria del viaje, desde el Departamento Central al Cementerio, y tardó mucho tiempo en preguntar si Cándido había perdido algún amigo. El pasajero repondió de muy mala gana que iba a visitar el sepulcro de varios familiares. Ese fué el comienzo de un verdadero interrogatorio, en el medio del cual Cándido comenzó a percibir que había una extraña multiplicación de preguntas que iban más allá de cualquier cortesía o pretexto de conversación. Sus contestaciones se tornaron cada vez más lacónicas, hasta que el chofer, después de un largo silencio se sintió obligado a pedir unas inconvencientes disculpas y decir;”No me interprete mal Sr. pero en éstos tiempos (aunque ya no es como antes), uno se fué acostumbrando a tratar de conocer a quien está lle-

vando en el coche”. Después de eso ya no cambiaron dos palabras y cuando llegaron a destino, se separaron tomando especial cuidado de no mirarse frente a frente.

En el cementerio Cándido lloró mucho frente a tumba de sus padres, y también frente al hecho de ninguno de sus hermanos estaba sepultado allí, y nadie le supo informar donde podrían estar.

Volvió al hotel en un taxi ruinoso conducido por un señor de cerca de setenta años que, a pesar del mutismo de Cándido, consiguió contarle que tenía una hija que estudiaba para fisioterapeuta, que él la mantenía con la jubilación y con el salario del taxi, que trabajaba doce horas por día, que tenía problemas de próstata y por eso no podía hacer viajes muy largos, pero que a veces tomaba pasajeros para el cementerio porque le gustaba frecuentar la residencia que lo esperaba y porque “-Aquí, entre nosotros, ya no veía la hora de que hija se recibiese y que él pudiese morir tranquilo, porque así como las cosas están aquí en País, Sr. esto ya no es más vida”.

Cándido llegó al hotel en el comienzo de la noche. Desde las ventanas se veían las luces de las calles y avenidas céntricas. El ruido de los automóviles iba decreciendo y corría una brisa agradable. Tuvo un impulso de bajar para pasear un poco, pero dio vuelta de nuevo el cuadro de la Virgen de Luján, tomó dos Vallium, pidió por teléfono que lo despertasen a las siete y media de mañana y se durmió recordando uno por uno a sus hermanos, como si dudase de que

alguna vez hubieran realmente existido.

Cuando en el Departamento de Policía lo llamaron por el número que se recogía en la entrada, Cándido dió un salto impulsado por una ansiedad incontenible de terminar con toda esa aventura. Pero el funcionario que lo atendió le preguntó “Cándido Tal y Tal? El Comisario Caruso quiere verlo en el primer piso”. Un vértigo hizo girar todo lo que rodeaba a “Tal y Tal” en ese aciago momento, una puntada aguda atravesó sus sienes y comenzó a parpadear inconteniblemente. “El Comisario quien”, “Porque!”. “Tal y Tal, Ud es sordo? Comisario Caruso, en el primer piso!”

Cándido, ahora ya Tal y Tal, aguardó casi una hora y media en la sala de espera del mencionado Comisario. La rabia sorda que ya había sentido se reavivó en él con fuerza y matices desconocidos hasta ahora. Se comió todas las uñas y estaba a punto de lavantarse para exigir ser atendido al agente que bostezaba copiosamente mientras hacía guardia junto a la puerta. Finalmente lo hicieron pasar y un sujeto vestido de civil con una insignia de no-se-qué en el ojal de la solapa (el hombre era una especie de amalgama entre Bela Lugosi y bailarín profesional de tango), le mandó sentarse y sin saludarlo ni presentarse le dijo: “El Comisario Caruso no está, pero yo me voy a ocupar de su caso. Ud es Tal y Tal?”. El funcionario, al que llamaremos Bela Lugosi tenía en una mano un grueso legajo amarillento que parecía ser el expediente de un proceso judicial.

Cándido, paralizado, solo conseguía repetir mentalmente:

“Su caso, su caso, su caso, su caso”. En la otra mano, Bela Lugosi empuñaba un pasaporte y la cédula de identidad de Tal y Tal.

Después de un largo y calculado silencio y mirándolo penetrantemente el funcionario, con una mueca irónica le espetó a Cándido.-“Uds. son lo más cara dura que vi en mi vida. Uds vienen aqui, al Departamento Central de Policía de la República Argentina a pedir la renovación de su pasaporte y de su cedula de identidad como si nada hubiese pasado, como si fuesen cualquier ciudadano decente, como si no supiesen nada de nada!”-

Cándido sintió que iba a desmayarse. Quiso decir algo pero Bela Lugosi comenzó a gritar; “Ud y sus hermanos se fugaron del país después de haber hecho la peores porquerías que se puede imaginar, robar, matar, destruir...y ahora Ud. quiere que yo le renueve los documentos!

Después de largos minutos de escuchar enmudecido esas terribles acusaciones, Cándido tuvo que intentar varias veces que ése ser terrible lo dejase hablar, y le costó una hora de explicar que él se había ido del país ya hacía más de diez años, que nunca tuvo militancia política alguna, que estaba convencido de que sus hermanos estaban muertos, que solo estaba en Buenos Aires por tres días para renovar los documentos...y así en adelante. Bela Lugosi lo interrumpía constantemente con alaridos, insultos y amenazas. Llegó a levantarse, rodear el escritorio y gritar en la oreja de Cándido, momento en el cual Cándido tuvo por un instante un

impulso de aceptar todo lo que le estaba siendo imputado, solo para salir de ésa funesta situación.

De golpe, y como por arte de magia, Bela Lugosi cambió radicalmente de actitud. Guardó el legajo en un cajón del escritorio, arrojó groseramente el pasaporte y la cédula sobre la mesa del lado de Cándido y habló con una voz apenas audible y con una expresión de fingido desencanto y resignación.-“Está bien, que mierda, yo tengo demasiado trabajo para perder el día entero con vos De todas maneras ésta porquería de Gobierno que tenemos seguramente terminará por darte la razón, Tal y Tal”- (era la primera vez que tuteaba a su desesperado interlocutor). Y continuó: “Tomátelas antes de que me arrepienta, pero si querés que éste trámite salga por el procedimiento de las 24 horas (se refería al cartelito de la entrada del Departamento) te va a costar doscientos dólares. Y no medigas que no tenés doscientos dolares porque sino ésto te va a demorar un mês!”.

Cándido entregó lá cantidad exigida entanto hacía enormes esfuerzos para no temblar ni vomitar. Salió del edificio y volvió caminado al hotel , entrando y saliendo de muchas tiendas y bares para estar seguro de que nadie lo seguía, sin que ésas maniobras le calmasen la ansiedad que lo arrasaba. Cuando llegó al hotel verificó que faltaban exactamente cuatro horas para el horario de salida de su avión. Guardó sus pocas ropas en el bolso, lanzó una mirada de despedida a la Virgen de Luján y pidió al conserje que le consiguiese un taxi.

Ya en el automóvil, fué dejando correr la mirada por las calles del centro. Lavalle Corrientes, Florida, con sus lujos y flujos destellantes y extrañamente descontextuados, con su “clima” y su “tempo” aparentemente febril, madrileño o parisiense, seriamente contaminado por Nueva York y Corea del Sur, y permeado por todos los agujeros negros fechados en la década del treinta.

Cándido nunca fué lo que se dice un pensador, ni siquiera un “sentidor”, pero, durante ése trayecto vivió una intensa necesidad de revisar que era exactamente lo que estaba pensando y sintiendo. No lo consiguió demasiado, pero seguramente su rostro mostraba algún visaje hartito expresivo. Súbitamente se dió cuenta de que la taxista era mujer!, algo a lo que él no estaba nada acostumbrado, cuando ella le preguntó “- Se siente mal Sr, esta triste”? A diferencia de todos los otros “diálogos” con los choferes, vaya a saber porqué, ésa pregunta le entró en el alma como un dulce estilete y desencadenó una catarata de confesiones de las, poco después de tomar el avión, Cándido ya no se acordaba casi nada. Vagamente registraba que hablo del amor y del dolor por la familia perdida, de su profunda decepción con lo que había vivido en Buenos Aires en éste viaje, con la cruda sensación de que entre él y la Argentina ya no había nada en común, que todo le era ajeno y desagradable. En un pasaje de su descarga, cuando recordando la frase cursi de una canción declaró que “ya no era de aquí, ni de allá, ni de ninguna parte”, para su inmensa sorpresa, e incómoda vergüenza, se

puso a llorar.

La mujer-taxista, muy discreta, y al parecer sin la menor intención de consolarlo, también inició una especie de largo monólogo con más o menos éste contenido: “Mire, (dijo), mi marido, que es electricista, sufrió en el trabajo una descarga eléctrica y está hemipléjico, jubilado por incapacidad y ahora, desgraciadamente. se le dió por beber. Tenemos tres hijos que estudian y tengo que trabajar porque el dinero no alcanza ni para el alquiler. Yo no entiendo un pepino de política, no soy de derecha, ni de izquierda, ni radical y mucho menos peronista. Para mi éste trabajo a veces es terrible, porque la jornada es de doce horas y porque tengo que aguantar todas las porquerías que los hombres tienen en la cabeza acerca de las mujeres que conducen un auto. Pero al mismo tiempo trabajar me ayudó a salir e la cocina y del cuidado exclusivo de la casa y de los hijos. Aprendí muchas cosas en éstos últimos años, y formo parte de un grupo de mujeres de la Comunidad de mi barrio, que Sabados, Domingos y feriados se reune para conversar, leer diarios y libros importantes, ayudarse mutuamente y luchar por sus derechos laborales y humanos en general. Ya sabía, y ahora entiendo mucho más, todo eso que Ud. está sintiendo y estoy segura de que ni yo ni mis amigas vamos a cambiar el mundo, especialmente el “mundo argentino”, pero cada una hace lo que puede, en el sentido de nuestros ideales y , sobre todo, no esperamos nada de todo eso que ya está ahí, que siempre estuvo ahí y que va continuar estando ahí con ape-

nas variaciones de “charla”. Creo que llorar hace bien , especialmente a Ud. que es hombre, pero yo ya lloré todo lo que tenía para llorar, y ahora trato de que cada día de mi vida sea un día digno de ser vivido y me haga mejor de lo que era antes. No me considero particularmente argentina, pero tampoco me entiendo por “otra cosa”, hasta porque ni conozco el mundo para saber cuales son esas “otras cosas”. Lo que estoy empezando a vivir es que soy de un pueblo, tanto extranjero como argentino, pero de un pueblo que está por venir, que esta viniendo, que viene cada vez que las “chicas” del Grupo se dan cuenta de algo que anda mal (dentro y fuera de nosotras mismas), y tratan de inventar la manera de cambiarlo, de partir para “otra”.

Cuando llegaron a Ezeiza, la taxista se despidió de Cándido tomándole la mano con sus dos manos y reteniéndola largamente. No aceptó la propina que el pasajero quiso darle, y le regaló un pequeño corazón de terciopelo de esquisito mal gusto, en el que estaba bordada la frase “Todas por cada una y cada una por todas”.

Ya instalado en su asiento y recibiendo, tanto los servicios como la cara de piedra y las secas “voces de mando” de las azafatas y “azafatos”, de Aerolíneas Argentinas, Cándido sintió la desgarradora convicción de ya jamás volvería a Argentina, pero curiosamente mezclada con una especie de videncia de ya tampoco nunca “volvería” a ninguna parte y que partir no era, para nada, morir un poco, sino, rigurosamente, comenzar a vivir.



C ONFIANZA

“Alguien que escribe un cuento así tiene que ser un tipo confiable”-

Eso me dijo sin más ni menos, mi ex-compañero del Colegio Nacional, Zubizarreta, al que no veía ya hacía casi veinticinco años.

Zubizarreta medía algo como dos metros de altura, era bastante gordo y tenía cabellos enrulados y duros distribuidos en una especie de african loock avant la garde. Con eso ya era suficiente para que yo me sintiese sumamente inquieto cuando me vino a visitar a mi despacho en la compañía de seguros en la que yo trabajaba. Me mordí pensando que habrían comentado mis compañeros de trabajo viendo esa

extraña presencia que recibí, que además de las citadas características, llevaba una valija de tamaño mediano debajo del brazo, porque la manija estaba rota.

Aclaremos: yo había decidido publicar alguna de mis veleidades literarias en un periódico de tercera clase que editaban mis amigos para vender allá por el sur argentino. Se trataba de la historia de una chica del interior que es empleada como doméstica por sus primos aristocráticos, y que en la noche del casamiento de uno de ellos es violada por el susodicho flamante marido borracho.

Subzarreta, que era provincianísimo y militante de una organización revolucionaria, me dijo que había llorado leyendo ese cuento y que a pesar de que cuando eramos compañeros del nacional no daba ni “cinco guitas” por mi, en el acto pensó que: “Alguien que escribe etc etc”. Con una expresión entre sigilosa y terrorífica me dijo que estaba siendo perseguido por la policía, y que yo, como amigo, y como hombre “Capaz de escribir etc etc” tenía que darle una mano en su crítica situación. En suma, necesitaba que le guardase la valija de marras durante unos días, porque el contenido era de vital importancia para el futuro político del País. El estaba ya demasiado fichado y perseguido por la represión, pero sus compañeros pasarían a retirar la consabida valija dentro de unos pocos días.

En principio confieso que me sentía aliviado, porque la posibilidad de que mi colaboración debiese ser mucho más activa y comprometida me llenaba de miedo. Al final, guardar una

valija no parecía ser, a primera vista, nada del otro mundo. Después que me abrazó estrechamente, raspándome la frente contra su sucio impermeable, me dí cuenta de en que me había metido. Guardar una valija de un tipo perseguido por la policía, sin saber lo que tenía dentro? O tal vez habría sido peor que supiese lo que contenía? La verdad es que, a partir de ese momento, comenzó un íntimo tormento para mi.

Esa noche llevé la valija para mi casa, y la introduje clandestinamente de manera que mi mujer no supiese que existía. La escondí, naturalmente, en primer lugar, debajo de la cama, pero después, durante una lúgubre noche de dudas y terror la cambié cinco veces de lugar, a punto de no recordar cual había sido el último.

Al día siguiente fuí al trabajo con cara de hepatitis, consiguiendo que varios de mis colegas me preguntásen como había sido la noche de farra etc etc. La jornada me la pasé corriendo para ser el primero que atendiese las llamadas telefónicas, esperando que fuese alguno de los encargados de sacarme la valija de encima.

Miraba constantemente por la ventana del tercer piso en el que estaba la oficina, esperando ver, en cualquier momento, los nefastos Ford Falcón de la Policía Federal, estacionarse como moscas junto a la vereda correspondiente para venir a buscarme.

Después del almuerzo, en un restaurante vecino, durante el cual observé de reojo a todos los parroquianos, a los mozos y hasta al propietario (al que conocía hacía años), me dió

una diarrea formidable, que me hizo peregrinar al baño durante el resto de la tarde y de la noche siguiente. Ese estado se prolongó por varios días, hasta que comenzó a decrecer gradualmente, tal vez debido a las defensas que uno va generando para poder subsistir en la rutina cotidiana.

Hasta que una noche, mirando la televisión con mi mujer, sentí que mi mundo se caía en pedazos. El noticiero decía que había sido muerto en un tiroteo con la Policía, un peligroso terrorista, miembro de una caracterizada “banda guerrillera”, llamado Zubizarreta...y mostraba el cadáver vestido con el inconfundible impermeable mugriento.

Me acometió una mezcla vertiginosa de infinita pena, rabia impotencia y miedo incontrolable. Cuando mi mujer se durmió fui varias veces a constatar si la valija estaba en su lugar, y otra vez pasé la noche en vela mirándola y evitándola como si fuese un fantasma. El terror volvió implantarse en mí, mucho peor que al principio, para ya no abandonarme más. Las semanas pasaban y yo no sabía ya porque rezar, si porque no viniese la Policía, si porque viniesen los “camaradas” a llevarse el “paquete”, si porque no viniesen, o si por desaparecer del mapa.

Una de esas noches, en que me encontraba contemplando la valija, después de obsesivas especulaciones acerca de si Zubizarreta me había prohibido o no abrir la valija y acerca de las consecuencias acerca de hacerlo o no, finalmente me decidí. Resolví ver que contenía, hasta para poder planear si me libraba de ella, como, donde.. en fin.

Preparado para violar las cerraduras, me encontré, para mi pasmo, con que no estaba cerrada con llave. Su tapa se abrió lenta y temblorosamente, contagiada por el temblequeo de mis manos.

Tardé bastante en ver lo que estaba mirando en ése interior insondable. Eran paquetes de dólares. Muchos paquetes paquetes de dólares. Nuevos, cuidadosa, geométrica y profesionalmente envueltos por fajas bancarias con la cantidad correspondiente a cada uno escrita en letras de imprenta. Entre deslumbrado y ciego de pavor, cerré con un golpe la tapa, como si hubiese encontrado una cobra preparada para atacarme.

Obviamente abrí y cerré ése apocalíptico recipiente innumerables veces en el curso de los días consecutivos, y junto a él, en mi casa, en el trabajo, en los viajes de un lado a otro, durante las comidas, en el cine, en todas y cada una de los malditos lugares en los que transcurría mi vulgar existencia, no paraba un momento de pensar e imaginar alternativas y escenas truculentas.

Lo único que nunca tuve coraje de hacer, fué de contar ése ende-moniado dinero.

Me veía tirándolo desde algun puente al río, pero inmediatamente después me representaba ejecutado por los “camaradas” de la “organización” quienes, desde luego, no creerían en mi versión acerca del destino dado al tesoro.

Me asaltaban locos impulsos de llevar la valija a la Policía y contar la historia de Zubizarreta y la célebre cuestión de que

“Alguien que es capaz de escribir un cuento así” etc etc; inmediatamente comprendía que jamás saldría vivo de la comisaría en la que entrase para protagonizar ésa estúpida aventura.

Me imaginaba encontrándome con el “contacto” encargado de recoger la valija y preso por los agentes del Servicio de Inteligencia que lo habrían seguido.

Poco a poco, con una lentitud digna de una descripción de la que soy incapaz, comenzaron a aparecerme ocurrencias delirantes sobre la posibilidad de quedarme con el “vil metal”.

Además del asco que sentía por mi mismo, recordando la confianza de Subizarreta, el abrazo contra el impermeable manchado y la patética figura de su voluminoso cuerpo extendido en el asfalto, me surgía la prosaica idea de que, como los dólares eran nuevos, seguramente sus números debían haber sido registrados, de manera que en cuanto decidiese gastarlos, me encontrarían.

Imbuído de una astucia que me hacía desconocerme, cerebraba que yo no precisaba de ésos dólares para nada, que podía guardarlos durante décadas y derrocharlos entonces en algún viaje de placer por las Islas Fidgi.

Paulatinamente me fuí tornando cada vez mas taciturno, silencioso y malhumorado. Cometí tantos errores en el trabajo que estuve a punto de ser despedido. No quería salir más de casa por nada en el mundo, y mi mujer comenzó a quejarse amargamente de que ya no la quería, porque no solo nuestra

convivencia, sino hasta la vida sexual se deterioró por completo.

Yo me reprochaba hasta el cansancio haber aceptado ése encargo suicida. Me decía a mi mismo, después de insultarme hasta el hartazgo, que yo no tenía nada que ver con guerrilla, ni política, ni ideología alguna, y que por lo tanto no había contraído ningun compromiso que me obligase a mantener mi promesa. Eso concluía con brotes de furia contra Subizarreta, que no había tenido el menor cuidado ni preocupación por mi, incluyéndome, sin prurito alguno, en un círculo infernal del que no saldría con vida. Pero todo era inútil. Una y outra vez oía la voz del desgraciado amigo diciéndo “Alguien que es capaz de escribir un cuento así...tiene que ser un tipo confiable”. Confiable, confiable, confiable, confiable esa palabra me martillaba la cabeza, día y noche, día y noche.

Obviamente, paré de escribir cuentos, que era lo único que me permitía suponer que tenía algún talento y que alguna vez saldría triunfante de la Compañía de Seguros.

Me arrastraba en la mas abyecta de las desesperaciones cuando un día, uno de los compañeros de trabajo, con una expresion canalla, me dijo melifluamente: “Che, te llama Susana, Susanita”.

Sudando a mares, tartamudié en el teléfono cuando oí una voz suave y dulce preguntándo: “Vos sos el famoso autor del cuento...

“bla, bla, bla”...? (título del remanido cuento) Imbecilizado

por las emociones le respondí que si, que no, que tal vez, y finalmente que si, de nuevo. Rápidamente me dijo que me admiraba mucho y que quería que le firmase un autógrafo en un libro mío. Como yo nunca publiqué un libro, ni nada que se le parezca, tuve la definitiva confirmación de que Susana era el tan esperado “contacto”. Agregó, para concluir, que era tímida, que no se atrevería a encontrarme personalmente, y que me pedía que yo llevase un ejemplar del libro al Bar X, en la Avenida Corrientes y lo dejase debajo de la mesa que daba a la ventana de la esquina, que ella estaría observando desde alguna parte y que pasaría a recogerlo cuando yo me hubiese retirado.

Después de esa conversación me volvió la diarrea de semanas atrás, y tuve que pedir permiso para irme a casa porque me sentía un tubo fecal continuo.

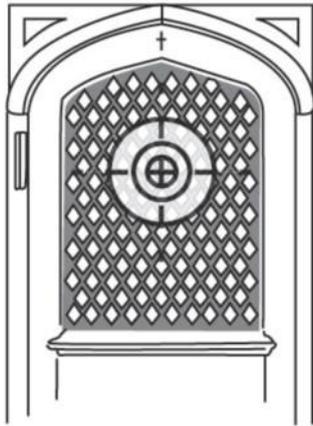
Felizmente mi mujer tenía que encontrarse con las amigas después de su trabajo, lo cual me dió largas horas para permanecer contemplando la valija abierta y ser recorrido por una nueva generación de ocurrencias absurdas y sentimientos ambiguos.

Cuando iba a salir para mi “misión”, me asaltó la convicción de que tenía que hacer algo sin que, por mas esfuerzos ensayados, conseguí entender porque. Puse en la valija, debajo de los dólares, una copia del maldito cuento, desde luego sin ninguna identificación del autor, porque yo no firmaba nunca lo que escribía.

No podría relatar el sufrimiento que fué tomar un taxi, ir al

bar, sentarme en la mesa, pedir un café que se me atravesó varias veces en la garganta, “olvidarme” la valija debajo de la mesa, y quedarme en la puerta del “subte”, observando ahogado de susto la puerta del Bar. Poco después vi salir una chica alta, con un hombre robusto, los dos vistiendo impermeables como los de Subizarreta y llevando la valija. No quise mirar nada en detalle y me metí en el subte como un topo en su madriguera.

Han pasado muchos años desde ése atroz y extraño episodio. Nunca más volví a escribir un cuento, éste el primero. Pensé mucho en el título. Opté por llamarlo así: “Confianza”. Espero que se entienda la ironía. Esta inspirada en una frase que leí en algún lado y que se atribuía a Lenin: “Desconfiemos de los artistas”.



C ONVERSACIÓN EN EL CONFESIONARIO

Al “Mocho” le habitaron dicho los “sobrevivientes” que lo habitaron visto al Almirante “Costera” comprando revistas en un kiosko, ropas en una tienda y hasta visitando la Iglesia del barrio en el que vivía. Como todo el mundo sabía, Costera estaba cumpliendo “prisión domiciliar”. Ya lo habitaron amnistiado de la gran mayoría de los delitos que se le atribuían, pero estaba en proceso por otros, entre ellos la cuestión de los bebés secuestrados y pasados para la adopción de matrimonios de matrimonios de las Fuerzas Armadas que no podían tener hijos.

Uno de los sobrevivientes había conseguido sacarle una fotografía durante una de esas excursiones y se la mostró al Mocho y a algunos otros en una reunión de “confraternidad” que tuvieron en Lobos, Provincia de Buenos Aires.

Un la foto Costera estaba gordo, bien afeitado, vestido como un príncipe y con un pañelo de seda rodeándole el grueso pescuezo. Llevava lentes negros, que poco podían hacer para disimular su identidad, y por cierto, pasar desapercibido, no le interesaba demasiado.

Pero, por otra parte, eso no era ninguna novedad. Varios periódicos ya habíant publicado artículos al respecto, sin que la Justicia tomase la menor actitud al respecto.

El “Mocho” era esi llamado porque tenía un cabello duro y enrulado y lo llevaba muy corto. Había sido preso por la Junta Militar, y torturado hasta perder uno de los riñones y quedar medio loco. También le pegaron y le quemaron tanto en la cara que tuvo que hacerse una cirugía plástica en Suecia, donde pasó unos cuantos años como refugiado, hasta volver a entrar en Argentina con documentos falsos hechos en Montevideo..

Cuando vió la foto, el Mocho no dió la menor muestra de acusar recibo de ésa terrible evidencia. Uno de los tres emperadores de la muerte de la Junta Militar, andaba libre como un turista, mientras buena parte de los “sobrevivientes”, que así les llamaban a sus compañeros de militancia, estaban muertos, otros grvemente lisiados y algunos no se habíant atrevido al volver de sus lugares de exilio por no confiar en la mencionada amnistía.

El Mocho solamente preguntó, como “quien no quiere la cosa”, si había sido posible constatar si los “paseos” del torturador eran acompañados por guardaespaldas o algo pare-

cido. Los sobrevivientes le dijeron que no habían percibido nada de eso, y que Costera parecía estar completamente solitario en sus periplos.

En ése momento, como tocado por un rayo, surgió en la arruinada cabeza del Mocho la convicción incuestionable de que iría a matar a Costera.

Conocía perfectamente el barrio donde Costera vivía, había trabajado en una compañía de instalaciones eléctricas que tenía la sede en esse barrio y había flerteado con muchas de las empleadas domésticas del mismo. Pidió a uno de los “sobrevivientes”, que tenía un Jeep, que lo acompañase llegado el momento.

Comenzó a frecuentar el lugar, día por medio, para no resultar demasiado evidente. Pasó mucho tiempo sin el menor indicio de Costera, pero cuando el Mocho ya comenzaba a desanimarse, un día a las siete horas de la mañana, vió la imponente figura del Almirante entrando en la Iglesia del barrio. Esperó bastante para ver si nadie lo seguía, entro en la Iglesia, y se metió de inmediato en uno de los confesionarios, del lado que corresponde al sacerdote.

Por una brecha de la madera conseguía ver a Costera, que estaba rezando, en las primeras filas de bancos de la nave central, con un rosario en las manos.

De golpe vió que el hombrón se levantó y se dirigió aotro de los confesionarios que no era aquel donde él (el Mocho) estaba esperándolo.

Una vez que estuvo seguro de donde Costera estaba, y de

que aparentemente ningún sacerdote había notado la entrada de ése prominente pecador en el respectivo confesionario, el Mocho salió del suyo y deslizándose pegado a la pared, entró en el que estaba su “blanco”. Con toda su prisa y miedo, no dejó de pensar porque Costera iría a confesarse con un párroco de tercera categoría, en una Iglesia abierta al público y en plena mañana primaveral. No podía negar que le pasó por la mente que Costera tocaría el timbre que hay en todos los confesionarios para llamar al sacerdote correspondiente y tampoco pudo contener la idea de que si el cura llegaba “tendría que ligarla también”.

Entró al nuevo confesionario, y a través de la estrecha red de madera pudo reconocer el perfil de Costera. Con la voz temblorosa por el miedo y por la rabia, le dijo: “Almirante, en éste momento tengo una pistola cuarenta y cinco con silenciador, apuntando a su cabeza, si está armado, y tiene algún teléfono portátil, entrégueme inmediatamente las dos cosas, si no quiere morir en el acto, sin ni si-quiera conversar un minuto conmigo de algo que quiero preguntarle, no haga ningún movimiento ni ruido porque sino disparo”.

Costera permaneció en un largo silencio. Después de esse tiempo, con una voz medio afónica, le pregunto al Mocho desafiadamente: “Como querés que te entregue mi arma, boludo, si no hay ninguna abertira entre los dos compartimientos”, A pesar del insulto, el Mocho oercibió que Costera lo había tomado en serio y le respondió que sacara la pistola tomándola por la punta del caño y la colgase en la

reja, junto con el comunicador, del rosario que le había visto usar durante sus oraciones. Costera hizo eso sin ningun comentario y entonces comenzó la conversación que tal vez ninguno de los dos deseaba ni esperaba.

El Mocho le preguntó porque se confesaba en una Iglesia cualquiera y no en casa y con algún representante del alto clero. Costera respondió irónico y desafiante “Che pibe, porque no hacés lo que tenés que hacer y te dejás de preguntas idiotas? El Mocho tuvo que reconocer que el milico era de un corage, o de una soberbia, indescriptibles. Le contestó en el mismo tono, ”Responda lo que le pregunto o lo mato en el acto”, Ud nos sabe todavía porque estamos aqui”- Costera, un poco tocado por el tono de la advertencia dijo: ”Tengo outro confesor, me confieso aqui porque sé que todo el mundo sabe que estoy aqui, y que no tengo miedo de vos ni de nadie”-

El Mocho indagó y al mismo tiempo recriminó” con un aire un tanto judicial; “Ud ordenó la tortura y el asesinato de todos los detenidos en la Escuela de mecánica de la Armada”? El almirante respondió tan burlonamente como antes: -Pero decime che, vos sos idiota, parecés como todos los demás inbéciles que me interrogaron en los procesos. Como no voy a saber y a ordenar, o vos te crees que la Marina es como las bandas de delincuentes pordioseros que Uds. tenían”?

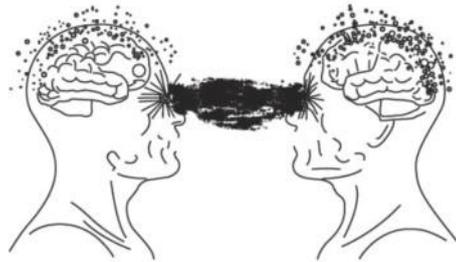
El acusador sintió una especie de perplejidad que le dejó la voz más temblorosa que antes. Dijo: “Pero Ud se da cuenta

de que mandó a violar mujeres embarazadas, que ordenó atormentar a bebés en la presencia de sus padres, que mutiló a personas, muchas veces completamente inocentes, cortándole los genitales, quemándole los ojos, haciéndole comer sus propias tripas?

La respuesta fué “Escucháme pelotudo, a vos te parece que un subordinado mío haría esas cosas sin mi consentimiento”? Ya te dije que yo sabía todo y mande todo, y de tigo más, algunas de esas operaciones las hice yo mismo, porque no se trata apenas de lo que se hace, sino de quien lo hace, y yo impongo respeto, no impongo”? En ése punto el Mocho perdió parte del absurdo cuidado con el que estaba hablando con el verdugo. “Pero usted se da cuenta de que es un monstruo, una aberración, de que usted no es un ser humano? Usted. debe saber que nosotros jamás hicimos nada parecido, apesar de los atentados y las muertes accidentales de civiles que no tenían nada que ver”? . “Ahi no, ladrón de gallinas, no vas a comparar ni a un miembro de las Fuerzas Armadas ni un ciudadano argentino cualquiera con ustedes. Son ustedes los que son animales, que no merecen la menor consideración. Por casualidad vos no comés achuras, pelotudo, alguna vez tuviste lástima de las vacas? El problema es que ustedes. se creían salvadores de la Patria, y Uds son insectos, gusanos hediondos que hay que exterminar por completo de la tierra”! Entonces el Mocho, que sentía perfectamente que la duración de ese ecalofriante diálogo le podía costar la vida, quiso cerrar la conversación senten-

ciendo “Pero Ud. carnicero asqueroso, no tiene verguena de venir a la iglesia a fingir que confiesa sus pecados y a esperar algun perdón para sus maldades”? Costera comenzó a responder que la Iglesia estaba totalmente de acuerdo con todo lo ocurrido y que ningún sacerdote decente le negaría el perdón por cualquier arrepentimiento que lo preocupase, porque Dios no es comunista, boludo”_

En ése momento, un sacerdote dió unos golpecitos en la puerta del confesionario preguntando “si estaba todo en orden”. Solo en ése momento el Mocho comprendió, bruscamente, que tendría que hacer entrar al sacerdote y matarlos los dos. Tuvo apenas décimas de segundo para pensar, y el entrenamiento de las viejas épocas lo llevó a tomar una resolución casi automática. Rompió la reja de madera,, se apropió de la pistola de Costera y del pequeño radio-transmisor, abrió la puerta del confesionario con violencia, empujó al sacerdote que cayó al suelo y salió corriendo por la nave central, salió a la calle, subió al jeep de lo sobrevivientes y desapareció en el tránsito como un fantasma. Pero le quedo resonando la frase que alcanzó a decirle a Costera: “Ahora no te voy a matar, hijo de puta, pero te voy a matar en cualquier momento de lo que te resta de tu vida de mierda”. El Cristo principal de la Iglesia se quedó en mismo lugar de siempre, con su cara de mártir y con los ojos vueltos hacia arriba. En esa mirada era difícil saber si en su tormento pedía ayuda al Padre, o expresaba un invencible tedio.



CORREOS Y TELEGRAFOS

Era vísperas de Navidad del 77 y la fila del Correo en la agencia de Pueyrredón y Santa fé era una larga serpentina de desasosiego. Todos querían enviar sus telegramas y cartas para desear lo que todos dudaban que pudiese cumplirse. De cualquier manera, las personas hacían un esfuerzo completamente inadvertido por tratarse con alguna cordialidad. Eso que se llama "Espíritu de Navidad", surgía como una exigencia vaga y generalizada. Milímetros de sonrisa en los rostros crispados, afán por dejar el lugar en la fila a las señoras de cabellos blancos, tolerancia con las diabluras de los chicos aburridos por el pegajoso tedio de la espera.

Los funcionarios del correo estaban especialmente cansados e irritables, como si para ellos la Navidad fuese apenas una exacerbación de su esfuerzo habitual, monótono y mal pago desde que existía en el mundo ese noble servicio. La corriente que entraba y salía del local matizaba su inexpresividad, con el mecánico salir y entrar de las lenguas en las bocas para mojar las estampillas, y el conjunto parecía un ritual canibalesco de autómatas en fase de comunicación full time.

No obstante, cuando los empleados comenzaban a quejarse de que los usuarios no traían monedas que felicitaran el vuelto, alguno de la fila se movilizaba espontáneamente para ofrecer cambio y a veces hasta ni siquiera pedía que se le repusiese la dádiva.

Iván estaba en la fila, excitado y al mismo tiempo extrañado por un exótico momento en su vida epistolar. Se había enterado, por vía de una organización internacional de Derechos Humanos, que consiguieron encontrar la dirección de la única tía materna que él suponía viva, y que, según la información, residía en Ucrania. Hacía muchos años que Iván, argentino nato, perseguía incansablemente algún contacto con esa tía utópica, a cuya existencia no aceptaba renunciar. La mencionada organización le envió una carta después de casi cinco años de trámites, detallándole la última dirección de esa tía y la manera de escribir en ruso y en castellano los datos, agregándolos de la citada entidad, que por algún acuerdo extraordinario haría más factible la posibilidad de que la misiva fuese recibida por la destinataria. Los padres de Iván, emigrantes rusos de los años veinte, ya habían fallecido y esa tía era la última esperanza de tener algún pariente vivo en éste chato y áspero mundo.

Cuando llegó su turno en la ventanilla, Iván no consiguió mantenerse calmo. Una intensa vibración le recorría la espalda desde la nuca hasta el sacro. Estaba tomado por esa mezcla de esperanza, alegría y angustia que deja a las personas fuera de su "media" discreta convencional.

En el momento en el que se encuadró en el marco de la ventanilla, algo como el impacto de una masa invisible le golpeó la cara. Había entregado la carta al funcionario del correo que lo atendía y pedido para que fuese enviada expreso, preguntando cuanto costaba el franqueo, todo esto ignorando casi por completo a quien lo estaba atendiendo. Pero a la entrega de la carta y a sus preguntas, siguió un silencio ominoso que le obligó a fijar la mirada en el rostro y el busto del empleado de Correos.

La escena que a partir de ese momento se desarrolló, fue algo que Iván jamás pudo borrar de su memoria y que, de una forma a la vez absurda y extraña, deflagró en él una conciencia que nunca tuvo y que, al mismo tiempo, jamás dejó de presentir.

El empleado era un hombre de estatura mediana y de más de cien kilogramos de peso. Todo en él era denso y liso como la piedra. De piel blanca pero de cabello retinto y puntudo, ojos rasgados y cejas pobladas surcadas por cicatrices. La camisa celeste del uniforme de trabajo estaba mojada de sudor y abierta mostrando un pecho inmenso completamente lampiño. Las manos de dedos cortos y gruesos como martillos tomaron la carta por los bordes, los ojos achinados leyeron la dirección y el remitente y después se fijaron en los ojos de Iván. Los dos hombres se miraron durante un tiempo increíblemente largo teniendo en consideración la fila inquieta que los apuraba con su presencia.

Iván era pelirrojo y sus ojos verdes se enfrentaron al negro

insondable de los de aquella escultura maciza. Las miradas se embutieron la una en la otra. La de Iván, algo trémula pero ausente, y la del hombre-de-piedra, cristalizada de furia. Iván quedó como alcanzado por un rayo, medularmente paralizado por esos ojos. El odio, el colosal, ancestral, sideral odio que esa mirada proyectaba entraron a circular por cada capilar, por cada gota de la sangre del cuerpo de Iván. La perplejidad inicial se continuó ininterrumpidamente por un malestar atroz y por la sensación de que iría a caer desmayado en el acto. Luego el miedo se hizo más claro y detectable, y en parte por la parálisis y en parte por alguna intuición inexplicable, Iván se mantuvo en silencio y sosteniendo la mirada del otro desde su asombro atónico.

No era apenas una impresión, el tiempo iba pasando y el terrible entrecruzamiento visual se mantenía y se mantenía sin dar ninguna señal de interrumpirse. Como si fuese desde otro mundo comenzaron a llegar algodonadas las voces de protesta de los integrantes de la fila, que primero murmuraban y después declaraban abiertamente su impaciencia. "Y, que pasa ahí~". "...Bueno, para hoy, no tenemos toda la semana!". "Che... acabénla! etc etc.

Los dos observadores recíprocos estaban como sordos a las protestas. Los rayos de las miradas estaban encastrados uno en el otro y no se movían un milímetro ni se suspendían un instante. Gradualmente Iván, que no tenía el menor control sobre lo que sentía, comenzó a vivir algo completamente loco dentro de sí. Sus ojos se entre-cerraron, un fuego sobre-

natural los encendió, parecía como si se hubiesen transformado en algo aguzado e hiriente y esa agudeza se fue intensificando e intensificando hasta hacer desaparecer todo lo que no fuese la mirada del otro, que fue lo último en extraviarse, porque, a partir de cierto momento, ya era imposible para Iván saber de quien era esa "visión", si solo existía en la mirada...y en nada más en el mundo, que se había eclipsado por completo. Lo único presente era un odio luminoso, hirviente, cósmico. En medio de ese clima universal se oyó la voz inconcebible del funcionario, espantosamente tensa, baja y mordisqueada diciendo: "Ucrania, no...Ivancito"? Iván permaneció otro lapso incalculable en silencio y algo en él respondió "Si, porque Juan Moreira"?

Nadie podría esperar que la ferocidad del mirar que se había establecido pudiese empeorar, pero fue lo que sucedió. La voz del empleado, apenas audible casi silbó: "Esperáme afuera que te voy a enseñar a ser comunacho". La voz de Iván respondió involuntariamente, "Yo también te voy a enseñar, facho, hijo de puta".

Inmediatamente después, como si se hubiese quebrado un sortilegio, el hombre dijo: "Son cincuenta pesos de estampillas". Iván le dio el dinero, recibió las estampillas y un talón para llenar, se retiró al lado de la ventanilla, escribió los datos, sacó la lengua como todo el mundo, pego las estampillas los entregó al hombre que recibió la carta y el pequeño papel casi con suavidad. El espejo de las miradas se reanudó por un instante, pero ahora con el agregado de una especie de increíble complicidad, una suerte de agradecimiento entre dos que reconocían uno en el otro el milagro de haber

hecho posible la arquitectura de un encuentro de privilegiada, in-dispensable y mortífera pureza. El odio como el diamante de una corona imperial

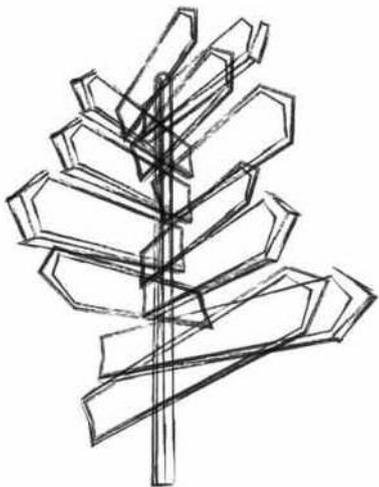
Iván salió de la agencia con las piernas trémulas, pero poseído por una firmeza sobrehumana Se situó en un ángulo de la vereda en el cual el hombre podía verlo y viceversa y permaneció varias horas aguardando y cultivando un nuevo cuerpo que le había brotado de algún fondo inveterado y arcaico que desconocía.

Llegada las cinco horas de la tarde, alguien cerró las puertas y la cortina de metal de la agencia. Iván se quedó todavía en el mismo lugar durante un lapso indeterminable.

En un momento vio llegar un auto de la Policía y a varios agentes uniformados sacar al empleado por una puerta lateral, en actitud de camaradería machista, empujándolo amistosamente y sonriendo irónicamente hasta meterlo, casi a la fuerza, en el vehículo.

Cuando el auto pasó al lado de Iván, las miradas volvieron a cruzarse. El odio era el mismo, pero estaba teñido por un matiz de perpetuidad inexorable, una fe en un destino intemporal que parecía decir: "Esperá, esperá siempre... alguna vez... esperá... ya nos encontraremos..."

O tal vez: "Nunca estuvimos separados".



N O LO PUEDO CREER

Hermano “boleteado”:

Crear parece ser una cosa muy importante. Todas las comunidades humanas siempre han creído en algo. Eso les ha sido útil durante un buen tiempo. Después, generalmente han tenido que creer en otra cosa, no apenas porque la cosa en la que creían no ha dado absolutamente en nada de lo que prometía...sino porque otras comunidades, más poderosas, o con creencias más poderosas (qué sé yo), los han obligado a creer en ellas. Todos andábamos muy cerca de no creer en nada. Excepto en la revolución. En que revolución? En que revolución va a ser, pelotudo, en la social, la única que vale la pena. Y nosotros no lo sabíamos, pero creíamos que la revolución era solo una, que se hacía de una vez, que ya salía del horno perfecta, que era igualmente gratificante para todos, que después de ella ya no habría “más penas ni olvido”. Yo me despertaba a menudo soñando con la revolución. Hasta que vino la revolución “libertadora”. Libertadora de que, de quien...y sin embargo...era libertadora de las “locas ilusiones”, mostraba que si la palabra revolución

tiene dos filos, el puñal de la revolución tiene dos sentidos... o no tiene ninguno.

Revolución era unir las diferencias respetando sus aspectos creativos? Si, pero como hace uno para aguantarse los aspectos putativos de cada diferente. Era putativo que se decía? Creo que si, éramos todos diferentes para la puta que nos parió. Y éramos muy bien intencionados. Pero éramos diferentemente heroicos y diferentemente idiotas. No obstante, todos creíamos en la revolución, cuyo primer milagro sería hacer nuestras diferencia iguales, o al menos parecidas, o al menos compatibles. Nada de eso, la revolución era un equívoco celosamente compartido, era el silencio más hablado de la muchachada, era el denominador común de una totalidad de vacas, ovejas, águilas y leones...ninguno de- cididamente mejor que el otro, todos convencidos de lo contrario, es decir, todos éramos mejor que todos. Lo único que era bueno que es los malos eran los que no éramos nosotros. Eso era absolutamente seguro, y por lo tanto, había que matarlos. Ellos no tenían salvación, no se iban a corregir nunca. Los años de poder, maldad, explotación, etc. los habían marcado para siempre. Aunque quisiésemos salvarlos, les haríamos un favor matándolos. Por un lado, porque si no los matábamos en el acto, podrían convertirse en jefes nuestros al día siguiente. Por otro lado, porque cambiar para ellos sería algo tan sufrido, que nosotros, que éramos unos cagones humanistas, no lo soportaríamos. Ninguno de nosotros sería capaz de violar a una embarazada, o robarle

un chico a una presa, o torturar a los nenes delante de sus padres, o a cortarle a alguien las bolas y hacérselas comer crudas enfrente de todos los demás. Ninguno de nosotros iría a empujar dopados al mar desde un avión. Nadie tuvo nunca un avión. No sabíamos manejar un avión. Y algunos de nosotros sería capaz de matar a un ricachón raptado porque no nos dieron la guita que les exigimos? Te quiero ver, mascarita, tal vez si él también tuviese revolver y jugásemos a “quien saca primero”. Teníamos que matarlos a todos, por mil razones que formaban la penca de maldades que ostentaban en sus medallas, obtenidas, probablemente en la “guerra en las estrellas”, porque, si no fuese por las Malvinas, la última guerra en la que el país entró fue contra los quichuas. Pero teníamos que matarlos porque ellos creían en su raza superior, porque eran patriotas porque eran dueños de la patria, porque creían en la Virgen de Luján y nosotros no creíamos ni que Fangio había existido. Teníamos que matarlos porque la crueldad en ellos era algo genético, pero demasiado perfeccionada por el entrenamiento, los sobornos, los afanos...y los desfiles. Los desfiles son de una importancia fundamental. Nosotros nunca desfilamos, ni desfilaríamos, en caso de ser victoriosos. Lo más que podríamos hacer era salir cantando en camionetas, pero sin estar nunca convencidos de si la bandera que flameábamos era la de la patria o la de Boca Juniors...lo cual hace una diferencia esencial de dignidad humana. Que podíamos esperar de nuestra tropa? ¿Alguno de nosotros fue

alguna vez cadete, cadete de la escuela Militar, no cadete de la farmacia, empleo por el que pasamos la mayoría. Alguno de nosotros se casó en la Iglesia, bendecido por el mismo cura que le dio la extrema unción a los que fusilaron en Trelew? Alguno de nosotros estuvo en algún seminario en Panamá. No, no, estuvimos en la escuela Domingo Faustino Sarmiento, de la localidad de Paso de los Gansos. Alguno de nosotros fue guardaespaldas de un contralmirante? Que carajos es un contralmirante? Debe ser lo mismo que un contraestudiante, o que un archiduque, o que un diácono...solo que...que carajos es un diácono. No parece ser lo mismo que un contralmirante.

Nosotros creíamos en la injusticia, que fue, es y será practicada por esos a los que teníamos que matar. Ellos creían en la justicia de las monstruosidades que hicieron...y ya se sabe que las creencias positivas son más poderosas que las negativas. Uno no cree en Dios porque tiene miedo al infierno, uno cree en Dios porque ese fantoche es digno de uno.

Creer o no creer...tat is te cuestión...y uno no cree en el futuro porque corre serio peligro de pensar que el futuro es un estado en que todos seremos privilegiados como los privilegiados de hoy.

En cierto que uno tiene grandes posibilidades de creer en lo que no conoce, ni conocerá jamás, y por lo tanto puede atribuirle las características que te den en las pelotas...pero por otra parte...es mucho más fácil creer en lo que tus padres han creído, y los padres de los padres de uno han creído,

porque? Porque les dio siempre muestras de que podían confiar en El, a cada generación lo nuevos eran más ricos, más distinguidos y más hijos de puta que los anteriores.

Es difícil creer cuando tus viejos creían en la democracia representativa, republicana y federal...y en el peor de los casos en Carlitos Gardel.

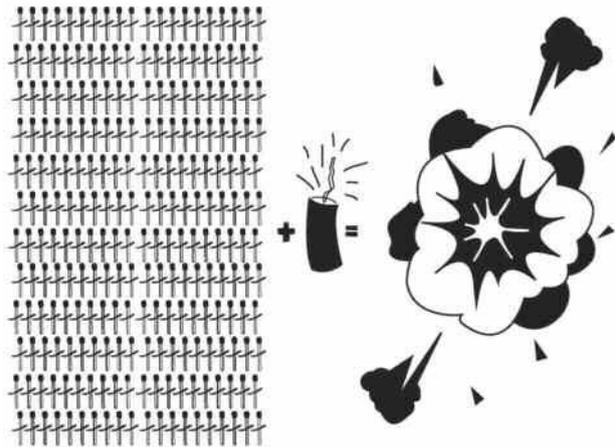
Nosotros no podíamos creer en que mañana se puede estar peor que hoy, y que todo depende de quién gana, y que hay un montón de maneras de ganar...y de perder. Agudas, subagudas, sobre agudas y crónicas... decía el pendejo Celso, que estudiaba medicina y que operando era peor que el enemigo.

No lo puedo creer...pero se acabaron las locas ilusiones...mi cuerpo enfermo ya no cree en un carajo.

Chau hermano, yo no puedo creer que consiguieron mandarte a tirarle piedritas con honda a los angelitos. Pero mejor quedate ahí, aquí la vida es un eterno programa "Convaleciendo en la cama con Zulma Faiat"...o con quien quiera que sea. No creo ya que hay que matarlos a todos...porque ya no se sabe quiénes son todos...y uno se arriesga a matar a Messi.

Marte

E L CÁLCULO DEL FUEGO



Yo sabía que con mi historia jamás debía escribir un cuaderno de notas digamos “biográficas” No tenía el menor sentido y hasta era peligroso!!! Hay que estar completamente loco para tener uno, aunque sea impenetrablemente escondido, con la vida que yo había decidido vivir. Pero lo que pasaba es que me sentía terriblemente solo durante todo el tiempo y esa libretita era una especie de compañía impersonal. Yo había leído, un tiempo atrás, una novela de un escritor polaco que se llamaba “Memorias encontradas en el fondo de una bañera”, y ése título, no sé porqué, siempre me entusiasmó.

Me junté a la guerrilla después de la famosa “Noche de los Bastones largos”, yo era estudiante universitario y por una de esas malditas casualidades, puede presenciar la destrucción que la policía hizo de las instalaciones, la paliza dada a los profesores, el arresto y posterior desaparición de muchos de ellos.

Estaba escondido en un armario de metal que funcionaba como archivo, y tuve que quedarme allí durante casi quince

horas, sin beber ni orinar, secádome el sudor con los legajos de los alumnos.

Cuando me atreví a salir, el panorama que me esperaba era tenebroso. Las mesas y sillas quebradas, los pizarrones cubiertos de insultos y amenazas, sangre en los mosaicos, los hilos de los teléfonos arrancados, y los folletos nazis diseminados y sobre-volando las salas de alumnos y profesores llevados por el viento de las ventanas con los vidrios hechos trizas.

Amaba tanto a mi facultad y a mi carrera, arquitectura, que percibí que de ahí en adelante, cada vez que volviese a ese local para seguir con mis clases, me sentiría trabajando en un matadero, con vacas descuartizadas y achuras amontonadas en el rectorado.

Conseguí salir por una de las puertitas de atrás, que casi nadie utilizaba, y vi la congestión de uniformes azules y de autos de la Policía que rodeaban casi todo el perímetro del edificio.

El odio y la indignación me subían por la garganta como una regurgitación de hierro derretido. En ese momento me nació de algún lado la convicción absoluta de que no dejaría ese crimen sin castigo, que me la iban a pagar, y que no descansaría hasta hacer algo que equivaliese a una retaliación por el maligno daño recibido.

Demoré bastante en conseguir aproximarme a una organización revolucionaria: “los vende patria, subversivos que quieren entregar el país a fuerzas oscuras ajenas a nuestro

modo de vida”.

Después de muchas vueltas, el comienzo estuvo dado por un viejo amigo mío que andaba desaparecido y que se sospechaba que estaba en la guerrilla, conseguí por su intermedio una entrevista con uno de los dirigentes de la organización. Yo sabía donde encontrar a mi amigo, (en un pequeño bar de Caballito), donde muy de vez en cuando, atacado por una insoportable nostalgia, iba a tomar un peligroso cafécito por pocos minutos. Pude verlo después de cuatro o cinco visitas inútiles a ese bar, y cuando lo encontré, lo sentí alarmadísimo y al mismo tiempo contento de verme. Para no extender mucho los prolegómenos, porque me daba cuenta de que él se iría en cualquier momento, le conté mi aventura en la “Noche de los bastones largos” y le pedí, con la mayor sinceridad de que era capaz, que me conectase con algún grupo político de activistas. Me miró con una desconfianza tan notoria, que estuve a punto de pedirle que olvidase todo lo que le había relatado, quise decirle que estaba feliz de verlo y que borraría, a mi vez, de la memoria, todo lo que fuese referente a él y a nuestro encuentro.

La manera en que le formulé el pedido, demostraba una imbecilidad política tal, que después de vacilar largamente me dijo: “No te prometo nada, pero volvé aquí unas cuantas veces hasta que coincidamos de nuevo, entonces trataré de traerte noticias. Me dió un abrazo incómodo y desapareció en el parque que estaba próximo.

Retorné al café una seis o siete veces, y durante alguna de

ellas me pareció verlo por las ventanas del local, acompañado de un tipo alto y flaco que me miró fugazmente. En la visita siguiente al bar, mi amigo se presentó con una barba muy crecida, que no tenía en la entrevista anterior, tomamos un café durante el cual no me dijo más que banalidades, y finalmente me pidió que lo acompañase hasta el parque. En algún lugar nos encontramos con un auto viejo, con el hombre alto al volante. Mi amigo me presentó dando mi nombre pero sin mencionar el nombre del otro. Me advirtieron que no me asustase pero que tenían que vendarme los ojos. Después vino un largo y tortuoso trayecto durante el cual permanecí con los ojos cubiertos y con un mareo formidable por la cantidad de vueltas que el chofer dió antes de llegar adonde íbamos. Me pidieron que bajase del auto, y después de descender varios tramos de una escalera fría y húmeda, me hicieron sentar, siempre ciego, en lo que apreciaba ser un cuarto de grandes proporciones, de acuerdo con el eco que las paredes devolvían. No se escuchaba ningún ruido venido de fuera, lo cual me hizo creer que estábamos en el campo, o en una habitación especialmente aislada.

La voz que hablaba conmigo parecía la de alguien que se había prendido un gancho de colgar ropa en la nariz y colocado una gasa gruesa en la boca. A veces no le entendía lo que me preguntaba, pero es seguro que jamás conseguiría identificar por esa voz a nadie en éste extraño mundo.

Imposible recordar todas las cosas que me preguntó, desde quienes eran mis abuelos, como se llamaban, en que casa y

en que barrios había vivido, como se llamaba la penúltima mina con la que me había acostado, hinchaba de que cuadro era cuando tenía doce años etc etc, le expliqué que mi familia era del interior de Salta, que yo era hijo único, que mis padres habían muerto quemados en un accidente de automóvil. Después, durante el curso de esa estúpida conversación asimétrica me volvió a preguntar las mismas cosas de cuatro o cinco maneras diferentes, y hasta a mí me pareí extraño que yo no me equivocase ni me contradijese nunca. Eso duró, al menos me parece, unas dos horas, al cabo de las cuales el tipo quiso saber, concretamente, porque estaba queriendo entrar en la organización.

Yo tuve que confesarle, con una vergüenza que llegó a ser dolorosa, que no sabía ni siquiera de que organización se trataba, pero que había estado en la “Noche de los bastones largos” y que no podía descansar hasta no hacer algo al respecto. Entonces me interrogó acerca de mi ideología, de mis actividades políticas previas, de si alguna vez había votado y por quien etc.

Poco después la voz se retiró a buena distancia de donde yo estaba, y la escuché conversando con la de mi amigo. No sé si mi audición estaba agudizada por la larga falta de uso de la visión, por el miedo, o no se porque diablos, lo cierto es que conseguí escuchar buena parte del diálogo que ellos tuvieron.

La voz nasal le decía a mi amigo, en tono de reproche, que yo era poco menos que un débil mental político, y que su

ocurrencia de traerme para incorporarse al movimiento era una idiotez casi com-pleta. Mi amigo retrucó que yo era un buen tipo, y que una vez me había visto peleando en un parque de diversiones y que era duro de pelar. Después le mencionó que yo había hecho el servicio militar en Misiones, que había cumplido todas las condiciones de tiro al blanco y que era bastante bueno con los “bufosos”. El otro reconoció, a duras penas, que estaba necesitando alguien para una “opereta”; solo tiempo después vine a enterarme que eso quería decir “operación” militar revolucionaria. Pero la voz agregó de inmediato que yo le parecía tan inbécilmente inocente, que no le inspiraba confianza para los largos trámites que la tal “opereta” exigía. Mi amigo se pasó un cuarto de hora tratando de convencerlo de que yo servía para algo, hasta que finalmente el otro farfulló- “Bueno, la verdad es que “era” estudiante de Arquitectura”. A mi lo que me quedaba dando vuelta en la cabeza fue ese “era”. “Como era? Yo imaginaba que si llegaran a aceptarme, debía ser enrolado en el frente universitario o en algo que fuese parecido, y que podría seguir estudiando para la profesión de mis amores.

La voz nasal se me acercó nuevamente y me espetó: “Escuchame pibe. Vos me resultás simpático y hasta admiro tu decisión de unirme a nosotros, pero vos no estás seguro de que sería mejor volverte a tu casa y a tu vidita común, en lugar de meterte en algo que no tiene vuelta?” Me costó hacerle entender que era cierto que yo era un idiota político, pero que también era un devoto de la vida universitaria, a la cual

mucho me había costado acceder, y que lo que pasé esa noche me había determinado irreversiblemente a tomarme una revancha, sin la cual no conseguiría volver a la Facultad. La voz me sermonizó con un tono entre benévolo y fastidiado –“Querido, nosotros no militamos arriesgando la vida todos los días para tomarnos venganzas, nosotros queremos liquidar al enemigo de clase para tener una patria digna, fraterna y justa, y no para revanchas personales bobas. Tuve que reconocer que mis motivaciones eran de las más bajas y elementales categorías, pero que mi rabia era respetable, tanto como la del mejor de los miembros de la “orga”. Traté de convencerlo de que la Patria no es un conjunto homogéneo y que Patria, para mí, era mi Facultad. Debo haber puesto en esa respuesta una dosis de odio y de sinceridad que la voz, después de un largo silencio me advirtió~” Bueno, está bien”, ahora te vas a pasar un largo tiempo haciendo lo que haces habitualmente; olvidate de éste encuentro, de la “orga” y de cualquier otra cosa que tenga que ver con este acontecimiento, nosotros nos vamos a ocupar de certificarnos de que tu relato es cierto, y de que puede confiarse algún papel en alguna opereta

Radiante de felicidad me aguanté, todo el encaracolado viaje de vuelta, aunque me sentí bastante incomodado con el hecho de que me dejaran a las cuatro o cinco de la madrugada, no ya en el lugar en el que levantaron, sino abajo de uno de los puentes de los elevados de la ruta Panamericana. No sé cuánto tiempo me tomó subir a los omnibus

correctos que me llevaron hasta el cuartito en el que vivía, que me pareció tan acogedor como si fuese mi casa paterna. Volví varias veces al barcito en cuestión, hasta que mi amigo apareció y me instruyó para salir primero y esperarlo en el parque cercano. Yo estuve lleno de desasosiego durante largos minutos esperando que el llegase, pero mi ansiedad durante ese lapso, no fue ni la décima parte del terror que me dió cuando me contó lo que la “orga” había preparado para mí. En suma, lo que yo tenía que hacer era ni más ni menos que incribirme en el curso para oficiales de la Policía Federal, hacer todos los años de aprendizaje y formarme como cuadro medio de los tiras. Después la “orga” iría a encargarse de transmitirme las instrucciones de lo que debía hacer.

En principio pensé inmediatamente en retirarme de la iniciativa. Pero algo que mi amigo me advirtió con fúnebre seriedad fue que, después de lo ocurrido, yo ya era algo como miembro de orga, y que cualquier “arrugada” podía pagarla con la muerte.

Convencido por mi rabia y por esa inapelable amenaza, resolví averiguar las condiciones para la entrada en la carrera de oficial de la Policía. Lo cierto es que quedé sorprendido por la facilidad que la inscripción implicaba, me extrañé por las pocas dificultades que presentaba. Parece que a esa altura de la guerra sucia, la Policía Federal andaba escasa de cuadros, y necesitaba reclutar candidatos.

No voy a narrar lo parecido que fue el interrogatorio inicial

que me hicieron en la policía, especialmente porque fue marcadamente parecida a la de la “orga”, apenas la diferencia es que fue sin vendaje alguno y frente a frente con un grupo de milicos de diversas jerarquías. Yo apenas me remití a contar casi toda la verdad sobre mi vida, omitiendo, es claro el episodio de los bastones y mi acercamiento a la “orga. Solo me detuve a explicar que la carrera de arquitectura me tenía podrido, que no era “un buen alumno”, que era pobre y que detestaba los comentarios de profesores y compañeros a mi respecto. Que había escuchado mucho las propagandas del tipo de “Sea un buen argentino, ingrese en la policía Federal”, y que esos lemas incansablemente repetidos por la radio, me habían convencido de que era una carrera interesante, que me podía dar el dinero suficiente para poder continuar estudiando arquitectura. Cuando me inquietaron acerca de mis ideas políticas, como ya tenía entrenamiento, repetí sinceramente, todo lo que había dicho en el anterior interrogatorio, desde luego retirando todos los detalles que podían evidenciar que yo ya estaba del otro lado.

Tampoco quiero cansar al posible lector de estas líneas (cuya existencia me resulta muy difícil de imaginar), con los detalles de mi admisión como cadete de la Escuela de Policía. Solo diré que los entrenamientos de los primeros tiempos fueron feroces, y me hicieron dudar varias veces de si estaba en condiciones de proseguir. Pero verdaderamente el haber hecho el servicio militar en el Norte, en uno de los peores regimientos de las Fuerzas Armadas, además de ser un buen

antecedente, de dio experiencia y fuerza para aguantarme la dureza y la crueldad necesaria del adiestramiento. También tuve que estudiar un sinúmero de estupideces relativas a los mas altos valores de la nacionalidad, tales como la patria, la bandera, el escudo, el himno nacional, la argentinidad y la cuarta y quinta internacionanaes, las cuales, subvencionadas por Moscu y por Pekin , quería subjugarnos por completo, sacarnos nuestro estilo de vida nacional y cristiano, y convertirnos en asesinos de nuestros compatriotas y correli-gionariso. También aprendi técnicas de comunicación, de investigación, de seguimiento, de inerrogatorio, de captura y lo más difícil de todo, de tortura, aprendizaje durante el cual me obligaron a participar como espectador en varias sesiones de ese antiguo pocedimiento. Yo participé de la manera más rigurosa que me fué posible, para que no se dieran cuenta de que estaba “blefando”. Parece que ayudó el hecho de que buena parte de mis colegas del curso vomitaban y de desayaban durante las citadas sesiones, entretanto yo conseguí pasar por todas ellas sin mayores manifestaciones externas de horror y de piedad.

Una vez formado, en una cermonia en la que invite a la última mina que me había levantado, porque no quería que mi familia supiese nada del asunto, me encuentre ejerciendo el papel de un oficial de las fuerzas policiales. La verdad es que el uniforme no me caía mal, pero el problema consistía en que tuve que cambiarlo de inmediato por un par de pantalones jeans y una camisa cuadriculada en cuyo interior, y

a la altura del cinto, llevaba una pistola 38 de caño corto. Como me enseñaron artes marciales, y yo tenía piernas especialmente fuertes, me pusieron el apodo de “rompepor-tones”, que según creo, era el nombre que tenía un tipo especial de cohete., que los chicos usaban en las festividades de fin de año. Esa función me fué providencialmente útil, por que yo rompía las puertas de los departamentos de edificios atacados e invadidos, y como terminaba en suelo por el impulso tomado, eran mis compañeros que acababan por entrar ametrallando todo y capturando los prisioneros, cosa que habitualmente, yo conseguía eximirme de hacer. Muchas veces tuve que participar en sesiones de tortura, pero descubrí un sistema para librarme de ellas: cuando me tocaba golpear, quemar o picanear, lo hacía de entrada con tanto odio aparente y violencia desmedida, que los colegas torturadores decidieron retirarme de ésa práctica por “torpe y bruto”, lo cual ponía en peligro la duración del tormento y la obtención de informaciones buscadas. Lo cierto es que me pasé viajando ocho o más horas por día en los Ford Falcon, buena parte de tal trayectoria no tenía utilidad alguna ni me obligaba a nada mas que a comer mucha pizza y a beber de la misma botella que mis correli-gionarios, lo cual me daba un asco considerable En alguna que otra ocasión, en que se veía que los colegas tenían miedo con respecto a lo que iban a encontrar en sus incursiones, rolaba también la cocaína, que solo consumí pocas veces para mostrar que estaba plenamente afín con el “espíritu” de la cosa.

Finalmente un día en que pasé, como era de rutina, por el mencionado bar, mi amigo, desde otra mesa distante, me hizo discretos gestos expresando que quedábamos encontrarnos nuevamente en el parque. Así lo hicimos, y el compañero me salió con las SIGUIENTE PROPOSICIÓN: La “orga” andaba mal, la Policía, los Parapoliciales y las Fuerzas armadas estaban acabando con gran número de cuadros, o los mataban en las “operetas”, o los capturaban y los torturaban hasta que dijese todo lo que sabían acerca de la “orga”, después, los arrojaban al mar desde un avión. A pesar de la rugosa compartimentación que tenían los diversos grupos de militantes, algún que otro detalle permitía a los interrogadores, que habían sido especialmente adiestrados en Panamá, conseguir datos que les ayudaban a seguir líneas, acompañando las cuales consiguieron desvastar grandes sectores de la guerrilla. En vista de ese momento de desánimo y derrotas sucesivas, se me ordenaba, fría y terroríficamente, que yo debía llevar un bolso con una bomba de alto poder al comedor de los oficiales, dejarla preparada para estallar debajo de la mesa, y retirarme a tiempo, por lo menos cincuenta pasos, hasta que el detonador actuase y la explosión ocurriese. Era claro que después debía dejar correr unos minutos, y retirarme en medio del tumulto infernal que la explosión ocasionaría. Me aseguraron varias veces que tanto la potencia del explosivo, como el tiempo del detonador estaban cuidadosamente calculados.

El consabido bolso me fue entregado en el parque cercano

al bar, es decir, en el lugar de siempre. Me reiteraron detalladamente que el bolso no podía explotar a nos ser que se conectase y regulase el dispositivo detonador y me mostraron repetidamente como hacerlo. Con la ayuda de una vela, me mostraron y explicaron todo el mecanismo, que por cierto era mucho menos complicado de lo que yo esperaba. Me dieron una fecha y un día en que el acontecimiento debía perpetrarse y me entregaron la bolsa y la misión. Los noté, en esa oportunidad, mucho más afectuosos que de costumbre. Después de efectuado todo ese siniestro ceremonial, me abrazaron y se perdieron en la noche del parque sin mirar para atrás.

Faltaban varios días para el momento elegido, yo que llevé la bolsa y los detonadores para mi cuarto y los escondí lo mejor que pude. Prontamente me di cuenta de que no iba a poder aguantar la tensión de encontrarme todos los días con mis compañeros oficiales, mirarlos en los ojos, sonreírles, celebrar sus chistes groseros y después ponerles un artefacto que los mandaría por los aires. Entonces se me ocurrió la brillante idea de pedir licencia. Un médico amigo me dio una radiografía falsa y un certificado de que estaba con una crisis de sinusitis, la presenté en el sector médico y desaparecí del Departamento Central, así como de toda otra parte que no fuese mi cuarto.

Creo que nunca me olvidaré de lo que pasé esos días. Para comenzar me preguntaba si una venganza personal justificaba lo que iría ser una masacre. Me respondí que ya hacía

mucho tiempo que mi proyecto había dejado de ser una venganza personal, que yo había asimilado las ideas de la “orga” y adoptado su lucha como mía. Pero había un punto en ése raciocinio donde me flaqueaban los sesos. Una masacre, fuese por lo que fuese se justificaba de algún modo? En realidad yo no sabía casi nada de la “orga”, pero si sabía lo que salía en los diarios la radio y la TV, lo cual junto con otros pocos relatos abstractos de mi amigo, me ponían la carne de gallina. En verdad se lo tenían merecido. Muchos de los oficiales trabajaban part time. El resto del tiempo integraban los grupos paramilitares de derecha que hacían cosas frente a las cuales, la Inquisición y la crueldad milenaria china eran un juego de niños.

Yo, durante el citado retiro, dormía poco, y cada vez que soñaba era el mismo sueño: era una monmtaña rusa llena de ágentes de policia, y yo, que tenía una fuerza descomunal, le sacaba el eje sobre el cual el artefacto giraba; todo el mudo se caía entre gritos de terror y dolor, y finalmente aterrizaban sobre mi, que no sabía como protegerme de esa lluvia macabra,

Como me preparé para largos seis días de aislamiento, compré mucho menos alimentos que cerveza, y así llegó un momento en que estaba postrado, completamente borracho y sin nada que comer.

Por fin llegó el célebre día: me bañé me afeité cuidadosamente, planche el uniforme, me perfumé y fuí a tomar el omnibus para el Departamento. Cuando llegué a la puerta

principal, me di cuenta de que me había olvidado del detalle de que nos revisaban a todos antes de entrar. Pero casi no tuve tiempo de asustarme. Uno de los agentes que estaba en la puerta era un amigote mío de varias misiones y cuando hice ademán de abrir la bolsa para que la revisase, me dijo, sonriendo y empujándome afectuosamente: “andá, andá, rompeportones”... ahora me querés mostrar la cocaína? Yo le sonreí a duras penas, subí la escalera, me presente a mi jefe de pelotón que me dijo que estaba flaco y que si quería me dejaba en tareas de escritorio por unos días. Le agradecí muy formalmente y acepté la propuesta. Eran las once horas de la mañana. Estuve ordenando unos prontuarios de delincuentes comunes y a la una en punto fuí para el comedor de oficiales. Cuando llegué no estaba todavía lleno. Dejé la bolsa debajo de la larga mesa y me fuí con la bandeja a buscar mi comida. No sé bien lo que puse en la bandeja, pero parece que era demasiado, porque algunos de mis conocidos me ironizaron diciendo que en el Departamento se comía mejor que en mi casa. Fuí tragando mi comida casi sin masticar, y después de una media hora el comedor estaba lleno. Hice de cuenta de que se cayó una cuchara bajo de la mesa, armé el detonador y le di partida. Me levanté lentamente y le dije a mi compañero de al lado que iba al baño. Fuí contando los famosos cincuenta pasos hasta el baño, que en realidad fueron treinta y cinco, y me dí cuenta de quien sabe porque motivos, llevaba mi libretita de notas en el bolsillo de atrás del pantalón. Me acordé, en ése momento de la

novela del escritor polaco que se llamaba “memorias encontradas en fondo de una bañera”. Pensé que yo podría llamarle a mi cuaderno de anotaciones “memorias encontradas detrás de la caja de agua de un inodoro. Me encerré en uno de los cubículos con su respectivo inodoro, me senté en el mismo y escribí éstas líneas que Uds están leyendo. Las escondí encima de la caja alta del inodoro antiguo. Sabe Dios quien las encontrará. Despues sentí un estruendo mucho mayor del que me imaginaba escuchar, y, en éste momento, veo algo como una ola de fuego entrando en el cuartito de banho...



E L LIDER

Qué extraña y maldita enfermedad! Desde pequeño las mañanas se dividían en dos terribles familias para Carlos. Una estirpe según la cual todo era plúmbeamente gris, las horas arrastradas, las caras y los cuerpos monstruosos, y la culpa, un verdugo interno cotidiano. La otra raza era sonrosada y agitada, trémulamente agitada, todo era apetitoso y Carlos se sentía el rey de la creación. El dinero era para gastar, los pájaros para trinar, las mujeres para seducir y las noches para no dormir pensando que vida era corta y que el tiempo se vaciaba como por el agujero de la bañera. Siempre fué así, era así , continuaría siendo así...a no ser... Sus padres lo llevaron a varios psiquiatras durante la puber-

tad y la adolescencia, los amigos y la esposa hicieron lo mismo durante la madurez. Los psiquiatras lo internaban en clínicas sombrías, lo llenaban de medicamentos pesados, le hicieron electroshocks inolvidables de lo que no se acordaba nada... y todo seguía igual.

Acababa de pasar por un período negro durante el cual cerró su escritorio de abogacía porque los clientes ya no confiaban en él. Había llorado repetidas veces frente a ellos y el olor a ginebra que exhalaba los hacía cada vez más desconfiados a su respecto, a pesar de la buena fama que había acumulado. Su mujer, desesperada, decidió ir a pasar un tiempo con sus padres en Mendoza... y dejar a Carlos en manos de Dios, aunque Dios solo había sido generoso con él permitiéndole acumular una pequeña fortuna en los períodos de excitación. En esas fases, los jueces se agradaban con su memoria jurisprudencial fotográfica, su verbosidad y la perspicacia con la que interrogaba a los acusados y testigos en los juicios orales. Ésa mañana de la década del setenta, Carlos se despertó a las cinco de la madrugada, después de haber dormido apenas una hora. Se vistió con su traje azul más elegante, se afeitó pulcramente, se puso su mejor corbata con un prendedor de oro y engalanó los puños de su camisa de seda con sus gemelos de brillantes. Su cara redonda estaba roja como un tomate y sus ojos, muy abiertos, lucían con destellos de metal bruñido. Caminó por la avenida de su casa hasta encontrar un bar que no había cerrado la noche anterior y en que las sillas estaban apiladas sobre las mesas

Desmontó una de las sillas, se sentó y llamó a gritos al mozo pidiéndole un café triple con pan, manteca, medias lunas, mermelada y dulce de leche. Tomó y comió rápidamente todo lo que le trajeron y observó que el camión de reparto de los diarios acababa de pasar dejando La Nación del día de la fecha. Leyó los titulares de la primera página y en ese instante comprendió que había llegado el “momento estelar” de su existencia. En la ciudad de Córdoba había habido un levantamiento protagonizado por una alianza circunstancial entre algunos militares, policías y agrupaciones civiles. El Gobierno de la Provincia había reaccionado rápidamente, y la Octava División de Ejército, mas la policía leal, estaban trabando cruentas luchas con los rebeldes, que resistían tenazmente, pero que no tardarían en ser dominados. Fue de nuevo a su departamento, después de haber pagado el desayuno con un billete de 50 pesos de los que no esperó el vuelto. Sacó el voluminoso fajo de billetes que tenía en la pequeña caja fuerte detrás de la pintura ecuestre del General Juan Manuel de Rosas que tenía colgado en la pared del escritorio, y partió para su máxima experiencia. Junto con el dinero, recogió un documento pomposo que había recibido cuando ganó el proceso de defensa del General Cosme Damián Uriburu Igañaga. El General había matado a su mujer con tres tiros de pistola porque la encontró en “paños menores” con un conscripto-chofer. Fue absuelto y organizó en el círculo Militar una pomposa recepción en la que hizo entrega a Carlos de un diploma de colaborador distinguido

del Ejército Nacional y una insignia de Oficial Honorario de las Fuerzas Armadas.

Carlos llamó un taxi a los alaridos, le puso al taxista el fajo de billetes bajo la nariz, y le anticipó que “todo eso sería para él si lo llevaba urgente para Córdoba”, donde “tenía una misión de la que dependía el futuro de la Patria”. El chofer, aterrorizado, después de deliberar íntimamente durante unos segundos, dudando entre si llevar ése personaje a la Comisaría próxima o tomar parte de la misión de marras, después de haber medido el peso y el tamaño de Carlos, y de enceguerse con los brillantes de los gemelos de la camisa, decidió que era mejor obedecer y callar.

La Policía los paró durante el trayecto unas cuatro o cinco veces porque corrían a ciento treinta y ciento cuarenta kilómetros por hora, pero en todas las oportunidades fué convencida por los mismos argumentos que el taxista, tanto cuanto por la exhibición del famoso título honorífico y las insignias de las Fuerzas Armadas.

Llegaron a Córdoba en cinco horas de un viaje alucinante. Preguntaron a todos los agentes de Policía por el “Cuartel General de las Fuerzas Gubernamentales”. Desde luego nadie sabía darles información alguna. Finalmente pararon un camión militar con tropas en cuya cabina estaba un teniente primero,. Carlos mostró el Diploma Honorífico y el teniente le dio todas las informaciones que precisaba. Fueron al Cuartel General pasando por innumerables escenas de tiendas con vidrios quebrados, estudiantes y sindical-

istas apaleados por la policía, nubes de gases lacrimógenos y hasta heridos caídos en el asfalto, ambulancias, sirenas, todo en un atroz caleidoscopio. La vista de ésas escenas hacía que la sangre de Carlos hirviese en sus venas, su respiración parecía la de un volcán en erupción, sus ojos se habían agrandado tanto que parecían ocupar todo su rostro. Pasaron por todas las barreras, calles clausuradas, vehículos quemados, guardias etc, En cada caso el consabido Diploma y las insignias allanaron cualquier dificultad. Finalmente llegaron a la sede del Cuartel General. Allí Carlos pidió alojamiento y garaje para el taxista y su automóvil y una entrevista inmediata con el General en Jefe del Comando de Defensa. Desde luego le dijeron , no sin cierto miedo, que estaba muy ocupado y no podía atender, pero el Diploma, la insignias y los gritos desaforados de Carlos, que aseguraba tener directivas del Superior Gobierno de la Nación para el General y para todas las Fuerzas de la Legalidad...hicieron su parte la otra fue probablemente, que en el caos reinante, nadie sabía muy bien lo que hacía.

Carlos se encontró frente al General, que estaba violentamente alterado por la “insubordinación” de los desajustados de siempre que conspiraban contra la Patria, la Bandera y Nuestro Estilo Occidental y Cristiano de Vida... algunos de los cuales habían sido sus compañeros de Academia Militar...y hasta había un cuñado suyo entre ellos. Aunque parezca mentira, el General ya había bebido unos cinco o seis whiskys, y era difícil decir si estaba mas furioso que asus-

tado o mas asustado que furioso, porque la situación de contienda no era exactamente como los diarios decían. Lo rebeldes habían tomado las principales radios de la ciudad, uno de los arsenales más importantes y también la Estación Central de ferrocarril. Estaban propalando mensajes revolucionarios a la población civil, y buena parte de la misma, también azuzada por los estudiantes, comenzaba a dar ayuda de provisiones y otras muestras de simpatía a los subversivos. Las organizaciones de izquierda, si bien no combatían junto con los militares insubordinados, estaban “aprovechando la confusión” para asaltar algunos bancos y para robar armas y suministros de diversas fuentes.

El General, a pesar de su entrenamiento en Panamá, no había estado jamás en guerra alguna, y el estado de cosas vigente le hacía temer crudamente por el futuro de su carrera, especialmente por su no muy lejano retiro, que esperaba desde el comienzo de la carrera. Carlos le dijo que traía órdenes del Presidente de la Nación y de los siguientes Generales, Tenientes Coroneles y Mayores, Almirantes, Contraalmirantes y Brigaderos (parte de los cuales conoció en la mencionada ceremonia y muchos de los cuales inventó en el momento). Vociferaba imbuido de un coraje y de un patriotismo frenéticos, que hicieron el lapso de duda del General casi ínfimo, Carlos gritaba que la rebelión debía ser de inmediato sofocada, los líderes presos y si fuese el caso, ejecutados sumariamente. De vez en cuando intercalaba frases en latín, que aprendió en la Facultad de Derecho. Obviamente el General mandó de inmediato verificar por radio las afirmaciones del extraño personaje, pero en ese momento, estalló una bomba de alto poder de demolición en

las instalaciones vecinas y el binomio Carlos-General se vio envuelto en una masa de humo, chispas, gritos, corridas, órdenes, enfermeros etc etc. En esas circunstancias, el General dió orden a dos capitanes de acompañar al ilustre enviado y darle toda la asistencia y poderes que fuesen necesarios. Los capitanes se miraron perplejos, pero el flamígero escenario y el porte de Carlos acabó rápidamente con su resistencia. Carlos exigió de inmediato un jeep para llevarlo a al más álgido de los frentes de combate. El jeep portaba una bandera y un altoparlante portátil por medio del cual Carlos, durante todo el accidentado trayecto, fue vociferando consignas y órdenes estentóreas, en considerables proporciones absurdas y dirigidas a nadie. Cuando llegaron a una línea de barricadas en pleno centro de la Ciudad (un infierno de disparos), Carlos conminó a un sargento primero a entregarle una ametralladora, subió a uno de los tanques que estaban preparados para la contraofensiva, y con la ametralladora en una mano, el altavoz en la otra y la bandera que había sacado del jeep apretada bajo la axila izquierda, dió tonantes voces de iniciar el ataque de inmediato. Dentro del tanque, el operador de radio-comunicación pasó la orden a todos los tanques de la flota que se comenzaron a movilizar como una procesión de enormes escarabajos mortíferos.

La ofensiva fue homérica. Los tanques disparaban toda su capacidad de fuego sobre las fuerzas enemigas enfervorizados por la unidad-jefe en la que un civil de traje azul, erguido en la casamata con la bandera flameando sobre la cabeza, despreciaba la lluvia de balas que zumbaban a su alrededor vociferando lemas heroicos y entrecortándolos con órdenes de Fuego!, Fuego!, Fuego!

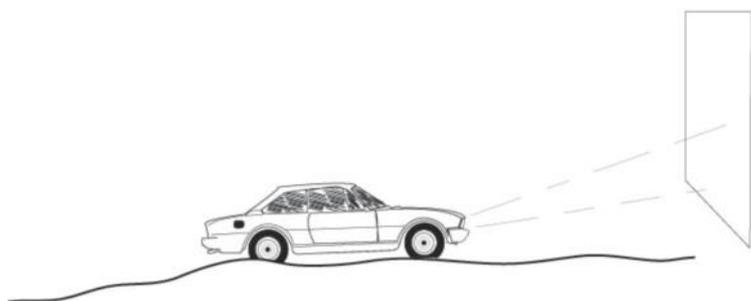
El ataque fue un éxito clamoroso. Las fuerzas insurrectas se retiraron aterrorizadas frente a la ferocidad de los tanques y el horroroso número de bajas. Los tanques los persiguieron

implacablemente hasta las afueras de la ciudad, destruyendo indiscriminadamente todo lo que encontraban a su paso y ametrallando por orden de Carlos aún a los que se rendían. En determinado instante, cuando los proyectiles de los tanques incendiaron la nafta de una Estación de Servicio, Carlos saltó del tanque, paró el auto de un civil y le ordenó imperiosamente llevarlo al Cuartel General, donde subió al taxi y volvió a toda velocidad a la Capital Federal. Llegando a la puerta de su casa pagó religiosamente al chofer lo que marcaba el taxímetro. El chofer le preguntó temblando si podía estrecharle la mano y permaneció unos largos minutos con la derecha de Carlos entre las suyas, llenas de ampollas hechas por las asperezas del volante durante el viaje. Le juró a Carlos que jamás olvidaría ese acontecimiento, y que nunca se había sentido tan feliz desde que había llevado al cantor Leo Dan al hipódromo.

Carlos subió al departamento, se sacó los gemelos de brillantes, el prendedor de oro y el traje azul, se dió un baño y solo entonces se dio cuenta de que ése día no había tomado sus medicamentos. Deglutió los comprimidos con casi una jarra de agua, comió una fruta y durmió como hacía mucho tiempo no lo conseguía.

Los medios de comunicación anunciaron al día siguiente que la rebelión había sido sofocada y que “reinaba tranquilidad” en el resto del país. Solo un semanario mencionó un ejemplar caso de heroísmo de un militar retirado, que asumió el comando de uno de los tanques vestido de civil, porque no quiso esperar ni siquiera ser convocado para asumir su puesto.

Un par de años después, Carlos se suicidó con una alta dosis de sus remedios porque una mañana nublada, su automóvil se quedó sin batería y no consiguió hacerlo iniciar la marcha.



EL VIEJO Y EL PEUGEOT

Me encontré inesperadamente con mi amigo Carlitos nada menos que en Barcelona. Yo había ido a visitar un museo de dinosaurios para complacer a mis sobrinos, cuando me di cuenta de que Carlitos no era uno de esos bichos prehistóricos, sino apenas alguien que volvía de mi atribulado pasado. Nos abrazamos, nos dijimos lo que era de esperar con respecto a que no habíamos cambiado nada y cosas por el estilo, y combinamos encontrarnos para cenar.

Nos habíamos escapado por milagro de Argentina casi simultáneamente en 1975, él fué a parar a Caracas y yo a Río de Janeiro, donde vivíamos desde entonces. Tanto para él como para mí, Barcelona era parte una trayectoria de vacaciones, las primeras que nos tomábamos desde hacía muchos

años.

Carlos era periodista en Buenos Aires y había conseguido continuar siéndolo durante su exilio, no sin grandes fracasos y sacrificios.

Durante el largo diálogo, y entre las decenas de historias que nos contamos, llegó un momento en que yo le dije que todavía seguía teniendo los mismos ideales de nuestros tiempos heroicos y que mi drama es que no sabía muy bien que hacer con ellos. Carlitos se puso serio y me confesó que él ya no estaba tan seguro de lo que pensaba y sentía al respecto. Había sufrido una serie de decepciones de las que prefería no hablar, pero apenas para divertirnos, recordaba una historia que quería contarme.

El escribía en varias revistas y diarios de la Capital, profundamente dolorido por no poder decir todo lo que era justo y necesario en aquellos terribles tiempos de la dictadura, Su frustración era creciente hasta que un día, lo llamó por teléfono alguien a quien no conocía, diciéndole que había leído sus artículos y pidiéndole una entrevista sigilosa en un banco de la Plaza Once, para hablar de un trabajo periodístico que quería encargarle.

Carlitos fué a la cita con todos los miedos que se puede imaginar, y a poco de esperar sentado en el dicho banco, se le presento el Viejo.

El Viejo era un hombre de unos cuarenta años, bajito, de piel muy morena y con el cabello completamente canoso. Con una actitud desconfiada y mirando constantemente

para todos lados, contó para Carlitos que pertenecía a una organización revolucionaria, que él y sus jefes admiraban la ética y el estilo con los que Carlos redactaba sus escritos, y que habían decidido arriesgarse a pedirle una colaboración militante para su lucha. Podía no aceptar, pero si así fuese, era mejor que olvidase por completo que ese encuentro había ocurrido, porque sino las consecuencias, tanto para los compañeros como para él mismo serían terribles.

Mi amigo Carlitos era un humanista. Odiaba todo tipo de violencia, tanto de derecha como de izquierda, tanto cuanto amaba los Tres Poderes, la Democracia Representativa, Republicana y Federal, la Libertad de Prensa y hasta la Jubilación. Pero en toda su trayectoria como periodista, jamás había recibido un elogio de ésa envergadura, sobre todo teniendo en cuenta de quien provenía. Su corazón periodístico dió un vuelco dentro de su pecho. Prometió solemnemente considerar la propuesta, aceptarla u olvidarla totalmente, y se dispuso a escuchar.

El viejo hablando con un tono bajísimo y cansado, le relató que la organización estaba a punto de tomar por asalto la Red Nacional de Difusión, para pasar un breve comunicado de denuncia de la situación imperante y exhortar a la población a una masiva insurrección armada. Pero sucedía que ninguno de los compañeros se sentía capaz de redactar ésas página con la precisión y la expresividad que serían indispensables a los fines de obtener el máximo de impacto ideológico necesario. Por eso habían decidido encargar al

Viejo la misión de contactar a Carlos, “a quien consideraban uno de los pocos que tal vez consiguiesen ese milagro comunicacional, cuya realización podía costar la vida de muchos militantes”.

Dicho ésto, el Viejo pidió que Carlos pensase al respecto y advirtió que ya lo contactarían por teléfono, no sin antes asegurarle que su identidad no sería nunca revelada, y que de ése pedido solo sabían los dos jefes más importantes de la Organización.

Decir que Carlos pensó sobre el particular es no decir nada. Desde ésa mañana en la Plaza Once, Carlos no solo no podía pensar en otra cosa, sino tampoco escribir, comer, dormir etc. Desde luego los interrogantes más previsibles fueron los primeros en surgir en su mente.

Como aceptar una propuesta de alguien a quien no conocía en absoluto? Y si fuese del Servicio de Inteligencia de la dictadura? A quien pedir referencias?

Porque confiaban en que él, Carlos, que no era de la organización, sabría exactamente transmitir en forma y contenido un mensaje que solo podría surgir de una clara conciencia de lo que se proponían, así como de una larga e intensa experiencia militante?

Como confiar que su nombre no concluiría por ser delatado, por quien fuese, dado que la afirmación de que solo los dos jefes máximos lo conocían no era garantía alguna en esas circunstancias?

Porque encargar a un humanista que aborrecía la violencia

un texto que incitaba a la subversión armada?

En fin: lo único que alcanzó a responderse después de varios días y noches de cavilación fué que naturalmente esas eran las reglas del juego y que si todo fuese más seguro, la propuesta no tendría el menor sentido, entonces era” agarrar o largar”.

Carlos revisó en esos días profundamente su existencia. Constató que además de estar indignado y arrasado por las fechorías de la dictadura y por la compasión con sus víctimas, estaba avergonzado por el miedo que llegaba a paralizarlo. Pero fundamentalmente lo que más lo impulsó fue el pleno sentimiento, desencadenado por ese extraño episodio, de que estaba mortalmente aburrido, de que su cotidianidad personal y profesional era un mermelada sin color olor ni sabor y que si continuaba así por mucho tiempo moriría de tedio , o de alguno de los equivalentes con los que el tedio acaba con sus portadores.

Finalmente recibió el llamado telefónico del “Viejo” y decidió aceptar.

Escribió escondido en el baño de su departamento, con una máquina de escribir “Corona” que había pertenecido a su padre y que no usaba hacía décadas. Ensayó unos doscientos borradores hasta encontrar una formulación que más o menos lo satisfacía. Le parecía que el estilo era un poco grandilocuente, pero se consoló pensando que los argentinos, en general, son grandilocuentes, y que un manifiesto de ésas características tenía que ser grandilocuente por su

propia naturaleza.

Puso el texto dentro de un diario y fué a la plaza Once a encontrarse con el Viejo. La entrevista fué brevísima. El Viejo no llegó a sentarse en el banco en el que Carlos estaba, apenas pasó por su lado, con un gesto rápido tomó el diario sin mirar lo que tenía dentro y se perdió en la multitud.

Pasaron muchos días sin noticias y Carlos comenzó a sospechar cada vez más, no solo de la autenticidad de la misión que supuestamente le habían encomendado, como hasta de la existencia real de todo lo ocurrido. Estuvo dudando cruelmente entre si mudarse de departamento (por si la policía lo venía a buscar), o si permanecer esperando alguna novedad del Viejo. Unas semanas después, estaba parado frente a la vidriera de un negocio de venta de televisores, cuando súbitamente todos los aparatos se obscurecieron e inmediatamente después surgió en la pantalla la bandera de la Organización del Viejo y, a continuación el comunicado redactado por Carlos, escrito en letras rojas grandes sobre un fondo blanco. Al parecer el Comunicado iba acompañado de su lectura en alta voz, pero Carlos, desde su posición en la calle, no pudo escucharla.

En ése momento mi amigo creyó que iba a desmayarse. Se quedó con la frente sudorosa apoyada en la vidriera sin poder fingir que estaba interesado en el programa de dibujos animados que estaban difundiendo en ése momento. Le pareció que absolutamente todo el grupo de desocupados que miraba los aparatos de televisión y hacía exaltados co-

mentarios sobre el Comunicado, estaba automáticamente informado de que el autor del mismo era él. Después de los cinco primeros minutos de terror, y mientras orinaba en el baño de una pizzería, comenzó a invadirlo un fantástico orgullo y una vibrante alegría. Se sentía como cuando era púber y salía del cine después de haber visto una película con John Wayne, y se sorprendía caminando como si fuese el corpulento héroe.

En los días siguientes devoró todas las publicaciones y programas que hablaban (en general con una mezcla de miedo, falsa indignación y secreta admiración) de la operación efectuada por los “delincuentes subversivos” de la Organización del Viejo. La prensa comentaba que había sido realizada con una audacia y una precisión digna de los comandos de la Segunda Guerra Mundial. No dejó víctimas ni prisioneros, y algunos articulistas se atrevían a llamar la atención sobre acerca de la perfección del texto que parecía haber sido escrito por un profesional de la comunicación.

A partir de entonces, Carlos, para su propia mayor sorpresa, no tuvo más pánico. Por el contrario, una insólita fuerza le corría por el cuerpo como una onda de dignidad que jamás conoció. Algo en él, una sólida sensación de pertenencia a no-sabía-que, lo fundaba como parte de un todo vivo y fuerte. El tedio se esfumó de su existencia y comenzó a incluir en sus artículos periodísticos una dimensión disimuladamente combativa inédita.

Una madrugada recibió un llamado telefónico que lo des-

perió un tanto asustado. Era el Viejo, que en muy pocas palabras le dijo que quería encontrarlo de nuevo al día siguiente en la Plaza Once.

Era una mañana gloriosa y el Viejo, hablando de costado como si no lo conociese, lo felicitó brevemente en nombre de la Organización por el éxito del comunicado, y agregó que Carlos no se imaginaba la importancia del servicio que había prestado a la causa. Después, cortando cualquier respuesta, casi susurró que necesitaba un servicio tan o más importante que el anterior; algo imperiosamente le dijo que dejase el automóvil de su propiedad en la esquina de las calles tal y tal el día tal y tal a la hora tal y tal, porque era indispensable para una operación de vital significación militante. De inmediato se levantó y se fue.

El entusiasmo de Carlos comenzó a sufrir, de ahí en adelante, serias vacilaciones. No consiguió evitar caer en una serie de cavilaciones que lo obsesionaban y avergonzaban. Había ahorrado no se acordaba cuanto tiempo para comprar su Peugeot 504 azul metalizado, que no había terminado todavía de pagar, y que era una de las pocas cosas que le daban placer. El sol entrando por el techo corredizo, sobre todo cuando iba de mañana a trabajar, lo ayudaban a ignorar la miseria intelectual en la cual buena parte de sus tareas intelectuales lo sumergían.

Y si el auto era destruido durante la operación? Y si la policía lo capturaba, o anotaban la patente y fácilmente rastreaban la identidad del dueño? Y si no se lo devolvían nunca más?

Y si...

No era suficiente con lo que ya había hecho por un Movimiento con el cual no tenía la menor conexión orgánica? En base a que le pedían una cosa así?

Pero por otra parte esos mismos tipos eran los que habían arriesgado sus vidas para poner en el aire una página escrita por él. Lo habían hecho entrar en la Historia con una confianza formidable fundada estrictamente en su talento de periodista de segunda clase!

Lo cierto es que en el día, hora y lugar combinados dejó su Peugeot del cual se despidió con lágrimas en los ojos, como si los dos pudiesen no verse nunca más.

Desesperado como estaba, tomó el subterráneo para ir a su casa y después de varias horas de tormento, durante las cuales bebió un número absurdo de cervezas, decidió que si no salía iba a enloquecerse.

Llamó por teléfono a una amiga snob con la que había tenido algunos encuentros amorosos pero a la que no soportaba demasiado, y le pidió que pasase a buscarlo con el auto de ella para ir cenar y luego tal vez ir al cine.

Mónica lo recogió con su Ford convertible, cenaron en un restaurante de la Avenida Costanera y después ella sugirió que fuesen a un Cine Drive que se había inaugurado en la Ruta Ocho. Carlos dudó mucho porque la angustia casi no le permitió comer durante la cena y porque pensaba que no iba a poder aguantar estar dos horas con Mónica en un lugar especialmente elegido por ella para besarse y preparar alguna

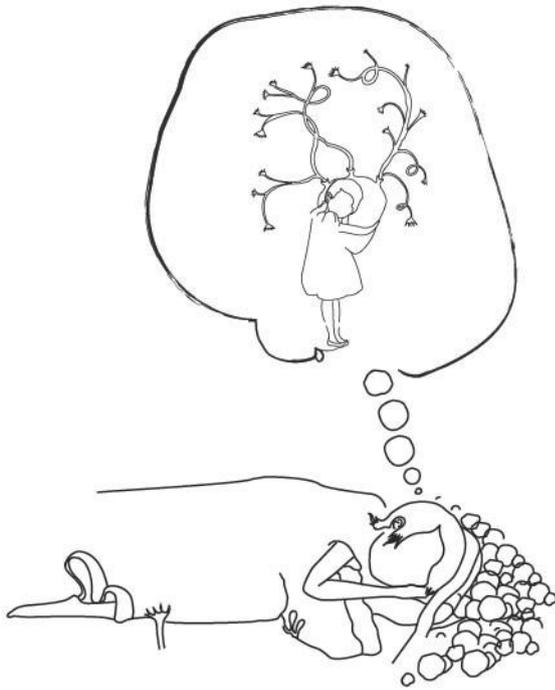
continuación erótica de la cita. Pero finalmente aceptó, aunque el trayecto fue una tortura para él.

Poco tiempo de estacionar en el Drive Inn, (donde estaban pasando una película con John Wayne, y cuando ya estaba a punto de pedir a Mónica que lo llevase de vuelta a casa porque la ansiedad le estaba dando náuseas, sucedió lo increíble. El Peugeot, con el Viejo al volante y una opulenta rubia teñida, estacionaron justo a su lado.

Carlos no sabía si estaba en el ojo del ciclón de alguna operación subversiva que habría de involucrarlo por partida doble, o hacerlo volar por los aires en alguna explosión infernal...o si se había dormido y estaba teniendo una pesadilla grotesca. La duda concluyó rápidamente.

Carlos y el Viejo se miraron largamente, y el Viejo, después de guiñarle un ojo le dijo: “Hermano, nadie es de fierro”. Al día siguiente, después de un horroroso episodio de impotencia sexual por el cual consiguió que Mónica lo dejase para siempre, Carlos encontró su Peugeot en la puerta del edificio de su departamento y las llaves en su casilla de correo.

A partir de entonces, nada supo acerca del Viejo ni de la Organización. Vendió el Peugeot por un precio bastante bajo y pidió traslado en el periódico para la sección de deportes.



I NCUBO

Se “reconocieron” mientras esperaban el avión en Ezeiza. El cojeaba de la pierna derecha y ella todavía tenía un brazo en cabestrillo. Los dos tenían hematomas en la cara y en el cuello (solo después sabrían que por todo el cuerpo). Los verdugones mostraban ese color amarillento que es el final del proceso de reabsorción, pero el que más demora en desaparecer. Los dos usaban lentes oscuros y el cabello de los dos tenía el aspecto indudable de “estar volviendo a crecer”. Faltaba mucho para la salida del vuelo que iba para Bruselas, era de madrugada y había pocas personas en la sala de embarque. Hasta que sus miradas se cruzaron varias veces fugazmente, recorrieron las marcas visibles, y hasta que dieron

innumerables paseos aparente-mente distraídos, pasó un tiempo infinito.

Finalmente se abrió el puesto de revistas y, hojeando libros y diarios llegaron a estar muy próximos, aunque casi de espaldas.

Entonces él preguntó en voz muy baja “Vos sos la que soltaron”? . Ella, después de hacerse repetir la pregunta dijo secamente “Si y vos”? “Yo también” completó él, sin saber que sentía en ésas circunstancias. En ése mismo tipo de diálogo convinieron separarse hasta que el vuelo hubiese salido, y como constataron que tenían asientos separados, él le pidió a un Sr. alto y gordo si no tenía inconveniente en cambiar de sitio.

Pasaron casi una hora observando juntos al resto de los pasajeros, tratando de descifrar si había alguien que tuviese cara de “cana” para finalmente llegar a la conclusión de que sería imposible reconocerlos por el aspecto.

Luego comenzó una larga y cortada conversación durante la cual, la principal dificultad consistía en seleccionar que era lo que se podía, que era lo que se quería, y que era lo que sabía contar de la historia de los dos.

Eran de dos organizaciones clandestinas diferentes y, en una negociación conjunta y sumamente complicada, la dictadura los había cambiado por dos empresarios que fueron raptados por los respectivos movimientos. Estuvieron presos en lugares que no consiguieron identificar, fueron torturados malamente, y ella fue reiteradamente violada por los verdu-

gos. El único de esos lugares que consiguieron identificar fue un cuartel en el límite norte entre Argentina y Brasil. Las organizaciones decidieron pedir su liberación y su exilio en condición de refugiados porque él era abogado, en el comienzo de una brillante carrera diplomática y ella era periodista, muy vinculada la prensa europea. De ambos se esperaba que, en el exilio, pudiesen conseguir divulgación y apoyo para la causa revolucionaria.

Cuando la operación les fue propuesta ellos, Alberto y Gloria, aceptaron frenéticamente, aunque después, con el pasar del período de restablecimiento y de cuidados médicos, que recibieron en un hospital militar cerrado, tuvieron innumerables dudas y culpas en torno de si iban o no a conseguir honrar ése compromiso. Del hospital los llevaron custodiados hasta el aeropuerto y los hicieron entrar en la sala de embarque vigilando desde afuera hasta que el vuelo partió. El viaje fue largo y tuvo un trasbordo en París, de modo que las largas horas que pasaron juntos parecieron una vida entera.

A pesar de la desconfianza, concluyeron por contarse genéricamente lo poco que era contable con respecto a sus respectivas militancias políticas, sus familias de origen y sus actividades profesionales, eludiendo cuidadosamente el relato de como fueron capturados, de lo que sufrieron durante la prisión y, sobre todo, de en que consistían sus “misiones” en el exterior.

De cualquier manera, no pudieron evitar, después de com-

partir el odio y el rencor por la dictadura y por los torturadores, comenzar a sentir uno por el otro una profunda y dulce piedad.

Estaban destinados a alojamientos diferentes, y cuando llegaron a destino, los respectivos grupos que fueron a esperarlos, partieron en diverso sentidos y no quisieron darles las correspondientes direcciones y teléfonos. Distanciarse fue mucho más difícil de lo que habían supuesto, y en los automóviles que los grupos los transportaron, fue duro tratar de conversar en francés con sus acompañantes. Gloria tuvo que enjugarse disimuladamente las lágrimas varias veces, y Alberto parecía estar en otro mundo compuesto por las imágenes y el perfume que ella exhalaba.

Pasaron varias semanas en Bruselas, muy ocupados con su adaptación, con la búsqueda de alguna actividad profesional, con las entrevistas con el periodismo y con la cura de los residuos físicos más graves de la tortura.

Hasta que, finalmente, se encontraron por casualidad en un evento de apoyo a la lucha en Latinoamérica, en el que Gloria era una de las conferencistas. Se dieron las direcciones y teléfonos y comenzaron inmediatamente a encontrarse, sin entender demasiado porque era tan importante su mutua compañía, siendo que la pequeña colonia argentina en Bruselas, los había recibida muy calurosamente, y ya tenían varios amigos.

Al final de unas pocas citas, descubrieron que no conseguían separarse y que estaban enamorados.

Comenzaron una ardua campaña para conseguir un lugar donde vivir juntos, y lograron finalmente que una compatriota, que tenía un negocio en Francia y viajaba por períodos prolongados, les cediese un departamentito, pequeño pero confortable, al que se mudaron de inmediato.

La vida se tornó de nuevo digna de ése nombre. Les costaba enormemente salir para trabajar, encontrarse con los amigos y hasta para ir a cine. Pasaban horas interminables mirándose a los ojos y dirigiéndose palabras infantiles y tiernas.

Las relaciones sexuales fueron especialmente difíciles. Al principio Gloria no toleraba ni la penetración. Con la paciencia y la dulzura de Alberto, hacer el amor se fue tornando, primero soportable, y después delicioso, pero Gloria no llegaba al orgasmo. Conversaron extensamente sobre la cuestión y resolvieron de común y tranquilo acuerdo dejar que el tiempo hiciese su trabajo restaurador. Sin embargo, eso no impedía que después de cada coito, los dos se durmiesen y se despertasen gritando y llorando, cada uno por sus motivos.

Como quiera que fuese, y en un lapso increíblemente breve, los dos estaban convencidos de que habían encontrado su compañía para toda la existencia, y llegaron hasta a hacer bromas contenidas acerca de que el destino tiene vicisitudes que la razón no entiende.

Una noche, al encontrarse en casa, Alberto notó que Gloria tenía los ojos hinchados y enrojecidos y una expresión funesta en el rostro. Tuvo que insistir mucho para que ella se

decidiese a contar lo que ocurría, hasta que Gloria, estallando en convulsivos sollozos, le dijo que había hecho un examen médico general, y que descubrió que estaba embarazada. Como los dos habían puesto mucho cuidado en tomar medidas anticonceptivas, no había duda alguna, ese embarazo era producto de las violaciones acerca de las cuales nunca quisieron hablar.

La adorable convivencia que mantenían se transformó en un infierno. No se trataba, en lo más mínimo, de que su amor sufriese la menor conmoción con la noticia, pero sus posiciones al respecto eran, por lo menos al comienzo, radicalmente opuestas.

Alberto sostenía que Gloria había sufrido tanto y todo eso era tan reciente, que él no soportaba la idea de verla pasar por el nuevo terrible trauma de un aborto. Estaba convencido de que esa solución sería peligrosísima para la salud física y mental de su compañera, y tenía pánico de perderla. Al final, lo que importaba era que ese hijo era de ella.

Gloria no admitía ni oír hablar de la cuestión. Quería hacer la intervención lo antes posible, porque no toleraba la idea de tener en su cuerpo un resto macabro de la tortura y de un torturador, y estaba segura de que, si continuaba con ése proceso, terminaría enloqueciéndose y arruinado la dicha del inapreciable encuentro con su amado.

Por los cálculos de tiempo que hicieron juntos, no había muchos días para discutir el tenebroso asunto. Pero en ese breve lapso ya comenzó a evidenciarse el deterioro que Gloria

temía. No conseguían mirarse a los ojos como antes, ella sentía las caricias de él como intolerables, las pláticas se degradaban rápidamente en discusiones y luego en francas y feas peleas.

Alberto, mucho más preocupado que interesado en mantener su posición, comenzó, lentamente a ceder en sus argumentos, y concluyó por aceptar la voluntad de Gloria, pero sin dejar de insistir en calmarla y apoyarla de todas las maneras a su alcance, incluyendo la comprensión y la tolerancia de las agresiones a las que ella constantemente lo sometía, para cada vez disculparse sin cesar. Pararon de cuidarse, comían mal, casi no dormían, tuvieron que pedir licencia en los respectivos trabajos, no salían y circulaban por la casa como dos almas en pena

En la medida en que Alberto deponía sus razones y tomaba una actitud de aceptación pasiva de lo que Gloria quisiese hacer acerca del embarazo, ella fue perdiendo gradualmente la indignada determinación que la animaba. El rencor y el no muy explícito deseo de venganza y de “conclusión terminante de una etapa”, fue dando lugar a una abismal tristeza y un desánimo abrumador. Gloria permanecía el día entero en cama, con la cortinas bajadas y las luces apagadas, dejando en manos de Alberto todo lo referente a la difícil averiguación de como sería posible hacer el aborto, así como de cuanto tuviese que ver con las tareas de la casa, la comida etc.

Alberto comenzó a temer que, el espantoso conflicto, iba

realmente a terminar con ese vínculo que sentía como la única razón para vivir.

Con la ayuda de los compañeros de trabajo y de exilio, consiguió por fin marcar el horario de la intervención para una semana más adelante.

A medida de que la fecha se iba aproximando, Gloria se fue empeorando. Dejó por completo de comer y de dormir, pero también de llorar y entró en un mutismo completo. Cuando Alberto le anunció que había combinado la intervención y tentó conversar al respecto, Gloria no dijo nada durante casi seis días y noches seguidos. Ese silencio fue llevando a Alberto a la más terrible desesperación. Su miedo, llegado al ápice, se transformó en irritación y explotó en la víspera del aborto, faltando horas para el mismo, porque no lograba saber ni siquiera si Gloria había o no aceptado la idea y estaba dispuesta a llevarla a término. Gritó durante mucho tiempo a voz de cuello, rompió la vajilla de la casa y el teléfono y, finalmente, se durmió sentado en la alfombra.

En la madrugada lo despertaron los gemidos de Gloria, que estaba recostado en el respaldo de la cama con una masa sanguinolenta entre las piernas. Había tenido un aborto espontáneo.

Alberto creyó que moriría de miedo en ése momento. Temblando, pero armándose de toda la fuerza de que era capaz, recogió el feto en la sabana y puso dentro de un frasco. Tomó el pulso y otras señales vitales de Gloria, que estaban satisfactorias. Le dio un baño, la obligó a beber abundante agua

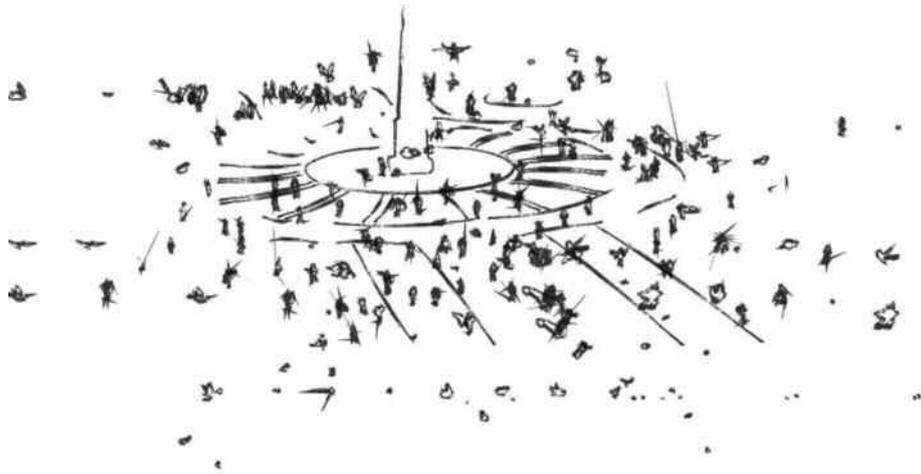
y a vestirse, y fueron juntos a la entrevista con el médico. El facultativo después de examinar a Gloria y al feto los liberó diciendo que estaba todo concluido y no había peligro alguno inmediato para la paciente, pero que después la sometería a un detenido estudio.

Los exámenes dieron como resultado una compleja patología del aparato reproductivo de Gloria, enfermedad que se había agravado durante la tortura y de la cual nunca se curó, a pesar de haber efectuado una infinidad de tratamientos.

Alberto y Gloria demoraron años de esfuerzos y terapias para reponerse de lo ocurrido. Continuaron juntos durante muchos años cumpliendo con las promesas hechas a sus respectivas organizaciones políticas, y realizando excelentes trabajos profesionales.

Décadas después, volvieron a Argentina, donde, una vez radicados, decidieron adoptar un chico. Pero como Gloria quería que ésa adopción fuese un símbolo antitético de lo sucedido, resolvió, de común acuerdo con su marido, adoptar una “menina” brasilera.

Como el apellido de Alberto era De Dios, los dos, marxistas y ateos férreos, asumieron una nenita que se llamó Gloria de Dios, y que era negra.



L A MASACRE DE LAS PALOMAS

Todas las tardes, cuando salía del consultorio el hombre del kiosco me entregaba el diario de la tarde. Cambiábamos unas pocas palabras, a veces mecánicamente. El me observaba cuando yo, impresionado por alguna de las noticias, me detenía bajo la lamparita del kiosco para devorar las páginas con una expresión angustiada. A mi vez lo había observado con disimulo, porque su cara y su figura me inspiraban cierto interés indefinible.

El hombre se llamaba Braulio, o algo así, y ese apelativo era coherente con una estampa muy alta, delgada y aún musculosa, así como con un rostro muy masculino, pálido y marcado por unas arrugas, profundas como cuchilladas, de un

rasgado que iba mucho más allá de lo que correspondía a la flacura, a su edad mediana- madura o a cualquier enfermedad.

Cuando me quebré la pierna, le pregunté si por casualidad no confiaba a alguien que pudiese llevarme en mi automóvil durante unos días, de una a otra de las mil obligaciones que yo tenía. Para mi sorpresa respondió rápidamente que estaba a mis órdenes, porque era chofer profesional. Le pregunté como haría con su trabajo, porque mis compromisos estaban dispersos en todas horas del día, y me respondió que pediría una licencia en el kiosco, porque como era jubilado, ese trabajo era apenas una “changa”.

Comenzamos así una mes de idas y venidas, durante las cuales se fue fundando una especie de amistad, que culminó cuando Braulio me preguntó tímidamente (era muy respetuoso y circunspecto) si realmente yo era psiquiatra. Confesé que sí, y entonces se atrevió a preguntarme si podría prescribirle algún medicamento para dormir, porque ya hacía mucho tiempo que tenía insomnio.

A mi vez vencí la tendencia a recomendarle apenas algún hipnótico sin preguntarle nada. Creo que esas profundas arrugas de su cara grave y dolorida me inquietaban como un augurio de algo muy penoso, aunque que no sabía definir porque. Le pregunté cómo era ese insomnio y me dijo que, en cuanto comenzaba a dormir, tenía un sueño repetitivo, se despertaba desesperado y asustado y ya no conseguía pegar los ojos en toda la noche. Obviamente interrogué si había

algo que le estaba preocupando etc. Me respondió que era una larga historia y que ya estábamos llegando a nuestro circunstancial destino, que otro día iría a relatarme de que se trataba.

Pero durante los días posteriores, ni él dijo nada, ni yo quise preguntar (no sé si por discreción, o por ese extraño presentimiento), lo cierto que unas semanas después, casi retorciéndose de vergüenza, comentó que necesitaba conversar conmigo y cuál sería el precio de una entrevista en mi consultorio. Le aclaré que estaba muy agradecido por sus servicios y que de forma alguna era necesaria una visita profesional, que cuando él quisiese podíamos conversar como amigos.

Otra vez pasaron varios días y Braulio no volvió a mencionar la cuestión. El medicamento que le prescribí no le ayudó a conciliar el sueño, y noté que durante nuestros cortos viajes, su expresión facial se tornaba cada vez más lúgubre y su silencioso sufrimiento parecía ser mayor.

Una noche, al salir del trabajo, me dirigía para mi casa caminando dificultosamente con las muletas, cuando pasé por un boliche próximo en el cual pude ver a Braulio, sentado solitario en una mesa del fondo. Decidí aproximarme, y ya desde una buena distancia, me di cuenta de que mi “chofer “estaba” completamente borracho. Yacía recto en silla, con la cabeza reclinada sobre el pecho, los cabellos ligeramente despeinados y los ojos muy abiertos con la mirada perdida en el vacío. Cuando me vio llegar y me reconoció, hizo una

precaria tentativa de levantarse para saludarme ceremoniosamente, pero tropezó, las piernas le fallaron, casi dejó caer la botella y el vaso al suelo y volvió a derrumbarse sobre su asiento. Se deshizo en disculpas de que yo “lo viese así”, de que no su era costumbre beber, y me pidió encarecidamente que lo dejase solo y no me incomodase por ese encuentro. Por mi parte le pedí disculpas por insistir, pero le rogué que me dejase sentarme con él y así tal vez pudiésemos tener la conversación que él me había pedido oportunamente.

Muy embarazado y vacilante concluyó por aceptar y demoró varios minutos en decidirse a contarme lo que le estaba ocurriendo.

Me narró que había sido sargento de Ejército y que se había jubilado excepcionalmente por razones de salud. Ya desde un tiempo antes de ese retiro, presentaba un cuadro de insomnio pertinaz, con ésas terribles pesadillas, adelgazamiento, fuerte depresión y un discreto alcoholismo. Le indicaron varios tratamientos, que fueron infructuosos, hasta que una junta médica le concedió la mencionada jubilación.

Tuve que volver a preguntarle si, por ésos tiempos, había pasado algo que le afectase esencialmente, y fue con mucha insistencia que conseguí que aceptase que tal vez sus síntomas podrían haber comenzado después de un episodio que le causó bastante conmoción

Estaba destinado a una División Motorizada, en la que ya hacía solo trabajos de escritorio y de entrenamiento, cuando

un cierto día en que se encontraba concentrado en estado de alerta en el cuartel de regimiento, fue convocado de emergencia para dirigir un vehículo militar en determinadas circunstancias que llamaban excepcionales.

Le dieron un robusto camión de transporte de tropas cuya caja estaba cerrada con lonas por los cuatro costados y le ordenaron incorporarse a un convoy que iba a toda velocidad para Plaza de Mayo. Era el año de 1955 y ese día había acontecido el episodio del bombardeo, practicado por la aviación de la Marina. Braulio continuó diciendo que eran las últimas horas de la tarde, y que cuando los camiones llegaron a las calles de acceso a la Plaza, que estaban rigurosamente bloqueadas y vigiladas, la guardia de las mismas demoró casi media hora en abrirse para permitir la entrada de los vehículos. A partir de ése momento, Braulio me advirtió que temía que yo no le creyese, porque “los civiles no saben de lo ocurrido y no están dispuestas a aceptarlo”. Lo tranquilicé al respecto asegurándole que, por mi profesión y por mi hombría, yo estaba acostumbrado a guardar secretos y a no dudar de lo que alguien, que estaba sufriendo, me confiaba. Pasó a explicarme entonces, que la Plaza estaba cubierta de heridos y cadáveres. Muchos de los muertos ya estaban apilados sobre las aceras y los canteros del paseo, especialmente contra las paredes de la fuente central. Pero muchos otros aún permanecían desparramados por las calles que rodean la Plaza, lo cual hacía muy trabajoso el avance de los camiones. Buena parte de los heridos, extremadamente

graves, revisados por los médicos militares, ya habían sido enviados al hospital, pero, los menos afectados estaban siendo ultimados a tiros de pistola asestados en la nuca, de manera que Braulio llegó a ver algunas de las últimas de esas ejecuciones.

Los oficiales y suboficiales (casi no había soldados), estaban muy nerviosos, y gritaban incesantemente órdenes contradictorias y confusas, especialmente las que mandaban avanzar a los camiones sin considerar el obstáculo de los cadáveres.

Llegando al punto medio de una de las calles laterales, recibió la orden de detenerse y de cargar los cuerpos de una de las pilas en el camión. Braulio preguntó si no había alguien para ayudar y recibió en cambio un vociferante sermón de un sub-teniente que lo insultó de todas las maneras posibles y lo mandó a “arremangarse y trabajar”. Braulio prosiguió contándome que muchos de los cuerpos mostraban heridas precisas de balas de alto calibre o de fragmentos de metralla provenientes de las bombas lanzadas por los aviones Gloster-Meteor, pero que había muchos otros enteramente despedazados y agrupados en montones de miembros, órganos, troncos y cabezas desgarrados y seccionados. La sangre, que aún estaba flúida en los charcos del asfalto y de las veredas, a pesar de haberse secado sobre los cadáveres y sus fragmentos, todavía “manchaba”, y después que Flavio consiguió cargar los primeros diez cuerpos, su uniforme de fajina estaba enteramente teñido de rojo.

Cuando hubo subido alrededor de veinte cuerpos al camión, un viejo problema de columna que lo afectaba le dio una fuerte puntada, y comenzó a tener serias dificultades para elevar los cuerpos a la altura que se precisaba para acomodarlos. Como la pila de la caja del camión ya estaba alta, alrededor de sesenta cuerpos, y Braulio se sentía cada vez peor, pidió nuevamente ayuda al Sub-Teniente, que le gritó por varios minutos y concluyó mandándolo a bajar las lonas, amarrarlas cuidadosamente, limpiar cuanto pudiese la parte externa del camión y cubrirse, a su vez, con una lona suelta, que siempre estaba en el asiento de adelante.

Cuando Braulio llegó a una de las bocas de salida, el oficial de guardia le dio un mapa con un punto marcado a 145 Km en la Provincia de Buenos Aires, encargándole que no se detuviese por ningún motivo, que no bajase de una velocidad de 90 Kms por hora y que, entregada su carga, volviese al cuartel y jamás se le ocurriese comentar con absolutamente nadie lo sucedido bajo ningún concepto.

Braulio gastó más de tres horas en hacer el trayecto. No tuvo ningún impedimento de tránsito porque habían colocado en el camión una luz roja provisoria en la capota de la cabina, Cuando llegó al campo indicado, varias personas sin uniforme descargaron los muertos y lavaron el camión con baldes de agua, un oficial le mandó a los baños a tomar una ducha, le dieron un uniforme de fajina limpio, y lo encaminaron a su cuartel de origen.

Braulio relató que, a pesar de que le parecía que los

camiones eran más de veinte, no sabía calcular cuántos muertos fueron transportados, pero que estaba convencido de que eran varios miles de personas, “más, muchos más de los que la prensa registro en todos los informativos de los días inmediatos y alejados sub-siguientes”. Dijo que los muertos eran personas de todas las edades, incluidos chicos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, en general discretamente vestidos con ropas de buena calidad y que tenían mucho más aspecto de “civiles que estaban en una proce- sión, que de cualquier otra cosa”.

Braulio dijo que, desde ésa noche que pasó en el cuartel, ya nunca más consiguió dormir más que una hora por día, que su lesión en la columna ya nunca se curó definitivamente, que perdió casi quince kilogramos de peso porque no tenía apetito y que concluyó por no poder levantarse la cama de- bido al dolor, el cansancio y la tristeza. Estaba muy irritable y llegó a tener algunos roces serios con sus superiores, espe- cialmente en cierta discusión en que le dijeron que “así como estaba, ya no podía ser más un soldado”.

Cuando traté de volver a insistir en que me relatase sus sueños, no quiso evocarlos en detalles, apenas después de una reiteración mía, que llegó a ser algo indiscreta, balbució algo que tenía que ver con “un montón de palomas muertas, caca y plumas de palomas muertas”-

Le dije a Braulio que lo que lo estaba afectando no era nada importante, que no se hiciese mala sangre y le receté un es- timulante cerebral y un tranquilizante más fuerte, pidiéndole que me diese noticias de él, porque nuestro acuerdo de tra- bajo como chofer estaba terminando.

Nunca más lo volví a ver, entre otras cosas porque mi con- sultorio fué allanado por la Policía y yo tuve que trasladarme al extranjero de donde no he regresado aún.



LA MUJER FATAL... **L**O LA HISTORIA DEL BUEN CONTAGIO

Parecía que una paciente que tuve hace mucho tiempo me recomendó otra que vino a verme.

La atendí después de almorzar, lo cual suele dar a mis intervenciones clínicas un repertorio que puede perfectamente clasificarse en proteínas, lípidos e hidratos de carbono. Pero también puede haber ene – mentos inclasificables. Creo que esta historia es la de uno de esos casos.

Yo vivía y ejercía la medicina en Rio de Janeiro, donde la ciudad no me convencía, ni yo a ella.

Mi posible paciente era una ex bella mujer, que según sus propios valores, era por esa razón una ex mujer... bella. Eso no quiere decir que esa mujer era bella en tanto ex, ni que era mujer porque había sido bella...en fin...en ella la belleza

y la femeneidad tenían una relación compleja, altiva y conjunta ...aunque paralela Y desacompañada.

Si como dicen, el sufrimiento dignifica, esta mujer era el sufrimiento personificado en el digno paisaje de un desierto. Pero: hay desiertos y desiertos! Hay desiertos que siempre fueron desiertos y eso los habilita para ser bellos, a su manera. Hay desiertos que se están desertificando y en los que vida comienza brillar por su ausencia.

En el rostro de esta mujer agonizaban los rasgos de un ferviente mirar, de unas niveas perlificadas mejillas y de unos labios amanecientes, húmedos y rojos como el corazón de lo rojo: esencia colorada.

Lloraba inconmensurablemente. Lloraba inextinguiblemente. Lloraba introversivamente. Era el llorar, porque ni lágrimas, ni rictus ni ademanes era el signo de su llanto.

A mi me parecía que yo era el fluir de lágrimas por las dunas de esa fisiognomía helénica...y mi horror a esa cascada sin dimensiones me hacía implorar, desde el vértice del llanto silencioso, para que esa mujer, e-vidente-mente fatal, devolviese a nuestro encuentro la seguridad de alguna práctica antropológica, sea cual fuese, pero con un estatus definido. Entretanto, el destino me reservaba todavía mares de ese silencio, hasta que, buscando desesperadamente algo en que encaramarme, conseguí subirme a unos pocos susurros que ella había aterciopelado al entrar en el consultorio. Exclusivamente un acento que soplaba desde la dirección desde la que ella advenía. Por lo menos era algo: iluminarme con la

creencia de que era hispanoamericana...o cosa así...no totalmente indescifrable aunque nunca inexpresivo.

Su feroz tristeza me contó que había sido muy feliz con un compañero inapreciable, durante largos y anchos años. Que sus melodías eran innumerables pero que su vasta y heterogénea armonía consistía en el modo como se encarnaban eróticamente.

La sexualidad para ellos era de tal intensidad que llegaba a ser entre ellos, a través de ellos, en torno de ellos.

No obstante, el hombre murió. Murió, como siempre ocurre en estos casos, sin necesidad alguna, como si la muerte lo interpeló apenas para dejar establecido que precisava de interlocutores.

No se trataba de que el hombre hubiese dejado un vacío. Por el contrario, todo estaba rebosante de sus superficies, de sus empujes, de sus líquidos y de sus alaridos de placer. No había más lugar para nadie, y esos excluidos rezumaban liliputienses infiltraciones de aromas tornasolados, que insinuaban pequeñas auroras boreales en la compacta noche cerrada de corazón macizo de la mujer fatal.

De más está decir, que la mujer solo era fatal para si misma, exactamente porque se había incluido en un delirio, barruntado Dios sabe por quien (tal vez por Dios mismo), el afiebrado mito que contaba que el hombre murió agotado por su lascivia, exhausto de coincidencia, desmenuzado por interpenetración.

Así siendo, la mujer fatal estaba ya hacía siglos sola, por causa

de un exceso pletórico de compañía.

En ese momento de mi desgarrada comprensión de su dolor, la mujer fatal (I) me dijo que en una conversación absolutamente insólita, breve y casual (pero intensamente catártica) con una colega de género, es decir, otra mujer fatal (II), ésta le contó que ella había llegado a una situación de penuria erótica idéntica a la que se había apoderado de su fugaz confidente, la mujer fatal (I). Relató que había intentado el auto-extermínio en varias oportunidades pero con muy mala suerte, porque su fatalidad quiso que permaneciese fatalmente viva.

En esa funesta etapa de la trayectoria de la mujer fatal (II), alguien le habló de mí, y me recomendó, no solo por supuestas excelencias mías en el ejercicio de mi profesión, sino por mi nacionalidad y mi lengua, que presuntivamente podrían darle alguna ayuda.

Y era por eso que ella estaba allí conmigo.

La mujer fatal (II) le había dicho a mujer fatal (I) que yo la había tratado con una combinación muy complicada y extraña de medicamentos, así como que la había sometido a exóticos rituales de tipo gimnástico, teatral, musical etc. que tuvieron un efecto casi mágico sobre ella, que ninguno de los muchos otros médicos que la trataron habían logrado. En muy poco tiempo comenzó a sentirse mejor y como algo mucho mayor que un milagro, conoció a un extranjero, natural de un país meridional, cuya afinidad y cuyo infinito apetito sexual solo tenía como límite el mismo que el de ella,

o sea ninguno.

Después de un breve e incandescente romance durante el cual viajaron juntos a la patria del fervoroso amante, decidieron, al volver al Brasil, juntar sus vidas, lo cual hicieron con éxito creciente hasta el momento. La mujer fatal (II) nunca más volvió a sufrir una recaída y afirmó que jamás se olvidaría de mí y de cuanto le debía a los milagros que yo era capaz de hacer.

Aunque nunca entendí porque me sentí infinitamente aliviado por esa narrativa, aseguré a la mujer fatal que haría por ella todo lo que sabía y estuviese a mi alcance, pero que me era indispensable hacerle una advertencia. Le confesé que, sinceramente, yo no sabía muy bien como era que había conseguido ayudar a su colega, la mujer fatal (II), pero que me parecía que en su “cura milagrosa” hubo aspectos simples y no por eso menos prodigiosos.

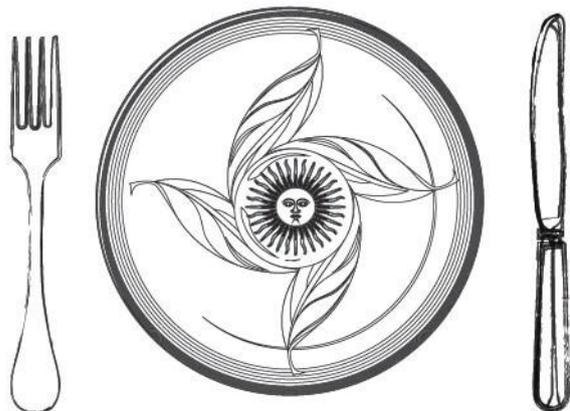
En primer lugar, conjeturé que era posible que yo, tal vez a diferencia de ella misma y de sus médicos, creía firmemente que su exhuberancia sexual era un extraño privilegio, y no un síntoma ni una causa de enfermedad alguna. En segundo lugar formulé la hipótesis de que, en el caso de la mujer fatal (II), mi convicción al respecto era tan asumida que creo que la contagié a la que entonces era mi paciente...y que ella, a su vez, la contagió a su ardoroso amante. Insinué también que mi ex paciente, la mujer fatal (II) ya la había contagiado a ella cuando la encaminó para mis servicios...y que lo que yo esta haciendo era apenas reforzar esa contaminación.

La mujer fatal, frente a mi confesión permaneció por un larguísimo tiempo en un ominoso silencio. Cuando yo, incapaz de soportar la espera por una respuesta que amenazaba ser humillante le pregunté que tenía para decirme, la mujer fatal se transformó en un brillo pícaro de sus ojos lacunares y declaró lo siguiente. Que había entendido, que concordaba, y que en ése mismo instante le había pasado por la mente la imagen de un hombre que conoció recientemente, cuyos galanteos rechazó y que ahora le estaba pareciendo curiosamente interesante.

La mujer fatal (II) nunca volvió a consultarme. Años después la ví en la platea de un teatro, envuelta en tórridas caricias con un hombre maduro y muy atractivo. Estaba increíblemente cambiada. Lo único fatal en ella era la indeclinable fatalidad de su pasión.

Cuando releí éstas líneas que había escrito, sentí conmovidamente que había necesitado, y que no había encontrado otro recurso, que numerar las mujeres fatales para distinguir las entre si y que, aún así, en el texto se me confundían la una con al otra.

Me pareció descubrir así que tanto el protagonista de esta historia clínica, como el de las realidades de las la clinica trata, no son las mujeres fatales, ni los galanes volcánicos, ni los terapeutas sesudos o milagrosos. Tuve la impresión de que lo que animava la realidad narrada y la realización de la narrativa...era el buen contagio.



LAS ENDIVIAS SON ARGENTINAS

Fuimos a cenar a un restaurante en Olivos. No puedo decir que no fue interesante para mi. Los diversos lugares del Buenos Aires elegante me han despertado siempre una extraña ambivalencia. Por un lado, una convicción de que las cosas tienen que ser así para que la vida valga la pena. Y que quien tiene buen gusto tiene derecho a quejarse cuando la atención o las vituallas de los restaurantes no reúnen exactamente las condiciones que las exigencias de los gourmets pedantes y ricos reclaman que tengan. A ése respecto se me ocurrían ideas imbéciles que me esforzaba por apagar rápidamente del tipo de: “El Socialismo no es para eso, para que todos podamos ser bien atendidos y comer como príncipes?... en fin...boludeces.

Por otra parte nunca puede evitar sentir un cierto malestar,

en los restaurantes de lujo, relacionado con que los platos son caros y el contenido es siempre poco, que demoran mucho en servir (aparentemente para que se pueda socializarse en el intervalo, o que los negocios que justifican el banquete puedan realizarse etc etc); invariablemente me encuentro pensando cuando me costaría ése mismo plato si fuese hecho en casa, con cuanta más confianza podría aflojarme el cinturón...en fin , miserias de clase media.

Yo me había conseguido, no me pregunten como, una novia que naturalmente se llamaba Elizabeth y que obviamente no sabia de mi nada más de que yo era psicoanalista, que me había visto en un programa de televisión de ésos en los cuales a uno le preguntan cosas acerca de la familia, la pareja, la educación, la adolescencia, las drogas la violencia y demás problemas. Todas esas desgracias sobre los cuales estamos segurísimos de que no tienen solución alguna, sobre todo solo y dentro de nuestra especialidad y que son inseparables del mundo puerco en el que vivimos.

Es claro que Elizabeth, que tenía un cabello rubio semiteñido, un cuerpo escultural duramente obtenido en la academia de gimnasia y una voz de gallina que parece ser racialmente propio de muchas mujeres argentinas...desconocía que yo era judío, socialista y, lo que es peor, hincha de Boca. Ni ella ni yo sabíamos de mis ambivalencias acerca de los rasgos y costumbres definitorios de ciertas elites argentinas, tanto cuanto me intrigaba la medición de mi capacidad de “ser uno de ellos”.

Cuando Elizabeth me dijo que me quería presentar una pareja amiga, “gente como nosotros”, tuve un ataque de despersonalización agudo, porque necesité retorcerme interiormente para saber de que nosotros se trataba. Llegué a la conclusión de que la nota en común de ése colectivo bien podía ser el hecho de que éramos mortales, bípedos implumes, o no sé que otro atributo por el estilo.

Pero cuando agregó que íbamos a cenar en un restaurante de Olivos “bárbaro”, supuse que ése no podía ser el nombre del citado establecimiento, sino que seguramente se refería a algún tipo de aristocrática condición, cuyas características inimaginables para mi solo comprobaría con mi empírica presencia en ése lugar sagrado.

Pues bien, el restaurante era un salón de proporciones discretas, todo forrado en madera lustrada y con esos cuadros ingleses de escenas de cacería del zorro, llenos de caballos de patas largas y finas con una cabecita pequeña que jamás supe diferenciar si se trataba de un rasgo de excelencia y pedriguee, o simplemente de oligofrenia equina microcefálica.

Los amigos de Elizabeth eran dos figuras que parecían sacadas de una propaganda de la televisión, de aquellas que transcurren en alguna parte de Venecia, y en las que el caballero le regala a la dama un collar de diamantes y después chocan dos copas altas y flacas de champagne sobre un fondo de música medioeval o renascentista, que sé yo.

Ella era linda y él era lindo, y poco después pude saber que

los dos eran riquísimos, uno miembro de una familia dueña de una concesión vitalicia de puertos y la otra de una fábrica de cemento. Pero lo verdaderamente interesante es que, a pesar de cierta pronunciación típica y algunas expresiones estereotipadas, no se les notaba para nada, ni que eran lindos ni que eran ricos. Diferentemente que en el caso de Elizabeth, que videnciaba demasiado su trabajosa belleza y sus expectativas de ascenso social.

La mujer de la pareja se llamaba Remedios, y dandando muestras de extraordinario sentido crítico, hasta hacía chistes al respecto. El se llamaba María José, y aunque parezca mentira, también ironizaba sobre el particular. Si yo me acordase de sus apellidos, estaría dando inequívocas muestras de que aspiraba a dar a esa relación algún tipo de continuidad, lo cual estaba mas allá de mis peores desvaríos. Igualmente si tuviese alguna memoria de como iban vestidos, eso sería una violencia contra cualquier orientación que mis circuitos de memoria pudiesen maquinarse jamás. Pero si sé que ella llevaba una tiara en el cabello, así como se lee, una tiara...entretanto el lucía una pañuelo anudado en el cuello, sin que esa decisión indumentaria estuviese acompañada de ninguna evidencia de faringitis.

Las presentaciones fueron muy cordiales y respetuosas, aunque noté en ambos una expresión de esfuerzo mental ante mi nombre, que no consiguieron situar de modo alguno en su catálogo íntimo de “Quién es Quién”.

No sé si ésta característica que menciono a continuación es

propia de los restaurantes finos de todo el mundo, pero sin duda lo es de los de Buenos Aires: hay muchos mozos, pero en número aparentemente innecesario.. Es altamente probable que cada uno de ellos tenga alguna función especial en la división técnica y social de su trabajo, pero tal singularidad invariablemente ha sido un misterio para mí. Aunque no puedo afirmarlo con certeza absoluta, los mozos de los lugares realmente aristocráticos son entrados en años. Con las canas cuidadosamente teñidas y rígidamente peinados para atrás, con brillantina. Creo poder agregar que están siempre cuidadosamente afeitados, y en sus rostros pálidos, las mejillas son rosadas, casi como si estuviesen maquilladas. Y el Maitre, ah el Maitre! Sea o no parecido, por algún rasgo indefinible el Maitre recuerda inevitablemente a Gardel. Su elegante figura, que podría exceder estéticamente los límites de su cargo, se encuentra calificada por un pequeño abdomen prominente que sirve para “ponerlo en su lugar”. Como habla varias lenguas, siempre me crea la sospecha de que alguna vez fue gigoló y bailarín internacional de tango, o que era marinero, hasta que las fuerzas lo fueron abandonando. Pero lo cierto es que su mirada vidriosa desmiente su afabilidad profesional, y hace temer que, en cualquier momento, acompañara su inclinación obsequiosa ante los clientes con un rápido movimiento, con el cual su mano aparecerá armada con el cuchillo con el que habrá de ultimarlos. Pero cualquier argentino observador, seguramente percibirá que ese perfil de Maitre no es exclusivo de tal pro-

fesión, sino que hay animadores de televisión, escribanos y hasta presidentes de la Nación que exhiben ese aspecto.

El menú es, en éstas veladas, uno de mis generadores favoritos de malestar. Temo no entender las denominaciones de los platos que suntuosamente ofrecen y tener que disimular preguntando al “camarero”, no exactamente en que consisten, sino, por ejemplo, si están elaborados según la cocina francesa o la belga, aunque no tenga la menor idea de lo que eso significa y si eventualmente servirá para obtener alguna información que me permita elegir mi comida.

En ésta noche que relato, lo peor ocurrió. El Maitre recomendó una entrada de mariscos acompañados por endivias que, según “se tomó la libertad de sostener” estaban fresquísimas y deliciosas. Y yo, maldición, no sabía lo que eran endivias. Es claro que todos se apresuraron a declarar que les enloquecían las endivias, y ante la prematura y arasadora evidencia de la insuficiencia de mi saber gastronómico, me sumé de inmediato al coro aprobatorio. Intimamente me maldije por mi ignorancia, e irritado juré que comería esas endivias hasta el último bocado, aunque fuesen de vidrio molido. Después de una larga e insoportable espera, que según manifesté mas arriba es un ritual insoslayable, llegaron las consabidas endivias siendo que el pasmo de mi repertorio gastronómico, frente a que las endibias eran un tipo de lechuga , no contribuyó exactamente para mejorar mi autoestima.

Durante ese prolongado ceremonial de demora, la conversación, animadísima por cierto, giró fundamentalmente en torno de una presentación de Aída, en el Colón, a la que los comensales habían asistido. Los comentarios versaban principalmente alrededor de la presencia de fulano o de mengano (ilustres conocidos), y de como estaban de jóvenes o de viejos, de quien estaban acompañados y si estaban o no adecuadamente vestidos. La ópera en si funcionaba como una especie de telón de fondo. Yo, personalmente, he ido al Colón solo una vez en mi vida, y cuando incomodado por mi silencio intenté hacer alguna consideración más o menos sesuda acerca Verdi, mis interlocutores me miraron con una mezcla de extrañeza y pena, como si mi intervención hubiese sido totalmente inadecuada.

Verdi y las endivias, homonimias y/o resonancias aparte, me fueron poniendo de un especial malhumor.

Y bien: ingerí las exóticas lechugas, que no tenían gusto alguno, y mi vergüenza y preocupación era tales, que no me detuve a condimentarlas, motivando un afectuoso llamado de atención por parte de Remedios, quien me hizo notar que era importante agregar a las endivias la salsa golf que acompañaba al manjar en su conjunto. Se me ocurrió decirle, nada más ni menos, que el sabor de las endivias era en tal grado de mi preferencia, que acostumbraba a ingerirlas sin especies, para poder degustarlas en su singularidad más prístina.

Pero ninguna de éstas estratagemas ni de las muchas otras

que traté de implementar durante el ágape, consiguieron amenizar mi desasosiego, que, por el contrario, el mismo se fue incrementando sensiblemente a raíz de sucesivas muestras de mi condición de outsider irredento. PEj: naturalmente el grupo fue pidiendo, para cada plato sucesivo, un vino apropiado, y la confesión de que yo no bebía fue como un rayo en un cielo sereno, tanto peor cuanto asimilado con una elegante discreción que sonaba a una irreconciliable diferencia ya indisimulable.

Así llegamos a los postres, de los cuales decidí abstenerme porque no conseguí descifrar las designaciones del menú, ni siquiera aproximativamente. Demás está decir que me arrepentí mucho, porque los postres que fueron consumidos me parecieron espléndidos y en vano aguardé que alguien me preguntase algo como “si no quería probar un bocadito”. Yo estaba desesperado de sueño, de hambre, de tedio y de bochorno, pero todo eso llegó a su apogeo cuando María José, cortésmente, me disuadió de toda esperanza de poder pagar la cuenta, que era monstruosamente cara.

Durante toda la cena no había podido apagar de mis cavilaciones el cálculo de cuanto iba a costar esa aventura, y de que la posibilidad de hacerme cargo del gasto era la única perspectiva que conservaba de salvar las apariencias frente a Elizabeth, que en ningún momento dejó de percibir, con su aguda intuición de arribista exitosa, los indicios de mi extraterritorialidad. Pero por otra parte, el montante presumible me inquietaba terriblemente, no tanto porque no

pudiese erogarlo, sino porque literalmente, de acuerdo con la médula de mi educación y experiencia biográfica, odiaba gastar mi dinero en cosas por el estilo.

Estábamos esperando en la puerta del restaurante que el cuidador de automóviles nos trajese nuestros respectivos vehículos (José María tenía un Volvo, y yo creía que la Volvo solo fabricaba camiones), cuando mi certeza absoluta de haber fracasado en la “aclimatación” al grupo, y por lo tanto, en la conquista de Elizabeth, se vio transitoriamente distraída por un “enojoso episodio”.

Cuando María José entregó para el muchacho que cuidaba de los autos el número correspondiente, noté, de manera fugaz, tanto que mi nuevo amigo tenía una actitud altiva que no le había notado hasta el momento, como que el cuidador mostraba una expresión extraña y apenas se tenía en pié. Todo hacía pensar que estaba bastante borracho.

El reluciente Volvo de María José llegó hasta donde estábamos animado por maniobras bruscas, chirriando neumáticos y frenando a dos centímetros de nuestras narices. María José se encrespó como un puescoespín, metió las manos por la ventanilla, agarró al muchacho por la corbata y le gritó durante tres o cuatro minutos sacudiéndolo como si fuese un muñeco de paño. “Estúpido”, “Vos estás mamado?”, “Te voy a hacer hechar a patadas del restaurante”, “De quién vos crees que es éste auto”, “Te voy a romper la cara”, “Si arañas éste auto vas a tener que trabajar toda la vida para pagarlo etc etc. En fin, variedades de aquellas cuestiones de “Quiero hablar con el Maitre”, “Este restaurante tiene un servicio pésimo” o tal vez “Estas endi-

vias no están frescas”...todas aquellas reivindicaciones de habitué opulento que, personalmente, jamás fui capaz de protagonizar. El chico no hizo gesto alguno para defenderse. Su cara estaba entre roja y azul, sus ojos desorbitados, emitían un brillo extrañísimo y respiraba mas ahogado de lo que la presión que José María ejercía sobre su cuello justificaba.

Yo caí en uno de esos dilemas ético-consumisticos-clasistas a los que antes hice alusión. Durante el brevísimo tiempo del acontecimiento me pasaron por la mente como un relámpago, tanto la admiración por las protestas de los clientes nobles, como la indignación por el mal gusto de la agresión al pobre y trastornado empleado. Se vió que ésta última prevaleció, porque abracé por las espaldas a José María y lo arranqué de al lado de auto pidiéndole que se calmarse: “Que no valía la pena”. etc etc.

Ese momento fue fatal. Liberado de su estrangulador, el muchacho del estacionamiento dio una violenta marcha atrás, de muchos metros, y con una velocidad que solo ése auto importado era capaz de desarrollar en un pequeño espacio-tiempo, lo estrelló contra uno de los pilares que soportaba el pórtico del restaurante.

Cuando nos repusimos del impacto, y del miedo de que el vehículo se incendiase, (PEj.), me acerqué a la ventanilla y vi que el conductor había quebrado el parabrisas con la frente, estaba con el rostro todo ensangrentado y parecía desmayado o algo peor.

Desde luego se creó un inmenso tumulto, vino la policía, la ambulancia, los bomberos etc.. Desde luego, solo al oír el nombre de María José, los policías le dijeron que “dejase todo en sus manos”, y hasta nos ofrecieron llevarnos a casa

en uno de sus célebres vehículos.

En los días subsiguientes estuve muy angustiado, tanto recordando lo ocurrido, como temiendo ser llamado por la policía para declaraciones, testimonios y demás. No solo no recibí ningún llamado, como que tampoco tuve nunca más noticias de Elizabeth, ni de la pareja “imperial” de sus amigos.

Estuve atacado por una especie de alucinación auditiva compuesta de los innumerables “slogans” que expresaban mis ambivalencias con respecto a esas constumbres de las elites porteñas, pero hubo una frase bizarra que me daba vueltas constantemente.

Creo que tenían que ver con un fragmento de las afiebradas conversaciones que oí inmediatamente después del accidente.

El Maitre y el Gerente, que se deshacían en disculpas para con María José y su novia, Remedios, repetían, desesperados, que no sabían que había sucedido con ése chico, que como era posible una conducta criminal de esa naturaleza...en fin. Otro de los acomodadores de autos, arriesgando su puesto, dijo bajito, de forma que tal vez solo yo pude escucharlo: “Como es posible?: Lo que pasa es que Uds. no estuvieron en las Malvinas!”.

Y bueno: lo que se me resonaba absurdamente en los oídos era una oración exactamente así: “Las endivias son argentinas”, “Las endivias son argentinas”, “Las endivias son argentinas”.”LAS ENDIVIAS SON ARGENTINAS!”.



L AS FRONTERAS DEL AMOR

En el bosque de Palermo, el amor parece no tener fronteras. Todo parece “natural”, los pajaritos cantan y una especie de pureza parece infundirlo todo con una perfección engañadora.

Ella, y el sol y el puente oriental que atraviesa el lago. Ella, su belleza y su inocente distinción y las copas brillantes y las flores impolutas cuya subsistencia no puede ser puesta en duda. Que algún que otro preservativo usado macule las piedritas que tapizan los caminos, no cuestiona la perfecta comunión de naturaleza y cultura, mostrando cuanto lo artificial se integra con lo cósmico como si hubiesen sido engendrados juntos.

Hasta Mingo, que no tenía la culpa de llamarse Mingo, impresionaba como parte del paisaje, con su barba rala, su arito

en la oreja, sus jeans gastados por un uso que fingía ser una opción ideológica y sus zapatillas sucias de cronicidad y no por decisión doctrinaria.

En realidad Mingo no le dijo a Ella, nada que pudiese sorprender a nadie. Comenzando con “De que signo sos”? (en la lucha contra la certeza de que, en fondo, da exactamente lo mismo), y continuando con la revisión de los roqueros que preferían en común, compartiendo el esfuerzo para diferenciarlos uno de otro porque, (en el fondo del saber popular), existe la secreta convicción de que todos son iguales.

Para los argentinos siempre es posible reducir un acontecimiento a algún pasaje de la letra de un tango. Puede que ésa no sea una peculiaridad de los argentinos sino una que los intelectuales argentinos a atribuyen a los argentinos, pero, en fin: “Fue mirarla y entregarle alma vida y corazón”. Eso demuestra, o bien que el cancionero es un fiel reflejo de la existencia porteña, o que la existencia porteña no consigue nada más que copiar los tangos. Espejularidad o creatividad? Problema para Oscar Wilde, si no fuese porque era inglés. En Buenos Aires, especialmente, no es que el arte copie a la naturaleza ni que la naturaleza copie al arte, sino que arte y naturaleza copian a todo aquello que venga de los Estados Unidos y de Europa, pero con la absoluta seguridad de que nadie copia con más originalidad que los argentinos. Después de muchos encuentros y besos, tan clandestinos como pueden serlo las desaprensivas costumbres de la post-

modernidad, Ella quiso que Mingo "conociere a sus padres", también como reza el tango. Pero el problema era que el progenitor de ella, Erika, era un General de División, miembro caracterizado del Opus Dei, y la madre una dignísima señora que organizaba rifas benéficas y era devota de una Virgen cuyo nombre no recordamos con precisión.

Y no es por influencia de Emilio Zola, ni por ninguna estereotipia de personajes contrastantes que debemos consignar que Mingo y su familia, tenía un kiosco en Caballito, donde vendían desde diarios hasta la Play Boy, pasando por libros usados entre, lo que es peor, se contaban los de Esteban Echeverría, José Ingenieros, Aníbal Ponce y compañía.

Mingo, en principio (no por Principio), se negó terminantemente a que los padres de Erika lo conociesen, seguro de que el programado encuentro no iba a dar en nada bueno. Pero, de una manera protopática y elemental, amaba a Erika, y no diremos que creyó que el amor no tiene fronteras, sino más bien dejó en manos de ella evaluar el porqué y el para qué de ésa insólita aproximación.

Como apogeo de lo inapropiado, Erika le explicó que el sábado de noche había una recepción en su casa, que sus padres eran personas abiertas y tolerantes, que nunca le habían prohibido nada, y que Mingo estaba invitado a la fiesta.

Mingo pidió traje, camisa y corbata prestados a Manolito (que era un amigo entrañable, empleado del Banco de la

Nación), y se presentó en la fiesta tratando de no meter cada vez el dedo en el cuello almidonado porque lo sentía como si fuese el collar de los perros de raza que él llevaba a pasear para ganarse unos mangos. Los zapatos negros lustrados eran de su viejo, y la falta de costumbre lo obligaba a caminar con ellos como si fuese un loro en los mosaicos encerados.

Nuestro héroe se afeitó y se cortó el largo cabello que lo tornaba indiscernible de todos los otros neo-lumpen de su grupo, y como era rubio y de ojos celestes, la primera impresión de los padres de Erika no fue excesivamente desagradable, al menos Mingo no parecía ni siquiera provinciano.

La madre de Erika le preguntó si era católico y si iba a misa, a lo cual Mingo respondió multiplicando al infinito algunos bautismos y velorios que no había conseguido evitar.

El General le dio la mano mirándolo de reojo, sin dirigirle la palabra, pero parecía como si su espalda estuviese más recta que de costumbre y un malhumor incontenible incrementase su severidad constitutiva con matices de brusquedad.

Con esa intuición atávica de pobre, Mingo se mantuvo en las márgenes del fastuoso salón durante buena parte del tiempo, evitando delicadamente cualquier aproximación física con Erika, que se empeñaba en presentarlo a sus amigos y a lucir sus estampas conyugadas. Tanto fue así que éste desventurado novio rechazó varios convites a bailar y abrió la boca apenas para que fuese transpuesta por monosílabos que dijese lo menos posible a su respecto.

Pero quiso la fatalidad que, exactamente, por haberse ubicado en un rincón discreto, terminó por ser incluido, sin saber como, en un grupo de caballeros que buscaba un sitio reservado para conversar. En tanto les habían presentado a Mingo como novio de Erika, y en cuanto habían ya bebido una sorprendente cantidad de whisky, se lanzaron a una plática, en voz baja, sin el menor prurito por la presencia del kiosquero. Nadie puede dudar de que tales inesperados ocurran.

El grupo estaba integrado por dos periodistas de la prensa oral, escrita y televisiva, que Mingo conocía porque eran como miembros de la familia de todos los porteños. Uno tenía una cara de sapo inconfundible adornada con lentes gruesos como fondos de sifón, y el otro ostentaba un rostro liso e inexpresivo, una especie de Parkinson mediático. Apoyados en una inescrupulosa aparente neutralidad sin límites, racionalizada a través de una dudosa definición de que estaban en la Historia apenas para informar, éstos periodistas habían sobrevivido a no sé cuantos gobiernos, codeándose con los jefes de turno y manteniendo una vida económico-política secreta que nunca nadie descubrirá. Pero la sorpresa que dejó a Mingo trémulo, fue que otro de los participantes era un General, que había sido Presidente de la República (!) y cuyo porte majestuoso también era igualmente enorme. Completaban el conjunto un obispo gordísimo y dos altos funcionarios de no-se-sabía que sector del Servicio de Inteligencia. Estas personalidades conversa-

ban discreta pero vehementemente, acerca de una cuestión en especial. Se trataba de que el ex-presidente había construido en su estancia en algún lugar del país, un campo de aterrizaje para su avión particular. La prensa izquierdosa, (subversivos, vende patrias, sediciosos...según los contertulios), afirmaban que los fondos empleados en tal construcción habían sido substraídos dolosamente del Ministerio de Obras Públicas durante el gobierno del citado presidente, y estaban orquestando una campaña para denunciar el hecho. La plática oscilaba curiosa y sutilmente entre la enfática negación de que el origen de los subsidios fuese realmente el que la “calumnia” incriminaba, y, por otro lado, velada y sutilmente, algunas alusiones al hecho de que “Si un presidente no tiene derecho a facilitar su tránsito para situaciones de urgencia de su mandato, entonces: Que derechos tiene?” Todos los interlocutores compartían, tanto la mencionada ambigüedad, como la convicción absoluta de que los marginales insurrectos que denunciaban el hecho debían ser severamente reprimidos, porque, en rigor, la verdadera intención de los insurrectos era desprestigiar al Gobierno de las Fuerzas Armadas, su sacrificada gestión de los intereses nacionales etc. e imponer a los argentinos el imperio de la Cuarta Internacional.

Mingo no entendía casi nada de lo que oía, pero no dejaba de sentirse preocupado por la vaga impresión de estar escuchando cosas que no debía. Lo que tranquilizó fueron un que otro gracejo dirigido a él por parte de los alcoholizados

figurones que le hacían advertencias del tipo de: “Vos, pibe, no sabés nada de todo esto, no?”, o “A vos no te parece, pibe, que es una maldad de esos traidores a la Patria?”

Mingo asentía a todo con movimientos de la cabeza, y aceptaba las copas de whisky que le ofrecían, hasta que llegado un momento ya no era capaz de discriminar cuando tenía que decir que si y cuando que no, para complacer a su prominente compañía. En un momento, uno de los funcionarios de Inteligencia le preguntó si había cumplido con el Servicio Militar. Usando el mínimo resto de lucidez que le quedaba, Mingo resolvió mentir. No dijo que se había exceptuado por ser asmático, sino que sostuvo haberlo hecho en el Regimiento 18 de Infantería, usando informaciones dadas por amigo que le había contado grotescas experiencias sobre el particular.

En cierto momento, Mingo, sudando y temblando, pidió permiso para ir al baño, donde vomitó copiosamente, y luego cometió el error de irse sin despedirse de sus eminentes nuevos “cofrades” ni de su novia.

Al día siguiente, Erika lo llamó por teléfono alborozada para comentarle que su familia había tenido una excelente impresión sobre él, y que apenas su padre insinuó que era conveniente saber un poco más acerca de ése joven personaje que estaba entrando en la vida de su hija de una manera demasiado rápida y significativa para su gusto.

Nuestro héroe se siguió encontrando asiduamente con Erika, y el romance fue progresando de los besos y caricias

audaces hasta las primeras relaciones sexuales, mantenidas en el auto de la novia, y después en varios moteles de la ciudad. La formación religiosa de la chica había producido algunos de los efectos clásicos que son proverbialmente conocidos. Erika estaba asustada como una gata y tórrida como el tejado de zinc que componen la célebre obra de ése nombre. Amaba entrañablemente a Mingo y cada vez lo deseaba y lo requería más. El muchacho no se quedaba atrás, pero a la excitación y a la pasión, unía una inocente ternura, un afán incondicional por cuidar de la moza, de satisfacerla, mimarla y protegerla. Esa combinación era maravillosa y, según era fácil de presentir, peligrosísima.

Cuando el General fue percibiendo que la cuestión iba en serio, y ante la negativa de Erika de dar demasiados detalles acerca de su enamorado, el general decidió pedir a sus amigos de Inteligencia una pesquisa acerca de la identidad y vida del chico. Hacerla fue más que fácil para los sabuesos, y sus resultados no contenían otro dato significativo más que la humildad de sus orígenes y su ocupación, así como el detalle de que había abandonado sus estudios secundarios para trabajar.

El General llamó entonces Erika para una conversación que, si hubiese sido registrada, daría una espléndida pieza de teatro brechtiano. El padre tratando de explicar que “ese muchacho no era para ella”, y al mismo tiempo procurando disimular la poco cristiana fundamentación de sus calificaciones negativas. Al final, también como dice el tango, el

muchacho era “apenas un trabajador”.

Erika, por su lado, insistiendo, no solo en defender su amor juvenil, sino esforzándose por honrar la vocación revoltosa de su generación y de su sexo contra el poder masculino paterno. Es obvio que no hubo acuerdo alguno.

El General, profundamente contrariado, envió a un ordenanza para llamar a Mingo a una entrevista reservada en la cual, bastante duramente, le preguntó si no se había percatado de que existían diferencias que hacían el noviado incompatible. El amante, aterrorizado, se mostró lo más cobarde posible, coincidiendo en todo con el censor furioso, pero cerca del final del encuentro sacó fuerzas de flaqueza para advertir que él haría lo imposible por distanciarse, pero que sospechaba que Erika no aceptaría la separación, y que no podía garantizar que no insistiría en verlo. En ése momento, el General, que había mantenido una actitud severa pero moderada, perdió por completo la compostura. No pudiendo discordar de la observación del muchacho, volcó su irritación contra él, su expresión se tornó torva y amenazó inútilmente al chico prometiéndole que se iba a arrepentir de haber comenzado todo aquello.

En las semanas que siguieron, el romance devino una dolorosa pugna, puesto que Erika perseguía a Mingo de todas las maneras posibles, por teléfono, en el kiosko, en el billar, en casa de los amigos comunes, y es claro, en los Bosques de Palermo. Mingo trató de desaparecer de todos esos lugares, pero desde luego, en alguno de ellos fue encontrado, y otra

vez desde luego, terminó infaliblemente en un motel con la enamorada.

Esto llegó a oídos del general, que había mandado al citado esbirro a seguirlos, pero no fué la gota de agua que precipitó el resto de la historia.

Sucedió que, en una de sus confesiones regulares con el Obispo, el General le relató lo que estaba ocurriendo y el Prelado, dando muestras de poquísima virtud, pero de mucho recelo, comentó con el General que el chico había participado involuntariamente de aquel sigiloso cónclave de “amigotes” del General durante la célebre fiesta.

Las razones por la cuales ésa información vino a detonar y justificar la decisión del General, son demasiado complejas como para analizarlas aquí (aunque sean fácilmente presumibles) Lo cierto es que el General encargó a sus hombres de confianza del Servicio de Inteligencia “que hiciesen desaparecer, por un tiempo, a ese mocoso y le diesen un susto” (sic).

Un Domingo, en algún punto del trayecto entre la cancha de Boca Juniors donde fue a ver el partido, y su casa, Mingo fue capturado por los agentes, que le dieron fuertes puñetazos en el abdomen y le pusieron una capucha negra en la cabeza. Hicieron un lago viaje en un Ford Falcón, y cuando le sacaron la capucha, nuestro héroe se encontró en un espacio que parecía un rancho de campo, con suelo de tierra apisonado y paredes de adobe. Las ventanas estaban cerradas y bloqueadas por maderas claveteadas. Era de noche, y el lugar estaba iluminado por un farol a gas. Había tres hombre

fornidos que enfrentaron al prisionero, amarrado a una silla de paja, sin el menor ocultamiento de sus respectivas identidades. Al parecer, los verdugos sabían exactamente cual era su misión y porque Mingo estaba allí. Parecían preocupados por torturar al muchacho dentro de ciertos límites y de forma de dejar el menor número de lesiones ostensivas posibles, y por eso lo golpeaban con cachiporras de goma maciza en la planta de los pies, en las axilas y pocas veces en la barriga. Los insultos de “ruso”, “traidor” etc, iban alternados con preguntas exclusivamente acerca del contenido de la conversación que había oído en la fiesta. El muchacho vivía la más negra de las desesperaciones. A pesar de que sabía que todo era una escenificación para separarlo de Erika, lo atormentaba la duda de si, realmente, sus torturadores creían que lo que había escuchado podía tener alguna secreta importancia y si él había hecho algún uso político de eso. Especialmente porque lo interrogaban acerca de si había o no contado para sus “superiores”, “su encargado de célula”, etc. El dolor era feroz, pero el miedo era mucho peor y el detalle de que a Mingo le pareció ver que, en ciertos momentos, los torturadores se retiraban por no poder disimular algunas sonrisitas absurdas, no alcanzaba para calmar la certeza de que no saldría vivo de ésa aventura. Después de varias horas, al pánico se fue agregando una sorda rabia, y cuando le inquirieron por centésima vez que fue lo que había oído, Mingo respondió rabioso que el ex-presidente se había “afanado” una pista de aterrizaje. En ése instante, uno de los hombres le asestó un fuerte golpe en el abdomen que lo dejó semi-desmayado, y a partir de ése momento, el proceso de la tortura se transformó en un desvanecerse y despertarse, con intervalos cada vez más breves. Al final

sobrevino una pérdida muy prolongada de la conciencia, y Mingo se despertó, con un agudo dolor en las costillas más bajas del lado izquierdo. Estaba en una sala colectiva de hospital. Mucho tiempo después, supo que había sufrido una ruptura del bazo, y que, como estaba dando muestras inequívocas de hemorragia interna, los torturadores decidieron trasladarlo a un hospital militar cercano al local del tormento. Durante la convalecencia de la extirpación del bazo, Mingo permaneció totalmente aislado por un biombo del resto de los pacientes y fue atendido por enfermeros militares.

Los agentes, también llenos de pavor, consultaron telefónicamente al General acerca de lo acontecido. Este les dio una violenta filípica, y les mandó trasladar a Mingo, cuando estuviese repuesto, a una localidad del Paraguay, donde tenía un Comisario amigo que podía mantenerlo confinado.

Así fue hecho. Luego de un interminable periplo en una camioneta cerrada, Mingo fue entregado al Comisario paraguayo que lo metió en una celda por casi tres meses. Posteriormente, en una de las visitas que el policía hizo a la celda, descubrió que nuestro héroe entendía de rock, y como los hijos del Comisario eran fanáticos de ésa., digamos, música, fue dando crecientes períodos de excarcelación al muchacho para que pudiese instruir a sus vástagos (dos adolescentes) sobre el asunto, comprar y escuchar discos “calientes” etc.

Durante ésas sesiones, Mingo se enteró de que el Comisario complementaba sus actividades profesionales con el tráfico de marihuana y cocaína, y que precisaba de un hombre de confianza para llevar la mercadería desde el Paraguay a Río de Janeiro donde, en parte era vendida, y en parte exportada

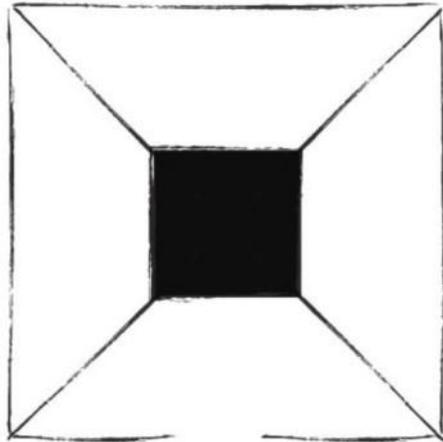
para Europa.

No sin mediar mucho tiempo, larguísimos diálogos plenos de promesas y de amenazas, Mingo aceptó su nuevo trabajo. Una de las condiciones principales era, obviamente, que jamás volviese a Argentina, ni entrase en contacto con sus familiares. Con su pasaporte falso, el avión del Comisario y el estímulo de un jugoso porcentaje en las ganancias, nuestro héroe transportó sus productos prósperamente durante años, sin ser molestado por nadie ni por nada.

Cuando se instaló el primer gobierno “democrático”, después de la dictadura Militar, Mingo volvió a Argentina, lleno de experiencia y de dinero. Explicó a su madre (que era una madre de Plaza de Mayo), que había estado preso e incomunicado en Bolivia todo ese período. Nunca más se encontró con Erika, quien después de una internación psiquiátrica por una profunda depresión, se casó con un Ministro del Nuevo Régimen y tuvo muchos hijos.

Como Mingo estableció la mayor importadora de productos medicinales alternativos de la Argentina, los dos periodistas que habían estado en la nefasta conversación en casa del General le hicieron una entrevista televisiva, y obviamente, no lo reconocieron.

Solo algunas veces, paseando en su auto importado por los Bosques de Palermo, Mingo recordaba su romance con Erika, y evocaba la sentencia de un filósofo porteño, algo más o menos así: “No hay Mal que no venga, pero algunos vienen como Bienes” e muy íntimamente percibía la extraña paradoja del mundo contemporáneo, en que al amor tiene fronteras, pero las drogas no tanto.



L OS CUADRADOS

Cuando uno estira la pierna izquierda y tiene que recoger la derecha, es señal de que el mudo há sufrido una gran transformación. Y como “todo” duele por igual, en realidad da lo mismo que la pierna sea izquierda o derecha, porque “todo” consiste en que alguna parte duela menos, siendo el verdadero problema determinar...menos... por relación a que.

Por otro lado los murmullos son casi iguales al sudor, al peligro de orinarse encima, que puede significar trascendentales variaciones de los niveles de ardor, que tiene algunas diferencias con el dolor, para peor, es claro.

Ahora bien: el crecimiento gradual de los murmullos, cuya progresión es sorprendentemente curiosa, culmina con el grito que se despeña del cielorraso ausente, de la bóveda oscura del dolor cosificado, proyectado a cierto más allá que

lo cubre “todo”, tanto más bizarro cuanto lo que es “todo” carece de cualquier sentido. El grito en cuestión se formula como: -“A callarse, rusos de mierda”! Condensa varios decenios de gritos inútiles en los que se manifiesta la llamada “voz de mando”, que acostumbra ser un galardón de no poca importancia, entre cuyas funciones se destaca la de disimular la completa improductividad de las vidas militares, así como la amenaza constante de homosexualidad reprimida. Entonces: “A callarse, rusos de mierda”, corta de cuajo el in crescendo gradualísimo de los murmullos, pero no sin dar ocasión a la emergencia de los quejidos, desvanece los unos y los otros, en un silencio preñado de nuevos murmullos embarazados, a su vez, de un potencial reverberante de nuevos rumores incontenibles.

Entretanto, la esfera o la pantalla de las conciencias es atravesada por fulguraciones fugaces y mojadas: algunas necesariamente obvias, que hasta dan rabia por sus valores cursis y efectos contradictorios inoportunos: la cara de la Madre, de la Novia, del Responsable de Unidad compartimentada etc. Tales imágenes se salvan cuando se mezclan con las del ceremonial de iniciación de la Facultad, o las de aquella vez en la que, de la cama de la guardia hospitalaria, se fue a parar al mar de caca que había en el piso del baño, del pabellón de practicantes, cuya cloaca truncada forestaba el agua rebalsada de los inodoros con robustos cetáceos fecales. En suma, la serie imaginaria de los rostros amados y de los soretes: “Pienso, luego soy”.

Pero lo cierto es que la nebulosa de silencio en el interregno de los murmullos, puede ser interrumpida por el procedimiento de transporte al cuarto de interrogatorio. Entrecortados sonidos del tipo de “Le-van-ta-te- hijo-de- puta”, fusionados con el splash de las patadas en la barriga y en la espalda, que a su vez imponen la emisión del quejido, radicalmente involuntario, que es un modo de permanecer callado, aunque sea por el momento, hasta que lleguen las auténticas ocasiones para el alarido ahogado por la mordaza. Y después el arrastrón, blando, de pies descalzos por el áspero cemento, rasgar de pies, uñas o rodillas ingobernadas que penden del cuerpo flácido transportado en vilo de vuelta al cuadrado.

Y ahí es que sobreviene el fabuloso terror propio de la falla verifictoria consistente en discriminar quien es el que está siendo arrastrado, particularmente en lo que se refiere a si el “feto” de turno es uno mismo o no es uno mismo. Por supuesto que durante buena parte de esa odisea, la de ida y la de vuelta, eso no tiene ninguna importancia, y solo se aclara cuando el uno en cuestión llega al cuarto de interrogatorio, a la camilla, a las cuerdas que lo amarran marcándole claramente los límites corporales a ser mortificados, es decir, todo aquello que tiembla, suda y duele, pero donde se acaban también las posibilidades espaciales del tormento.

“Que hacías en tu cuadrado, ruso de mierda”?, pregunta retóricamente con hiperbólico humorismo la voz patriótica...”Pajero!”, agrega antes de los primeros codazos en las

costillas, y a continuación: “Vas a cantar o no vas a cantar, hijo de puta”.

Lo que viene después, excepto el prodigioso hecho de que durante ése lapso uno casi sabe lo que es antes y lo que es después, no tiene la menor consecuencia. Las descargas eléctricas y el dolor fino y perfecto, que jamás nadie podría imaginar, tanto que existe, como que es claro y preciso, que tiene una razón y que ésa razón es demente. La fabulosa certeza que engendra consta de la convicción formulable como: “la cuestión es ésa...solo y exclusivamente ésa, no es ni será otra, y hasta se puede suponer-recordar que comienza y que termina, tanto cada-vez, como cada-“sesión” de tortura”.

Tal vez lo único que más tarde, en el cuadrado, se consigue recordar, entre sollozos introvertidos y mezclados con una muda carcajada matizada de lágrimas y flemas, es aquella frase que salía de la garganta ensangrentada: “No-se-nada, Señor...Hermano, no- sé-nada...por favor...Señor...Hermano” . El Hermano del Hijo de Puta. No hay nada más grotesco y auto-fágico que la maldad.

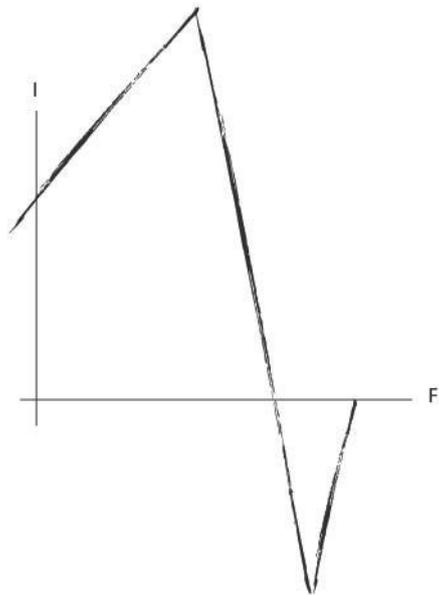
Y bien, la interminable sucesión de “Vas a morir aquí, hijo de puta”, “Abrí la boca, hijo de puta”,...etc, frecuentemente termina con “Volvé a tu cuadrado, andá, volvé a tu cuadrado, mentiroso de mierda”... y la secuencia de ser arrastrado, de aterrizaje dentro del ámbito insuficiente, ambiguo, culmina con la nueva etapa de abandono en el desierto ilimitado de la circunscripción de granos ásperos invisibles que, regados por el suelo, muelen la piel. De nuevo

el problema de la izquierda y la derecha, de la indiscriminación que parece pronosticar el futuro.

Y otra vez la amenaza de la orina, la caducidad del dentro y del afuera y la mirada hueca de los ojos vendados dirigida a la bóveda negra del cielo inexistente.

Y el cuadrado es apenas una palabra vacía, porque en ése momento, cuando el llanto convulsivo incontenible juega la mala pasada de estallar, uno daría no-se-qué por un ángulo, un “punto de vista”, alguna geometría que le devolviese a la vida la racionalidad de intentar planear como se puede hacer para morir sin dolor, exclusiva y exhaustivamente para dejar de sufrir.

Es cierto que el cuadrado es un cubículo de cemento crudo, que divide en partes iguales el espacio de un enorme salón-celda en la que son arrojados los presos torturados, con los ojos vendados. Pero el proceso regular de la tortura lo va torciendo imperceptiblemente en un féretro del que se sale sin la memoria de haber estado alguna vez.



L OS IDOLOS Y SUS “FANS”.

Buenos Aires/ En cualquier momento.

Querida Carmelita:

Hace ya mucho tiempo que no te escribo. Me avergüenza confesar que no sabía que decirte. El recuerdo de nuestras conversaciones de colegas sociólogos en torno de tantos asuntos de la “argentinidad”, me llenaba, tanto de nostalgia y de admiración por tu lucidez crítica e investigativa, como de dificultad para encontrar el tono y el contenido que podría adoptar para dirigirme a ti en el estado en el que supuestamente estabas. Supe por nuestros amigos comunes de tus larguísimas, discontinuas y reiteradas internaciones

psiquiátricas en Copenhague y de algunas de las características de tus sufrimientos y trastornos, pero no lo suficiente como para ocurrírseme como escribirle a una querida amiga y colega de la cual me decían que “estaba delirando”. La verdad es que, fuera de algunas experiencias con marihuana en mi propio exilio, no estoy nada seguro de lo que implica “estar delirando”, y sin contar con los prejuicios generalizados sobre la llamada “enfermedad mental”, no tengo la menor idea especializada de “como se habla con alguien que delira”.

Me enteré (y no sé si realmente fue así, y si tu recuerdas algo al respecto), que afirmabas la existencia de algo como una especie de “condición genética”, o “determinación hereditaria” nazista (!) que supuestamente todos los argentinos tendríamos y que se manifestaría a través de múltiples indicadores directos o indirectos, pero especialmente en el perfil caracterológico de nuestros líderes recientes y/o contemporáneos. Fue para mi imposible de creer que sentías que toda ésa pléyade te perseguía, con la finalidad de “tornarte uno de ellos”.

Me decían que, haciendo alarde de tu formación (que yo tanto conozco y admiro), insistías en fundamentar tus afirmaciones citando desde Plejanov hasta Weber, pasando por Comte, Durkheim, Pareto (sobre todo Pareto!), sin omitir a Tarde, Adorno, Hanna Arendt y tantos otros. Me sugirieron también que ese “discurso” no era nada académico, sino que lo enunciabas terriblemente alterada, llorando mucho, con

miedo, y una pena que llegaba a la desesperación. Agregaban detalles, para mi incomprensibles, acerca de que sostenías haber sido operada por esos “demonios”, quienes injertaron en tu cerebro una especie de grabador fonomagnético que repetía fórmulas que iban desde: “reina tranquilidad absoluta en el resto del país”, “fuerzas ocultas amenazan nuestro modo occidental y cristiano de vida”, “los argentinos somos humanos y derechos”, “hay que perdonar y olvidar y seguir trabajando por la grandeza de la Nación”... hasta “hay que ser pragmático: si el General Perón viviese haría lo mismo que yo” (atribuida al presidente Menem).

De todo corazón te digo que nunca conseguí dar demasiado crédito a éstos relatos, pero si estaba seguro de que, si era eso lo que estabas pensando y creyendo, seguramente tu sufrimiento sería un verdadero martirio, porque sé de tu sensibilidad y de tu cariño por el ser humano en general y por los compatriotas en especial.

Según narran, parece que sostenías por ejemplo, que dado el hecho de Argentina ser considerada el país latinoamericano con más influencia europea, que ya fue la tercera economía del planeta y que llegó a presentar algunos de los mejores índices de cultura cívica, alfabetización, y bienestar del mundo, los indicadores que habías registrado deberían ser evaluados con la máxima severidad. Me decían que ése tipo de crítica, confesemos, superficial, no era apenas actual, sino también histórica y que recordabas enfáticamente una serie de datos que nos son demasiado conocidos como para

mencionarlos en detalle. Parece que hablabas, algo incoherente-mente, de cuestiones remanidas, tanto del caudillismo provincial como del asesinato de la casi totalidad de tales caudillos y la consolidación de la macro-cefalia porteña, que aún persistiría. Te acordabas de la Patagonia y del Quebracho Trágicos. Calificabas a la Iglesia Oficial argentina como una de las “más reaccionarias del mundo”. Hablabas de la famosa prohibición del presidente Castillo de aceptar un barco de refugiados judíos (que luego se ahogaron todos), así como de la célebre “neutralidad” argentina en la primera y en la segunda Guerras mundiales, con las que, supuestamente, nos enriquecimos. Mencionabas la profunda simpatía que unió a Juan y Eva Perón con Stroessner y Franco, así como con otros dictadores latino-americanos, (coherente con el modelo mussoliniano de su proyecto político), tanto cuanto de la reconocida hospitalidad de nuestro país con los criminales de guerra alemanes. Insistías mucho en la plena complicidad argentina con varias dictaduras y con los EEUU en los Proyectos de represión y exterminio, Camelot, Cóndor etc, en los adiestramientos de nuestros militares en Panamá etc. Repetías hasta el cansancio referencias a aquellos episodios tales como el bombardeo de la población civil en Plaza de Mayo por la aeronáutica de Marina en el 55, el ametrallamiento del pueblo indefenso en Ezeiza, cuando la vuelta del Perón, las persecuciones de los anti-peronistas durante los dos gobiernos del Primer Trabajador, la fundación y operaciones de las AAA y el “Gobierno Paralelo” de la

Secta Demoníaca fundada por López Rega, las tentativas de sustracción del cadáver de Evita (y las depredaciones de los cementerios hebreos) y, es claro, el secuestro, robo de los bienes, tortura y asesinato de los treinta mil desaparecidos por la Revolución Libertadora, el comercio de niños raptados, la ejecución por parte del Capitán Astiz de la monjas europeas, las invasiones de la Noche de los “Bastones Largos” en la Universidad, en Hospitales etc. Hacías observaciones acerca de la estructura prusiana de las Organizaciones Revolucionarias y de los empleos conferidos a algunos de sus jefes por la burguesía nacional después de la guerra sucia. Enfatizabas en la declaración de la guerra de las Malvinas por parte de un Presidente alcoholizado y del desvío de alimentos destinados a los soldados argentinos. Te ensañabas con los múltiples atentados y los crímenes sobre las organizaciones judías. Especial interés parecían tener para ti los dos gobiernos del Dr. Menem. Las noticias acerca de ligaciones orgánicas con el narcotráfico, (Cartel Sirio etc, que parecen tener que ver con el asesinato del hijo del Presidente), la venta ilegal de armamentos a las partes en conflicto entre Perú y Ecuador, las estafas investigadas en todas las privatizaciones de las Empresas Nacionales más importantes, las corrupciones supuestas de varios altos funcionarios, entre ellos la Dra. Alsogaray, los jefes del Pami etc. Me extrañó que te ocupases de lo que calificabas como una verdadera degeneración ética y estética en la vida íntima del Presidente Menem, y en su cruzada para ofrecerse en todo tipo de me-

diaciones, complicidades y obsecuencias “carnales” internacionales, que al final no fueron aceptadas; digo que me extrañó porque, en tu estado normal, no serían temas de los que te ocuparías, o no te merecerían demasiada sorpresa.

Una de las cuestiones que más te mortificaba, es lo que las estadísticas parecían mostrar, en términos de que, en éstos últimos veinte años, el sector empobrecido, desempleado, analfabeto, enfermo, discriminado, delincencial, violento etc etc de la población es mayor que en todos los tiempos, a expensas del empeoramiento de la distribución injusta de la renta, y a pesar de períodos prolongados de aumento del producto bruto interno etc. Aunque reconocías que en éste siglo el número de gobiernos electos constitucionalmente, y el de los que terminaron su mandato fué mínimo, no te amilanabas en afirmar que, a todos ellos, fué el Pueblo Argentino que los eligió, especialmente éste doble mandato de Menem, lo cual, en tu opinión, probaría que la población de nuestra nación es considerablemente, fascista, corrupta, oportunista, individualista... etc... además de la habitual soberbia, pomposidad y falta de urbanidad proverbial de los argentinos. Sería la complicidad del pueblo argentino lo que habría llevado, en la Segunda mitad del siglo, a la simple sustitución de las Oligarquías latifundiarías e industriales locales, por las Especulativo-Financiero-Usurarias, las del Crimen Organizado (privado y gubernamental) y las de los Testaferros del Capital Supranacional.

Pero, siempre de acuerdo que, en lo que me contaron, im-

presionaba como que el foco de tu delirio (pido de nuevo disculpas por la expresión), no era nada de lo hasta aquí dicho, sino consistía en una especulación tuya sobre el sentido de los perfiles de carácter de muchas figuras de liderazgo, agraciadas por el apoyo y predilección argentinos.

Ahí te lanzabas a evaluar melodramáticamente, el amor, admiración y hasta veneración de los argentinos: por el pugilista Bonavena (asesinado en cuanto se desempeñaba como guardián de un prostíbulo), por su colega Monzón, que mató a la esposa en estado de intoxicación por drogas, del futbolista toxico dependiente Maradona, (quien atribuyó a Dios un gol ilícito hecho con la mano) y que está, además de gravemente afectado por el consumo de estupefacientes, al parecer también involucrado en el tráfico de los mismos). Dicen que te enconabas en ironizar sobre la muerte del cómico Olmedo, defenestrado en la búsqueda de entorpecientes, o sobre el proceso del técnico de futbol “Bambino” Vieyra, acusado de pedofilia, o sobre la elección de un Gobernador-torturador, Buzzi, o sobre la gestión gubernamental y luego la candidatura a presidente de un cantor de tercera categoría (Palito Ortega), o a las de un piloto de carreras automovilísticas de menos que mediocre actuación (Reuterman) etc. etc.

Por el contrario, destacabas que el “Santo de la Espada”, nuestro General San Martín, murió en el ostracismo en Boulogne Sur Mer, que probablemente Mariano Moreno fue asesinado, que Borges prefirió la nacionalidad y su última

morada en Suiza, así como Cortazar hizo lo mismo en París. Agregabas que el Che Guevara es mucho más un ídolo en Europa que en Argentina, y que una grande mayoría de los intelectuales exilados por el Régimen Militar, no volvió, voluntariamente, a su tierra. Todo eso matizado por observaciones generales sobre la decadencia cultural argentina, la disminución de la compra y lectura de libros que llevó a la quiebra de grandes editoras, la ausencia de notorios artistas, intelectuales...y así por el estilo.

Querida Amiga: estimulado por las noticias acerca de tu total restablecimiento, que espero sea definitivo, ruego me perdonen si hago algunas observaciones que seguramente serán superfluas, dado que la recuperación de tu espíritu crítico y tu lucidez, ya te habrá hecho totalmente evidente lo que yo puedo apenas acotar.

Es absolutamente obvio que nadie es “totalmente normal”, nosotros sabemos que ésa tipología, como toda otra, es apenas una ficción metodológica. Pero imagino que tu tendrás clara conciencia que has pasado por definidos, largos y repetitivos episodios psicóticos. Sería absurdo ignorar que ésa clase de reacción, en una persona que como tu, que ha sufrido prisión, tortura y exilio, no tiene nada de inexplicable. Incluso creo que hasta se puede aceptar que sea una forma de superar los terribles sufrimientos y pérdidas por las que has pasado. Lo importante es que estás repuesta y que tu vida, de aquí en adelante, retomará los cauces viables para una existencia correcta y relativamente placentera. Me siento

bastante desconfortable de mencionarte lo que sigue, pero tampoco me parece digno de nuestra amistad no intercambiar al respecto. Tanto tu como yo estuvimos en largos tratamientos psicoanalíticos, en los buenos tiempos de paz por los que pasó nuestro país, y eso nos da un léxico en común, además del que ya tenemos como sociólogos y como entrañables amigos.

Si hay algo de verdad en lo que me contaron, sería injusto decir que el tema de tu delirio era completamente ajeno a la realidad, tanto histórica como contemporánea, pero importa mucho que revises lo pensado, dicho y padecido, aunque sea a la luz de algunas observaciones simplemente críticas. Parece que en tu desvarío hubieses hecho inconscientemente una selección de episodios y temas lúgubres que, como seguramente sabes, son parte de la historia de todo pueblo. Me permito recordarte que los países más desarrollados, como los Estados Unidos de Norteamérica, y todos los Europeos, ya han pasado en su trayectoria por cosas iguales o peores. Por otra parte, no sé si tiene sentido recordarte que, por lo mucho que sabemos sobre Sociología y lo poco que conocemos de Psicología y Psicoanálisis, el Ser Humano es así, siempre fué así y seguramente seguirá siendo así. Hemos aprendido muy bien que el Progreso social y personal es muy precario y frágil y que siempre estamos expuestos a todo tipo de regresiones. Hay en el Hombre dificultades que podríamos llamar esenciales, constitucionales, o mejor constitutivas, que nunca serán definitivamente superables. Lo que

algunos llaman Pulsión de Muerte, forma parte determinante de nuestra subjetividad y entra, tanto en las mejores características de la sociedad humana como en sus peores agresividades. La cuestión fundamental, que todos estamos diseñados para negar y evitar, es que somos mortales, imperfectos y fundados por una nada esencial que está interpuesta entre nuestra naturaleza y nuestra condición de seres hablantes y culturales, así como lo está entre nuestras supuestas relaciones con el prójimo, “objeto amado u odiado” o como se quiera llamarles. Las injurias que has sufrido, tanto cuanto las que al parecer vociferabas en tu desvarío, son producto de estos atributos universales, que han afectado siempre a nuestra gente, a ti misma y a todo el mundo. Sin duda reconocerás que tu misma elegiste un camino y un procedimiento para luchar contra esas imperfecciones que, a su vez, no era perfecto, y que padecía de graves errores y limitaciones, como lo há sido la reacción distorsionada posterior que acabó con tu equilibrio emocional y mental.

Creo que compartirás conmigo la reflexión de que, sin desconocer la cantidad de inocentes que purgaron injustamente con la muerte o el exilio, hubo también un porcentaje, tal vez pequeño, de los pagaron de esa manera una voluntad de cambio acelerado, evidentemente irrealista, que no supo evaluar ni respetar la tesitura de la mayoría. Pienso que en tus reclamos y acusaciones a nuestros compatriotas, no hacen justicia a todos los que permanecieron en el país, algunos soportando persecuciones y continuando

con las actividades políticas posibles, tanto cuanto con los que prosiguieron su trabajo cotidiano y su vida familiar tratando de subsistir lo mas dignamente que era dado en tales circunstancias desfavorables. El hecho de que algunos de ellos gocen hoy de una situación económica tranquila, y hasta privilegiada, solo demuestra que la persistencia tiene, por lo menos, algún premio.

Que ni los unos ni los otros (los que se quedaron y los que se fueron) hayan conseguido para gobernarnos nada más que otros seres imperfectos, tal como presuntivamente tu acusabas, no es razón suficiente para sospechar de una orientación predominantemente fascista de nuestra gente, ni de todas nuestras elites. Por el contrario, como sabes, en la actualidad hemos conseguido elegir un gobierno formado por un Frente que reúne las fuerzas reformistas de la Nación, y que, según todo hace creer, va a esforzarse por seguir una línea social-democrática que talvez emule a la tercera vía europea, y que nada tiene que ver con la antigua “tercera posición”. Que nuestro actual Presidente venga de la derecha de su partido, y que buena parte de los integrantes del Frente provengan del Justicialismo, no quiere decir nada acerca de las predicciones que puede hacerse sobre los límites ético-económico-ideológico-políticos de su futura gestión. Hay que darles tiempo y apoyo para construir juntos una patria digna. Sobre todo considerando que habrá que ayudarlos para gestar la gobernabilidad de una Nación en la que (aceptando solo por retórica lo que vos decías), las fuerzas francamente

retrógradas y corruptas forman un casi cincuenta por ciento del electorado y del funcionalismo. Una prueba de lo excesivo de tus ideas delirantes, es que no tenían en cuenta que vivimos en un Mundo en el cual no es posible aislarse de una globalización, sobre todo económica y tecnológica, y que las autoridades actuales no están dispuestas a obstaculizar en nombre de fascismo o nacionalismo alguno. Tenemos que esperar y colaborar con un Gobierno que da su palabra de que respetará la Ley, propiciará la eficiencia productiva, y combatirá la corrupción de todas las maneras coherentes, conforme a la forma como define la Democracia. Con respecto a las Fuerzas Armadas, sin olvidar sus errores, es preciso reconocer que algunos de sus altos jefes están siendo procesados por delitos que no estaban incluidos en la amnistía (lo cual es jurídicamente correcto), en tanto el resto se mantiene en el mayor profesionalismo, y en lo que atañe a la Iglesia argentina, sobre todo la Católica, (aunque haya expulsado a algunos de sus miembros políticamente exaltados), con solo seguir las directivas actuales del Vaticano, ya estará contribuyendo para la moralización de nuestra existencia. Sobre las clases menos favorecidas, es fuerza aceptar que han existido siempre y que probablemente seguirán existiendo, y que la responsabilidad de sus dificultades no puede atribuirse exclusivamente al Capital, ni a las Oligarquías, ni a ellos mismos.

Demás está decir que la sacrificada y lúcida clase media argentina, no solo ha producido los mártires inocentes a los

que nos referíamos antes, sino algunos científicos, intelectuales y militantes más calificados del horizonte contemporáneo, incluyendo, aunque sin privilegio alguno, así como a los que actualmente están exilados, hoy por hoy, tal vez ya no en la categoría de políticos, sino en la económicos o culturales. Es un fenómeno complejo, parte de un panorama sistémico, cuyos principales factores y vectores son la falta de comunicación y de diálogo democrático, lo cual no autoriza para afirmar que ninguno de los intervinientes (excepto tal vez algunos grupos sectarios), sea manifiestamente fascista. Y hablando de la comunicación, es importante recordar que los medios masivos argentinos no carecen de programas de información popular, neutrales y objetivos, así como que hay alguno que otro francamente crítico, que hasta se excede en denuncias y publicaciones por el estilo. Pienso que cada argentino, incluidos tu y yo, debe tratar de vivir decentemente, lo cual incluye, porque no? algunos lujos que eventualmente pueda darse, y de colaborar con su trabajo específico, así como con su voto, para la construcción de un país moderno, culto y progresista, como ya lo fuimos en muchas etapas de nuestra historia. Somos como somos, pero no pretenderás compararnos PEj. con los bolivianos? Sobre todo, es indispensable que tratemos de construir un aparato de educación y de salud, sobre todo de “salud mental”, que nos capacite para acompañar, tanto las exigencias de la aceleración tecnológica, como la convicción de la indispensabilidad de un Planeta integrado y cuidado paisajísticamente, de la coexistencia personal pacífica, la voluntad de iniciativa personal y de emprendimiento...pero también

la certeza de que somos seres estructuralmente mortales, limitados, solitarios y sometidos a los diversos tipos de Ley... lo cual exige paciencia para solucionar los problemas de todos, y hasta la aceptación de que eso puede ser imposible.

Sé que estás satisfecha con tu radicación y tus actividades actuales y deseo fervientemente que continúes así, y que la inútil exaltación que te afectó no vuelva a repetirse de ninguna manera. Pero si entra en tus planes regresar a la Patria, quiero que sepas que estoy aquí deseoso de volver a encontrarme contigo, reanudar nuestra amistad y ayudarte en todo lo que me sea dado para tu total establecimiento y restablecimiento. Apenas me permito mencionar que la situación económica y profesional está por ahora muy difícil, que hemos tenido que moderar nuestras tradicionalmente confortables pautas de consumo, y que retornar a Buenos Aires, en la actualidad, implica enfrentar mucha competencia y desarrollar una considerable actividad de relaciones públicas para poder crear pactos y alianzas influyentes que permitan sobrevivir. Es claro que eso significa una serie de concesiones, nada del otro mundo, a las que hay que estar dispuesto, (incluido un cierto marketing personal etc), sin que esto involucre ninguna corrupción. Pero especialmente, comprenderás que no hay lugar en la situación actual para ninguna clase de concepciones ni actitudes extremadas (por no decir extremistas), porque sabemos por la dolorosa experiencia de éstas últimas décadas, que no dan sino resultados nefastos, por más románticas que a veces parezcan. Yo mismo, que tengo una trayectoria y una formación parecidas a las tuyas, y aunque tengo que ser discreto porque trabajo como consultor para varias empresas extranjeras que se han radicado aquí por efecto de las tan mal apreciadas privatizaciones, me he pronunciado ya varias veces públicamente en contra de cualquier propuesta arcaica, falsamente igualitarista, violenta y utópica. Mi situación profesional es insegura, como la de

todo compatriota, y aunque gano bien y quiero para mis hijos una formación de primer mundo y en el primer mundo, no me hago la ilusión de que ya vivo en él. Como bien sabes, la globalización es un proceso irreversible y sus consecuencias favorables dependen exclusivamente de la lucidez y del esfuerzo con los que cada pueblo decide insertarse en él.

Recibí un fuerte abrazo de tu amigo de siempre, que se considera un “argentino estándar” y que, como podrás apreciar, está muy distante del tipo diagnosticado por ti en tu período de desvío.

Carlos Pérez.

PD. Casi me olvidaba. Debo confesar que venero a todos los ídolos que condenabas en tus alucinaciones, y también a Mirtha Legrand, Zulma Faiad, Libertad Leblanc, Susana Gimenez, Graciela Alfano, Charlie García...etc, quienes, sean cuales sean sus virtudes y defectos, no merecen menos nuestra idolatría que Gardel o Fangio, o hasta que las Madres de Plaza de Mayo (con su tan patética cuanto sintomática dificultad por elaborar su luto, y su afán por hacer aparecer lo que ya desapareció para siempre). Todas esas figuras son igualmente humanas, imperfectas...y argentinas... O NO?

Finalmente, me fue incomprendible tu deslumbramiento con Discépolo, y tu afirmación de que solo “Cambalache” describe proféticamente nuestro 2000 y pico. Acaso Discépolo no era argentino?

No debemos olvidar jamás que “Para un argentino, no hay nada mejor que otro argentino”, que “No hay argentinos buenos ni malos” por que, como decía Fray Mamerto Esquiú; “El hombre es asígún”. No hay porque perder el tren de la post-modernidad preguntándose “asigún que”, “ni asigún (sin principios), hasta cuando”.



MIGUEL STROGONOFF

(El correo virtual del Zar)

E - mail 1) No nos conocemos, ni recíproca ni respectivamente. Quiero dejar constancia de que no te escribo para conocerte ni para que me conozcas. Te escribo para que se conecten los infinitos puntos de nuestras numerosas trayectorias. He andado mucho, has andado mucho, nuestras andanzas han sido innumerables. Porque no suponer que algunas han sido “nuestras”, o que se van a tornar “nuestras” a partir de este encuentro...o de este desencuentro nuestro? Me avergüenza reconocer que he oído hablar de vos...y esperar que te avergüence no haber oído nunca hablar de mi.

Me avergüenza pensar que puedes no responderme, porque no consigo interesarte y que, a partir de ese instante, muera una enorme parte del conjunto infinito de partes que te constituyen, Gregorio...he oído hablar de vos. Todos los que me han hablado de vos habían oído hablar de vos y los pocos que te habían oído hablar, invariablemente habían oído a otros hablar a través de vos. Algunos hasta habían oído un minúsculo vagido tuyo, perdido entre el oleaje estático de las cordilleras de otros discursos y del discurso de otros, sepultado entre los cuales tu gemido era un pedido de ayuda, una temblorosa voluntad de autenticidad, un alarido bronci-
neo de coraje.

Por eso me apenaría mucho que no te respondas usándome como pretexto para soltar alguna perla de los collares que te componen y por los que te dispersas sin encontrarte nunca. Te escribo desde muy lejos, con una absoluta falta de distancia, lo cual me parece peligroso.

Gregorio: te interpelo porque creo que sos un “buen tipo”, y aquí, sin disimulo alguno, buen tipo quiere decir “pobre tipo”...como yo. Como tipos somos pobres, pero somos muchos tipos. Eso no nos hace ricos. Una riqueza polifónica de tipos que no se conocen. Pero yo soy un pobre (s) tipo (s) muy diferentes de ustedes, Gregorios, porque nosotros estuvimos internados y durante interminables meses muchos pobres tipos se autoinoculaban de yoes, funciones, papeles, etc hasta no caber en sus contornos, intentando ayudarnos a circunscribirnos.

No me parece que hayas estado internado...pero estoy seguro de que no estás ni te sientes del todo suelto.

E - Mail 2) Tu respuesta me ha dejado próximo y medio alegre. Y nunca te vas a imaginar porque. Me contestaste como un caballo. Yo necesitaba un caballo. Tal vez fuese el caso de “Mi reino por un caballo” como bramava Ricardo III, un Bucéfalo, un Rocinante, un unicornio, “los caballos del diablo”, no sé, no sé, no sé. Pero yo necesitaba un caballo. Porque para mi era indispensable montar de una vez en todos los caballos de la pre historia y de la historia, yekis, burritos de San Vicente, mulas sin cabeza, hordas bárbaras, troicas, caballos troyanos, diligencias...pero fundamentalmente, un caballo de correo. Para ser mas preciso: del correo del Zar. Porque algunos de nosotros somos Migueles Strogoffes. Nos es imprescindible llevar un mensaje, tornarnos un mensaje, acaecer un mensaje, ocurrir un mensaje, especialmente un mensaje que no diga nada, o mejor dicho, que diga nada y muera en el emprendimiento, para demostrar que cualquier hazaña mensajera vale la pena.

Ya he montado en tu caballo. Tu respuesta caballo es un equino criollo, como dien tus compatriotas los argentinos. Caballo criollo: casi lindo, casi brioso, casi rápido, casi resistente, casi “chucaro”, casi domado...pero solo casi. Nunca definitivamente. Tu respuesta se esforzaba en ser como debe ser la respuesta de un cultor de los derechos humanos. En esos momentos era insoportable. Pero en varios chispazos gemía como un gatito que navega en arroyo de sangre encar-

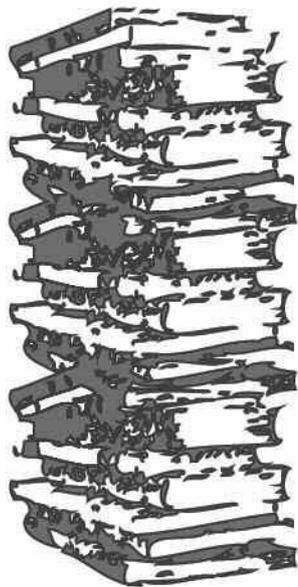
amado en un escudo de combate. En algunos sobresaltos mínimos rugía como las rayas de un tigre entrelazadas entre bambúes y arpas birmanas. En esas corridas te erguías sobrehumano. Esas vibraciones podían formar entre mis piernas temblorosas un caballo y yo fustigarlo enloquecido para llevar mi célebre carta a ningún lado, porque para mi lo esencial es tener una carta para llevar y traer, devenir entre el caballo y la carta. Tu respuesta me ayudó a vibrar con la convicción de que no hay ningún Zar que merezca un correo, que no hay ningún correo que se reduzca a un triángulo caballo, carta, jinete, que lo importante para sobrevivir no es ninguna carta, ni robada ni cartografiada, es una carrera que se renueva constantemente a si misma. Pero lo más importante es un caballo que se desvanezca solícito para que yo pueda correr como una niebla que, en otros tiempos, o en otro campo, es decir, ahora, es una lava.

E –Mail 3) Gregorio. Como debes sentir em todos esos huecitos tuyos que agitas em el hueco de la mano antes de lanzarlos para ayudar a los Migueles que te solicitan cotidianamente... ya estamos juntos, o mejor dicho, ya somos juntos, o tal vez de otra manera: ja nos entretejimos. Me preguntabas en tu respuesta (siempre respondemos con preguntas, como los judíos) si no podías, de alguna manera, ayudarme a que yo aprendiese a definirme y a vivir como alguien que no quiere ni que un Zar lo reciba y lo premie, ni llevar una carta que es importante por lo que está escrito en ella, ni como lo que es a un caballo como éste es a una

carta o a una pradera, o a una tundra, o a una pampa húmeda. Sinceramente te agradezco Gregorio. Estas transparencias entre vos y yo, estas sombras chinas en las que nos hemos acoplado tan rápidamente, estos carozos de los carozos que hemos venido a co-germinar son el caballo que me importava. Nunca estuve tan cerca de alguien que estuviese tan cerca de mi (deplorable y prodigioso), en un galopar por praderas tan exactamente superpuestas y tan pulverizadamente refractantes.

Te quiero mucho Gregorio, el mensaje nos está dado, no volverás a saber de mí, pero sé que nunca nos olvidaremos.

Miguel Estrogonoff



O BRAS COMPLETAS

Un psicoanalista ortodoxo, en el sentido mas purista de la palabra, sea cual sea la escuela psicoanalítica a la que adhiriera, es, fatalmente, un caso clínico de diagnóstico apasionante y difícil. Ese dudoso ser humano, exige de si mismo, no exactamente ser imparcial, como un juez, ni neutral, como un mediador en un conflicto bélico, sino abstinentes! Sin caer en la terminología teórica de la disciplina freudiana, cuando a un lego se le pregunta que quiere decir abstinentes, a menudo opina que tal actitud tiene que ver, por ejemplo, con aquel proverbio que reza que, en la duda, es mejor abstenerse... o más aún, con la condición de alguien que era usuario, consumidor, apegado o dependiente de algo, y obsta por abstenerse de aquello a lo que es adicto.

Por lo general, el psicoanalista, durante el ejercicio de su procedimiento, adopta una postura, diversamente fundamentada, consistente en tratar de abstenerse de todo valor, concepción, actitud, opinión y acción, que no sean aquellas prescritas por su disciplina y su profesión. El Psicoanálisis mismo, admite que los psicoanalistas consiguen plenamente la realización de esa propuesta en contadas y privilegiadas ocasiones, lo cual no obsta para que las considere suficientes a los fines que el procedimiento se propone.

Esa extraño compromiso, abre un capítulo intrigante y complejo, porque como toda regla tiene excepciones, parece que el estudio de las mismas no ha sido profundizado aún en la ciencia freudiana, y en buena proporción, deja a criterio de los psicoanalistas cuando, como, cuanto etc pueden y deben optar por suspender esa exigencia, o por tomar activamente otra posición al respecto, es decir: abstenerse de abstenerse.

Adrián se preciaba de ser un psicoanalista ortodoxo...no importa aquí de que tendencia. Se comportaba así con sus pacientes, con sus “controlados” (colegas cuyo trabajo supervisaba), y hasta a veces se sorprendía siendo así con su esposa, sus hijos, sus amigos y otros contemporáneos, lo cual concientemente le preocupaba, pero menos concientemente lo llenaba de secreto orgullo y le confería un aire misterioso y distante que hasta agradaba a algunos de sus prójimos.

Tal vez en función de eso, (junto a muchas otras razones que no es el caso detallar), Adrián, que era relativamente joven, argentino y persona decente, no se interesaba demasiado (ni hacía nada en especial), por ninguno de los problemas del mundo y de su tiempo. Estaba convencido de que saber demasiado sobre el particular (es decir, lo general), podía hasta perturbar la mencionada abstinencia, y que en rigor, el mundo estaba poblado por gente que poco y nada sabía acerca de sus respectivos inconscientes, que todos los males de la humanidad provenían de ello, y que lo mejor que él podía hacer sobre el asunto era...psicoanalizar.

Pero he aquí que un cierto día, una colega, Claudia, que supervisaba sus casos con Adrián, llegó angustiadísima a su consultorio, para relatarle un caso que había tomado en análisis y que la estaba llenando de verdadero pánico. Eran los tiempos de la dictadura militar, de los allanamientos, los secuestros, los torturados, desaparecidos y todo ese universo en que la realidad diaria del país coexistía a-parallelamente con la “irrealidad” monstruosa de la represión. Como recuerdan los que no consiguen olvidar, en ése poliverso, las cotidianidades habían desarrollado un complicadísimo sistema de ignorancias, justificaciones y racionalizaciones, destinados a conseguir vivir como si nada estuviese ocurriendo, o, en el peor de los casos, como si lo que estuviese sucediendo fuese problema de alguien que, quien sabe como y porque, nunca era “yo”, ni “los míos”.

El caso es que la colega Claudia había recibido, y tomado en tratamiento, a otra psicóloga recientemente formada. Esta psicóloga, a quien llamaremos X, estaba casada hacía poco tiempo con un oficial de la Policía Federal.

X decidió emprender un tratamiento porque su matrimonio estaba tomando rumbos inesperados. X narraba que se casó muy enamorada, y que aquel que era, por entonces, su novio, era un hombre muy atractivo, “una mezcla de estudiante universitario, con atleta olímpico y hippie de los años sesenta”. No se trata que X ignorara que era funcionario policial, pero su futuro marido le había explicado que cumpliría funciones administrativas, aunque las mismas exigían su presencia en horarios extravagantes porque tenía que escribir declaraciones de testigos etc.

Los primeros meses de convivencia fueron todo lo felices que X podría haber imaginado. Pero gradualmente se fue, primero decepcionando, después preocupando, y finalmente alarmando hasta el terror. El esposo exigía de X prácticas sexuales extravagantes y violentas (a las cuales no quiso referirse en detalle), y siendo que las mismas habitualmente concluían en peleas, el hombre acostumbraba a tratar de reconciliarse trayendo regalos, y forzando a X a aceptarlos.

La psicóloga X comenzó prontamente a sospechar, no solo de la salud mental de su conyugue, sino también de la naturaleza del trabajo que él hacía en la Policía. Perdió el sueño y el apetito, desarrollo una frigidez sexual y fue inva-

dada por un miedo creciente que iba afectando enteramente sus actividades. Habiendo todo este cuadro llegado a un punto intolerable, X confesó a su marido que quería separarse, frente a lo cual él respondió con una hostilidad que se fue incrementando al punto de amenazarla con que, si ella lo dejaba, él la mataría.

Fue entonces cuando X pidió a su marido autorización y respaldo económico para iniciar un tratamiento psicoterapéutico. Ante las protestas de hombre “Que no creía en ésas cosas”, X insistió en que psicoanalizarse era parte de su formación profesional, y que para poder conseguir trabajo en su especialidad (lo cual no había obtenido hasta ése momento), debía someterse al mencionado tratamiento.

El marido aceptó a regañadientes, pero advirtió a X que iría a investigar todos los antecedentes de la terapeuta, para saber si era alguien en quien se podía confiar, una de esas charlatanas de la Psicología o, lo que sería peor, una rusa de ésas mezcladas con los subversivos.

Obviamente X contó todo esto a Claudia, y ésta no pudo menos que compartir el pánico de su paciente. Durante la “guerra sucia”, no era preciso mucho más que inspirar dudas al marido de una “analizanda” para concluir formando parte del paisaje submarino de la desembocadura del Rio de la Plata.

Durante varios meses de análisis, Claudia, la psicoanalista, secundada por Adrián, el supervisor, se empeñaron en la

ímproba tarea de tratar de localizar, en el discurso de X, algún significante que les diese acceso a cualquier “otro nivel” esclarecedor que explicase la determinación de los miedos de la analizanda, mas allá de las supuestas amenazas, las perversiones sexuales, los regalos y todas esas menudencias de la realidad manifiesta que ella relataba con espanto, y de las cuales era difícil desprenderse para poder pensar en lo que “realmente” estaba aconteciendo en el inconsciente de la infeliz esposa. Pero al miedo, real, imaginario o simbólico de la paciente y de su analista, se sumó el del supervisor. Ocurrió que en una de las sesiones de supervisión, Claudia comentó alarmada con el Dr.

Adrián, que le parecía haber sido seguida por uno de los tristemente célebres Ford Falcón de la Policía.

En ése instante, algo ocurrió en la ortodoxia del supervisor. La realidad metodológicamente suspendida lo invadió todo, como un chorro de tinta roja se expande en un vaso de agua transparente.

Súbitamente el Dr. Adrián sospechó que la supuesta pesquisa del temible marido podría extenderse a su propia existencia e influenciar en el caso, y eso le llevó a cambiar el tono y tipo de la conversación con su supervisanda.

Abandonando toda abstinencia (que, obviamente había intentado mantener impoluta hasta el momento), el supervisor comentó seriamente para su supervisanda que las condiciones concretas en las que se desarrollaba ese tratamiento y la supervisión del mismo, se inclinaban

fuertemente en el sentido de poner en peligro de la integridad física de todos los participantes, y que, en tales circunstancias, no era adecuado arriesgar la vida de tres personas en función de la ayuda relativa que podría ofrecerse a solo una de ellas. Cuales serían entonces las opciones estratégicas frente a esta dramática situación? O bien Claudia abandonaba la supervisión, cosa que el Dr. Adrián lamentaba profundamente pero “Ud. entiende, no tengo como evitar”, o Claudia suspendía el tratamiento de X, o las dos cosas al mismo tiempo,...o Claudia sugería a X que dejase a su siniestro marido e hiciese una denuncia a las autoridades pertinentes pidiendo su protección.

No obstante su desesperación, Claudia consiguió pensar lo suficiente para sugerir al Dr. Adrián: que los personajes de ésta historia ya eran todos conocidos para el policía, y que seguramente para él amenazador marido, ya estaban todos irreversiblemente comprometidos en un posible desenlace negativo de su matrimonio; que si dejase a Claudia sin tratamiento, no solo la condenaría probablemente a un destino trágico, sino que perdería la poca información y control que tenía sobre el proceso desencadenado; “que denunciar el caso a las autoridades pertinentes” equivaldría un suicidio, porque en el país ya no existían “autoridades pertinentes” o, como quisiera que fuese, no se sabía quienes eran y quienes no eran, y tomarían el partido del policialesco esposo.

El Dr. Adrián sugirió entonces una postergación de las de-

cisiones para darse un lapso para reflexionar sobre la cuestión. Omitió decir para Claudia que se proponía, a su vez, llevar ese asunto a su análisis y a su supervisión, para ver que subsidios podría obtener sobre el problema. Cuando el infortunado profesional comenzó a comentar el caso con su psicoanalista didacta y con su supervisor, ambos coincidieron respectiva e independientemente en rogarle que no les dijese nada al respecto, no apenas para no comprometerlos a su vez, sino porque, en el caso de ellos resultar involucrados en alguna investigación, no podían comprometer su silencio porque ignoraban cuales serían los recursos que se podrían eventualmente aplicar para hacerlos confesar lo que sabían. En la entrevista de supervisión siguiente, el Dr. Adrián había ya tomado la decisión de retirarse del caso y de recomendar a su supervisanda a proceder de la misma manera, porque, en rigor, todavía no había ocurrido nada, y era importante explicar a X el panorama, y pedirle que, una vez suspendido su tratamiento, no adoptase ninguna actitud drástica, para permitir que el tiempo pasase y sus futuras acciones quedasen desvinculadas de cualquier conjetura acerca de una posible influencia de los profesionales implicados en el affaire. Como se podía apreciar, el criterio era, no solo el de continuar aplicando la abstinencia, sino procurar que de los males, sobreviniese el menor. Pero en ése encuentro, llorando desconsoladamente, X relató a su supervisor los siguientes hechos.

Pocos días atrás, había leído en los diarios una breve noticia acerca de la desaparición de un famoso psicoanalista, que fuera raptado de su consultorio por desconocidos, quienes también habían depredado el local y todas las pertenencias del especialista. Claudia agregó que la paciente, también desesperada, le contó que el consabido marido, después de una de las desavenencias sexuales habituales, había tratado de “amigarse” dándole como presente una colección de las Obras Completas de Sigmund Freud, que X, no tenía y mucho deseaba.

Los citados volúmenes, llevaban un sello con el nombre y la dirección del psicoanalista raptado. Cuando X, armándose de todo el coraje del que disponía, se atrevió a preguntar a su marido como ésos libros habían llegado a sus manos, éste le respondió con evasivas, y ante su insistencia, perdió la calma y la obligó a aceptarlos sin mas averiguaciones.

X, entre sollozos, declaró a Claudia que finalmente lo había comprendido todo sobre su hombre. Ya no tenía la menor duda de que su esposo era un agente de la represión, que había intervenido en quien sabe cuantos secuestros, robos y asesinatos y que seguramente terminaría por matarla si ella se negaba a actuar los papeles sexuales que él le imponía, o a recibir esos regalos de fúnebre origen. Sentía que no podía convivir con un criminal ni una hora más, y pedía de rodillas ayuda a su terapeuta porque nadie más estaba enterado de lo que sucedía, y aunque lo estu-

viere, prácticamente nadie entre su familia y amigos tendría fuerzas, poder ni inmunidad para auxiliarla.

Claudia pidió disculpas al Dr. Adrian porque, frente a ese cuadro, tomó una resolución sin consultarle, orientación ésta que no coincidía con las opciones que éste le había aconsejado. Le dijo que en rigor venía a despedirse, porque ella y su paciente habían comprado pasajes para Europa, donde ambas tenían parientes lejanos, y tomarían juntas un vuelo que salía dentro de cinco horas. Se disculpó por haberlo puesto en dificultades, y le ofreció todo lo que pudiese hacer por él en referencia al peligro en el que podían dejarlo sus actitudes previas y la salida que había encontrado.

El Dr. Adrián se quedó, por varios minutos literalmente paralizado. Íntimamente pidió socorro a toda la teoría, el método, la técnica y los valores del Psicoanálisis que había aprendido. Pensó en la imparcialidad, la neutralidad, la abstinencia y hasta en otros neologismos que después no consiguió recordar. Pero, desgraciadamente, no se le ocurrió nada específico para decir. En un impulso abrazó a Claudia, le dio todas las direcciones de amigos que tenía en países europeos, e cándidamente le preguntó donde estaban las famosas Obras Completas que eran la “pieza de resistencia” del drama. Para su sorpresa, Claudia le respondió que X se las había entregado, y que no sabía porqué, las puso en su pequeño bolso de viaje. El Dr. Adrian se las pidió, prometiéndole que las enviaría, por

correo, a la casi seguramente viuda del psicoanalista desaparecido, adjuntando una nota anónima en que le daría indicios inequívocos sobre la naturaleza del rapto.

Y eso fue lo que el psicoanalista hizo, no sin antes planear para él y su familia (por si fuese necesario), unas largas vacaciones en Francia, donde valiéndose de sus contactos profesionales, comenzó gestiones para adquirir esa nacionalidad.

Los parientes de Claudia y X fueron detenidos e interrogados, pero como no sabían nada de lo acontecido y no tenían el menor compromiso político, fueron liberados. Cuando Adrián regresó a Buenos Aires después de dos meses, nadie lo había buscado y nunca más fue incomodado, pero a partir de esa experiencia comenzó a interesarse por política, y a estudiar seriamente el tema de “la abstinencia de la abstinencia” en Psicoanálisis.

Desde entonces, jamás olvidó lo que sabía en abstracto, pero que hasta esa aventura, no tuvo ocasión de vivenciar concretamente, a saber: que no existen Obras Completas. Toda Obra es inconclusa...



S HOPPING LOVE

I

Cuarenta años! Edad de mierda! Ese pensamiento peloteaba en la cabeza de Natán todo el tiempo. Ya había oído hasta el cansancio que es la época en que los hombres sufren una crisis muy aguda, aunque Natán estaba cansado de que saber que cada edad tiene su crisis propia, que háy crisis económicas, políticas hormonales, matrimoniales y hasta crisis de las crisis. Muchas veces se le ocurrió que en realidad, todo esta siempre en crisis, algo así como que hay crisis de alta frecuencia, de baja frecuencia, arrastradas, estrue-ndosas, estri-dentes, ahogadas etc etc.

Tal vez ahora estaba en crisis, pero esta era del tipo de aburrimiento. La crisis de aburrimiento es un aburrimiento de

la crisis. Natán era soltero, y se pasaba horas rumiando acerca de porque era soltero. Los amigos psicoanalizados ya le habían dicho que era por narcisismo, por irresponsabilidad, por una fijación en su madre etc. Solo uno de ellos dijo algo que impactó a Natan, no por la originalidad, sino por la precisión. Entre wishky y wishky, el amigo balbuceó que Natan estaba enamorado del amor, y no era de cualquier amor, sino del amor romántico, el que, como es mediáticamente sabido, esta en plena decadencia. Esa historia de deprimirse después de ir para el motel con un “levante”, que ya ocurría regularmente hacía mucho tiempo, se juntaba fatalmente con la idea del “poniente”, y ésta, a su vez, con la del “ocaso”...y después venía la soledad: “quien te va cuidar cuando seas viejo”, y “no vas a tener un hijo?”, “vivir sin amor es como no vivir”...en fin,.. todo lo que sería de esperar para preocuparse y sufrir y para no encontrar salida alguna en esos lugares comunes de la cultura tradicional, medio post-modernizada. Para entender los neo-arcaísmos de Natán, es indispensable recordar, sin que sea explicación suficiente, que su madre había sido Directora y maestra de una escuela durante treinta años, que su principal inspiración era Sarmiento y que para ella, sin duda alguna, “gobernar era poblar”, a pesar de haber tenido solo un hijo, sin usar nunca método anti-concepcional alguno, porque era profundamente católica. El Padre de Natán, por su parte, fue funcionario de la Municipalidad de la Provincia de Buenos Aires, miembro eterno del Partido Radical sin jamás ocupar un cargo político, y

conocido por su amor a la patria, su honestidad y su campaña contra el servicio militar obligatorio. Ambos fallecieron, casi juntos, dejando a Natán solito en el mundo, aunque acompañado por esos dignos valores heredados a los que nunca renunció.

Trabajando desde los 14 años, desde chico de recados hasta contador improvisado de un frigorífico, Natán concluyó por tornarse dueño de un negocio de importación exportación de alimentos “perecibles”, y eso de perecible, siempre fué un sonido amenazador para el empresario. Es claro que “perecibles’ quería decir que se deterioraban mas o menos rápidamente, lo cual le daba a su trabajo un ritmo de urgencia de acuerdo con el cual las cosas tenían que ser hechas con rapidez y precisión, porque sino el cargamento aéreo se pudría en los depósitos. Pero el “perecible” tenía la mala costumbre de deslizarse de las mercaderías para el negociante. Perecible, significaba que la vida es corta, y que lo que no se vive en cierto momento no se vive nunca más. “Sic transit gloria mundis”.

Natan trabajaba con varios países limítrofes de Argentina, y muchas veces, según las viscitudes del mercado, se le presentó la posibilidad de radicarse en otro de esos territorios linderos. El negocio era bueno, y su situación económica no dejaba nada a desear. Pero Natán, ya que no había podido encontrar nunca el amor que buscaba, estaba bastante enamorado de Buenos Aires, era un gran admirador de las mujeres porteñas, pero le angustiaba el hecho de que no

conseguía ninguna que le inspirase la dulce y respetuosa pasión a la que aspiraba.

Una tarde cerró el escritorio, un poco cansado y triste, pero fundamentalmente aburrido, y decidió dar un paseo por los shoppings de las afueras de la ciudad. El pretexto era que necesitaba un saco sport. Tenía muchos trajes, pero había momentos en los encuentros comerciales en que se necesitaba un saco sport que no fuese azul con pantalón gris, porque esse uniforme de argentino-inglés lo tenía cansado. La recorrida podría haber sido agradable, las luces eran policromas y fulgurantes, cada shopping era mejor que el outro, todo resumaba una elegancia y una fastuosidad que invariablemente le hacía pensar que estaba en Miami, Los Angeles o Milán, y no en la capital de un país que estaba siempre al borde de la ruina.

Las vidrieras eran un festival de lujo y de buen gusto, Los vestidos centellantes, las joyas, los relojes, los enormes televisores, los tocadiscos de formato interplanetario, los restaurantes “íntencionales”. los bares “oscuritos”, en fin, pura prosperidad falsa y cosmopolitismo mercantil.

Pero Natan se aburría y se daba cuenta de que se aburría. Su tedio era tal que se aburría hasta de que no se le ocurriese ninguna otra metáfora que “como una ostra”. Hasta el lenguaje se vuelve aburrido cuando uno no puede ir más allá de los proverbios.

Finalmente, se decidió por una tienda enorme y aristocrática de ropa para hombres. En el momento de entrar, notó que

todos los funcionarios eran mujeres. Jóvenes, altas, delgadas, todas rubias (naturales y no tan naturales), de melenas largas y milimétricamente recortadas y peinadas. Una catarata de ojos claros, de lánguidas pestañas, de pechos firmes y puntiagudos semi-descubiertos, de glúteos sólidos y de piernas finas y perfectas, de labios no demasiado avultados, delineados milimétricamente, húmedos y brillantes que se abrían en sonrisas pre-fabricadas mostrando dientes irreprochables. Los rostros relucientes de juventud y de equilibrado maquillaje destellaban mas aún porque estaban sembrados de pequeños puntos luminosos lanzados al azar sobre las frentes altivas y las mejillas sedosas, lo cual daba a las chicas un aire de árbol de Navidad.

A Natán le pareció percibir un cierto movimiento como de competición entre las vendedoras-vestales que parecían disputarlo como cliente. Pero después observó que la tienda estaba casi vacía, y que esa pléyade de criaturas maravillosas probablemente entaban con poco trabajo. Es claro que apenas logró pasar una mirada, entre maravillada y asustada, en forma de trayectorias sobrevolantes sobre “partes” espléndidas de esa multitud erótica. Se sentía aun poco avergonzado de mirar sostenidamente a cada uno o alguno de los ejemplares unitarios de esa masa de seres cinematográficamente pasteurizados.

De golpe, se encontró frente a frente con una figura “entera”, de entre esa nebulosa fragmentaria de pedazos auto-suficientes y deslumbrantes.

La vendedora era una muchacha de unos veinte años, un poco más alta que Natan, de una belleza que parecía condensar la de todas las otras que se arremolinaban en los corredores. Linda, hermosa, estupenda, sobre-humana, para que tratar de calificarla y describirla. Natán había ido a muchas exposiciones comerciales y hasta a varios desfiles de modelos y jamás vió una mujer así.

La chica abrió el diálogo con un saludo obvio y apropiado y agregó “En que podemos servirle, señor?”. Natán sintió que su mandíbula se había trancado en las articulaciones y a pesar de un enorme esfuerzo no consiguió sino emitir un sonido inarticulado basado casi exclusivaente en un bajo y tembloroso “ah ah ah ah ah”... La vendedora entendió inmediatamente, con una tierna perspicacia, lo que estaba sucediendo, y continuó preguntando: “Alguna camisa, corbata, zapatos...? Tenemos el mejor surtido de la ciudad”.

Natan pudo, no sin un profundo esfuerzo, cambiar el “ah ah ah” por un “as as sa”... y la vendedora, a su vez, sonriendo un poco más amplia y personalmente interrumpió: “Ah si, saco, el señor quiere un saco!”

Natan, al escuchar su deseo formulado por esa boca afrodisiaca, se recompuso, al final, él era un hombre maduro y de negocios. “Si, si, un saco sport, de esos con pliegues y tablas en la espalda, Ud sabe no?”.

La chica después de afirmar con cierto entusiasmo pero también con mucha discreción, que tenían exactamente lo que Natán necesitaba, le pidió que la siguiese por los tortuosos

pasadizos de la tienda.

Si la visión frontal de esa mujer lo dejó tartamudo, el punto de vista posterior le dió varias veces la sensación de iba a desmayarse y que caería estrepitosamente para despertar en el sector de primeros auxilios del shopping. Ella caminaba como la niebla sobre la cima de las montañas, como un gamo en las praderas africanas, como la leona que asecha al gamo, como...

Cuando llegaron a la sección de sacos sport, la vendedora le mostró algunos modelos y conversando a ese respecto Natan tuvo un ataque de coraje y le preguntó el nombre. Se llamaba Patricia. A Natán se le junto inmediatamente ese nombre con todo lo que amaba en la vida. Reconoció que estaba exajerando y que ese conglomerado de amores era, evidentemente, patrioterico y de mal gusto. Pero se permitió gozar de tal condensación plácidamente. La Patria, el Cabildo, la Recoleta, Comodoro Rivadavia, Perito Moreno, ‘gobernar es poblar’, “el Pueblo quiere saber de que se trata”, “alta en el cielo, un águila guerrera”, “serás lo que debas ser, o sino no serás nada”, “se necesitaba tanta agua para apagar tanto fuego”... en fin...sin comentarios. Lo cierto es que le apreció que esa chica no podía llamarse de otra manera.

Cuando fué al probador para vestir los diferentes sacos, ella se apartó respetuosamente. Natan se miró a los espejos que multiplicaban su excitación. Es claro que no vió los sacos, ni cualquier otra cosa, a no ser su cara de cuarentón, las canas

que comenzaban a overar su cada vez menos cabellos negros. Se preguntó obsesivamente si tenía alguna remota posibilidad de que una Patricia como ésa pudiese, no se sabe porque complejo inconciente, sentirse atraída por un “porteño estandar” como él, que además de común y corriente, vendía “productos perecibles”.

Sea como fuese, en vez de comprar un saco eligió dos, y en un rasgo de increíble audacia, llamó a la chica para que entrase en el probador para “darle una opinión”. Patricia entró dando muestras de una cierta incomodidad, y con una timidez encantadora arriesgó decir que los dos sacos le caían “de medida”, sobre todo porque le hacían justicia a sus hombros, que eran muy anchos. El lugar era pequeño, y Natan sintió, pesimisticamente, que esa sería la última vez que se le presentaría la ocasión de estar tan cerca de una maravilla como ésa.

La muchacha sintió la tensión de ésa admósfera tímida y cargada de afectos y salió rápidamente del cuartito, con una sonrisa contenida y forzada pero, en el fondo sincera, diciendo cosas, evidentemente estereotipadas, del tipo de: “Señor, lo felicito, há hecho una excelente compra”.

Natan estaba definitivamente embalado. Había estado tan próximo de la piel, del cabello y del perfume de ella, y además había constatado la discreción y hasta la dulce timidez de la chica que llegó a balbucear: “Por favor no me digas señor, me haces sentir viejo, mi nombre es Natán”. En verdad quería poder decir que su apelativo era Tom Cruise

o Mariano Alzaga Unzué, o cualquier otro título expresivo por el estilo. Para su delicia ella respondió: “Voy a tratar de tutearte, y Natán es un lindo nombre, nunca conocí a nadie que se llamase Natán”.

Nuestro héroe estaba en la gloria. Volvieron a caminar por los corredores, en dirección al sector de expedición y caja. Este trayecto se fué volviendo nuevamente trajico para Natán. El problema consistía en que se aproximaba el momento en el que el proceso de la venta pasaría a otras manos, tendría que despedirse de Patricia, y no soportaría no dejar establecido alguna puente que le permitiese verla de nuevo. Ni soñar con volver para comprar otras prendas. La sola idea de que ella se diese cuenta, por vías indirectas, que él estaba retornando para verla, lo llenaba de una insoportable vergüenza. Pero poco antes de divisar la caja, otra vez Natan se lanzó al vacío de una actitud osada. No se reconocía a si mismo.

Alcanzó a Patricia que iba, después de despedirse discretamente, la rodeó y la encaró, y aún viendo en ella una expresión de sorpresa cercana al susto, algo que no era él mismo, pronunció esta frase: “Patricia, por favor no me interpretes mal, pero estoy encantado de haberte conocido. Hace muchos años que nadie me causa la impresión que vos me has provocado. Por favor, como puedo hacer para verte de nuevo”? La chica, se ruborizó, (créase o no) se ruborizó, y dando una furtiva mirada a su alrededor para verificar si alguien estaba asistiendo a la escena murmuró, dando una es-

pecie de marcha atrás en el tuteo: “Señor Natán, aquí en esta tienda esta estrictamente prohibido establecer cualquier relación personal con los clientes”.

Natán sintió una onda gélida recorrer todo su cuerpo desde los pies hasta la frente. Nuevamente se atrevió: “Comprendo, comprendo y pido mil disculpas, pero por favor, permítame tomar el saco para darle una ojeada y voy a poner en el bolsillo mi tarjeta. Te ruego que, cuando puedas, me des una llamadita telefónica. Nunca terminaré de agradecerte”. Ella no dijo ni que sí, ni que no, pero el problema fue que los bolsillos del saco estaban respunteados y Natán tuvo que animarse a pasarle la tarjeta escondida detrás de la prenda en su percha. Y Patricia la recibió, dando pruebas inequívocas de preocupación y de malestar.

II

Los próximos días fueron un tormento para Natán. Se quedó prendido a los teléfonos del escritorio y de casa horas y horas. Entre las decenas de llamados, no estaba el tan esperado de Patricia. Después del cuarto o quinto día, la conocida sombra de sinsentido y depresión se iba espesando en su alma y comenzó a temer que no sabría como salir de ella (no apenas de la negrura en el alma, sino del alma misma). Estaba seriamente preparándose para ir a alguna boite de Olivos y agarrarse una borrachera apoteótica de wishky, cuando a las seis de una tarde atendió un llamado. “el señor Natán está ahí”?

Campanas, clarines, el órgano de Catedral de la Plaza de Mayo, nada habría sonado con mayor belleza e intensidad. “No me digas que sos Patricia!”, exclamó agitadísimo. “Se acuerda de mi, la chica de la tienda de ropa masculina?” Natán iba a responder que, en rigor, no se acordaba de ninguna otra cosa en el mundo desde que la conoció, pero se contuvo, y solamente articuló, lo más formalmente posible: “Pero como no me voy a acordar, no sabés que enorme placer me da escucharte!... porque demoraste tanto en telefonarme?”. Respuesta casi inaudible: “Bueno Ud sabe, como le dije, en la tienda no está permitido a las vendedoras cualquier contacto con los clientes fueradel trabajo”.

Natán estaba casi envalentonado: “Querida, jamás nadie se enterará por mí que me has llamado y, por otra parte, esa regla es inconstitucional, que se creen en tu trabajo, que Uds. son esclavas, o algo así?”

En fin, lugar común va, lugar común viene, Natán declaró a Patricia, con voz más lastimera que entusiasta, que quería verla y que ella eligiese el lugar, el día, la hora y con cual de los sacos que compró debía ir vestido. Ella vaciló bastante, pero después de un largo silencio, por fin dejó oír una suave carcajada, y marcó el encuentro en el peor lugar que Natán habría esperado. Si, desgraciadamente, un Mac Donalds, en plena calle Corrientes, a las siete de la tarde, a la salida del horario de la tienda.

Pero nada importaba. Natán estaba en las nubes. El día marcado fue a su peluquería, se hizo afeitar, cortar el pelo y los

bigotitos (Natán usaba bigotitos), pasar crema hidratante y, una vez en casa, se coronó con un perfume que compró en Italia y que no usaba nunca.

Se vistió con sus mejores pilchas y con uno de los sacos esport que le parecía más sugestivo y llegó al Mac Donald con media hora de anticipación. Patricia llegó quince minutos tarde, pidiendo disculpas.

Él que esperaba verla aparecer arreglada como una modelo parisiense, no pudo dejar de sorprenderse. Ella estaba vestida con jeans viejos, una remera blanca un poco arrugada, sin una gota de maquillaje y bella como un ángel. Parecía más joven aún que con su lujoso “uniforme” de vendedora, y su hermosura refulgía con más naturalidad que el atardecer.

El pidió un wishky y ella un ice cream de frutilla, receta ésta que se repitió, por lo menos cuatro veces. Conversaron durante horas, de todo lo que, al mismo tiempo en que era importante para conocerse, conseguía evitar absolutamente todo lo que pudiese crear alguna intimidación. Entre tantos temas, él le explicó (con alguna preocupación) lo que eran “alimentos perecibles”, y ella le contó que trabajaba de tarde y estudiaba asistencia social de mañana, que su padre era Juez, y su familia bastante rica, pero que ella quería tener su propio dinero, porque todos eran demasiado rígidos y moralistas y “no la dejaban hacer su vida”. Explicó que le gustaba mucho viajar, y que ya había estado en varios países, pero que su padre veía esas travesías como un escándalo, y

que se negaba terminantemente a darle el dinero necesario para eso, aunque se lo daba generosamente para cualquier otra cosa.

La idea de estar tratando de seducir a la hija de un Juez, veinte años menor que él, volvió a darle a Natán aquel frío que circulaba desde los pies hasta la punta de la nariz, pero ya era tarde, sintió que nada ni dadie en el mundo podría detenerlo. La verdad sea dicha, Natán tenía un enorme respeto por la Justicia, y más aún por los Tres poderes, la Democracia y otros valores por el estilo.

A las diez de la noche ella le dijo que tenía que irse porque al día siguiente tenía que estar temprano en la facultad. Natán, sobreponiéndose a la sensación de que había adelantado muy poco en el vínculo, y que separarse de ella era una especie de desgarramiento, aceptó con la mayor elegancia. Le ofreció llevarla a su casa con el auto lo cual ella agradeció pero rechazó alarmada, diciendo que ni soñar con que alguien la viese llegar casa en el auto de “un hombre”. Cuando se despidieron, Natán sintió que tratar de darle un beso en la adorable mejilla “no iba a funcionar” y se le ocurrió, cuando se dieron las manos, besarle una de ellas, larga y blanca como un cisne. Ella, como siempre, no pudo evitar mostrarse a la vez risueña y atemorizada.

En las semanas siguientes se encontraron varias veces. A Natán le costó un esfuerzo indescriptible conseguir que ella aceptase verse en un lugar más “reservado”. Pero lo fué logrando con infinita paciencia y cuidado, hasta que una vez,

que se hizo un poco más tarde, la convenció a “acercarla” a su casa, y cuando llegaron a unas cuadras de distancia, en Palermo Viejo, Natán paró el auto en un lugar oscuro y por fin llegó al éxtasis de besar aquella boca encantada. Le pareció notar que la chica estaba considerablemente dura e incómoda, pero también, en determinado momento, que su respiración la delataba, que estaba exitada, y que bajó corriendo del auto dando claramente la impresión de que no estaba pudiendo contenerse.

Natán era un volcán de emociones profusas, difusas, contradictorias y extenuantes. Un deseo insoportable, una impaciencia devoradora, un miedo más allá de toda explicación, una culpa desconcertante “en un hombre moderno, maduro y con experiencia”.

Descuidó su trabajo al punto de dejar perder un cargamento de carne semi-songelada para Chile que le costó una pequeña fortuna. Pero ya más nada le interesaba. Pensaba en Patricia las veinticuatro horas del día, soñaba con ella, y ni en los sueños conseguía una buena escena sexual, porque cierto pudor interfería siempre, y el encuentro erótico se consumaba de maneras clásicas y recatadas.

Con todo, las permanencias en auto se fueron prolongando, las caricias avanzaron en audacia, y llegó un momento en el que alcanzaron tal grado de osadía que a Natán le pareció que, tanto él como Patricia estaban a punto de descomponerse o de enfermarse de “calentura”.

Llegado a ése punto, Natán no pudo evitar de pedir a su

amigo más íntimo una conversación particular “de urgencia”. Su amigo llegó al encuentro preocupado, porque, aunque Natán no quiso adelantarle por teléfono de que se trataba, el antiguo camarada sintió algo de extraordinariamente alarmante en el pedido de una charla, que era muy poco frecuente.

Cuando se enteró de toda la historia, el amigo tuvo un primer impulso de responder como lo habría hecho cualquier compinche consultado sobre la cuestión. En primer lugar felicitarlo, decirle que es justamente eso lo que “le recomendó su psicoanalista”, mofarse un poco de las culpas de Natán recordándole que “coger una joya de ésas era para mayor gloria de Dios” etc etc. Pero había algo angustiado y serio en el relato que hizo que el amigo se contuviese, y exhortase cálida y respetuosamente a su viejo compañero a “tomar las cosas con calma, que esa podría ser la mujer de su vida, que no era cuestión de privarse de nada, pero que no había que perder la delicadeza, que él merecía disfrutar de una experiencia así, pero que eso bien podría ser más que una mera experiencia, que era tan difícil, hoy en día. Encontrar una muchacha con tales espléndidas características”...y así en adelante.

Natán se despidió de su amigo con un estrecho abrazo, y le expresó, sinceramente, que no sabía cuanto, pero cuanto! lo había ayudado.

Esa noche no durmió, pero en su corazón maduró sólidamente la idea de lo que iba a confesar y proponer a Patricia en la próxima cita.

III

Pasó a buscar a Patricia en una esquina glamorosa de Palermo Viejo. Ella estaba en su mayor esplendor. Se besaron tan largamente, que cuando Natán comenzó a pensar en como proponerle ir a algún lugar en el que estuviesen “más confortables” ya había pasado como media hora. Después de las caricias más audaces, el “hombre” le dijo a la “mujer” al oído, con una voz ronca y entrecortada, “vamos a algún lugar... ella respondió con un beso de lengua tan profundo que el agraciado sintió que se iba a ahogar, no solo de excitación, sino anatómicamente hablando.

Natán eligió el mejor motel que conocía en la ruta Panamericana y, lógicamente pidió la suite presidencial. Hasta que llegaron al suntuoso recinto, nuestro héroe rezaba todo el tiempo temiendo que algún acontecimiento imprevisto aruinase el paraíso que se avecinaba.

Finalmente estaban, “por fin solos” en el maravilloso dormitorio, amatorio, o como se quiera llamarle. Era un salón enorme, tapizado por una alfombra roja, con una cama para dos parejas, una piscina maravillosa, sauna, jardín, un televisor que parecía una vidriera del shopping donde se conocieron, un bar de espejos iluminado provisto de todas las bebidas del mundo, una heladera majestuosa etc etc.

Patricia se puso, súbitamente, más tímida que de costumbre, o algo así, y después de que Natán fué sacándole trabajosamente toda la ropa y se contorsionó para desvestirse de la

propia sin dejar de besar a la muchacha, ella pidió encarecidamente, que la permitiese ir a baño. Casi en transe, a él le costó mucho entender que era lo que ella quería. Cuando consiguió volver en sí, respondió que “claro”!, le pidió disculpas por su impetuosidad, pero se quedó en un estado, desesperante en el que todo lo que formaba parte de él estaba erecto.

Ella demoró unos minutos y volvió completamente desnuda. Natán sintió que iba a desfallecer. Contradictoriamente la imagen celestial de ese cuerpo límpido era lo único que lo mantenía conectado y lo que amenazaba con privarlo del sentido. La besó desde los pies hasta los cabellos, la consagró en ese altar de brocato y seda que era la fastuosa cama, y temió no poder llegar a soportar el grado de agitación en el que estaba y verterse prematuramente sin llegar al acto. Sentía extrañamente que ésa era la mujer de su vida, porque jamás había experimentado una pasión igual, que reunía la ternura con el amor, el respeto y la más violenta de las excitaciones.

Con todo, ese frenesí no le impidió percibir que Patricia estaba respondiendo de una manera ligeramente fría a sus voluptuosas caricias. Cuando en cierto momento nada ya era posible a no ser la penetración, la moza lo separó suavemente de sí y le dijo respetuosamente que necesitaba decirle algo.

Otra vez Natán se sintió una bestia bruta, y trató de recomponerse, farfullando que ella tenía razón, que le diese unos

minutos para calmarse, que había sido imperdonablemente exagerado y otras cosas de ése tipo. En los pocos minutos que tardó para enfriarse lo suficiente como para recobrar el aliento, pasaron por su cabeza innumerables ideas terroríficas acerca de que era lo que podía estar ocurriendo. Pensó que se había olvidado por completo de la desagradable cuestión del preservativo, o que tal vez Patricia preci-saba de algún tipo de promesa de continuidad en la relación, o que ella estaba asustada,...y lo peor de todo, que tal vez fuese virgen. Esa última posibilidad lo llenó de cariño, de culpa, miedo. Como ese angel rubio estaba extrañamente callado, Natán se decidió y le contó todo lo que estaba imaginando. Ella lo miraba con sus ojos fluo-rescentes en los que en algun instante a él le pareció que pasaba una centella de humor. Finalmente Patricia comenzó a hablar y lo más desesperante de todo es que lo trató de señor y de usted, como cuando se conocieron en la tienda. A Natán le parecía que el universo entero se desmoronaba sobre su cuerpo y su alma turbados, y se preguntaba, en tanto escuchaba, cual había sido su error o su torpeza, y que era lo que había provocado ese brusco cambio en su amada. Asi, poco a poco, se fué enterando de lo que se trataba, y a medida de que comprendía las lentas palabras de la chica, la angustia y el remordimiento que experimentaba se fueron transformando sucesivamente en una perplejidad abismal, en una incredulidad pasmosa y finalmente en una rabia incontenible.

Patricia le explicó que lamentaba decirle que, en realidad, ese era su trabajo, que el empleo en la tienda era verdadero, pero que significaba solo una fachada, que todas las soberbias chicas que atendían eran estudiantes, asi como ella, que estaba cursando asistencia social, pero la crisis económica no les dejaba otra alternativa más que cobrar por sus amores. Pidió disculpas por haberle mentido que vivía en Palermo Viejo, y una serie de otras supuestas confidencias acerca de su familia etc etc, pero que, en suma, eran cuatrocientos dólares que él tendría que pagarle para seguir adelante con la ceremonia.

Natán, que estaba como alcanzado por un rayo, apenas consiguió pedir que le repitiese lo que le estaba diciendo, porque no lograba creer en lo que oía. Ella, pacientemente, volvió a detallarle toda la historia, esta vez con un tono menos formal que conseguía la hazaña de juntar la familiaridad con el profesionalismo.

Después de la rabia, Natán cayó en una insondable tristeza. Lo único que conseguía preguntar era aspectos estúpidos tales como “todas esas chicas...todas son...?” y no conseguía completar la sentencia con el vocablo adecuado. Patricia, sin perder la calma, lo informó de que no solo era así en esa tienda, sino en toda la cadena de tiendas de la empresa y en varias otras de diversos shoppings de la ciudad.

Nuestro héroe se dejó caer en la cama cinematográfica al lado de la chica, encendió un cigarrillo, y permaneció largamente en silencio.

La vergüenza de haber sido tan ciego le enturbiava cualquier

decisión que pudiese tomar en ése momento. Curiosamente insólitas reflexiones se le mezclaban con recuerdos de la infancia y con sus excentricos rasgos conservadores y moralistas de patriotismo.

Esto es posible! Se trata de Buenos Aires, de Argentina, de mi Patria!?. No será que estoy en Amsterdam y no me doy cuenta? Esto no es una parte de “La decadencia del imperio americano”, película que vi y me dejó con gastritis durante una semana? Esta es la juventud del tercer milenio en la ciudad más europea de La tinoamérica?.

Absurdamente vinieron a su cabeza las imágenes de su Madre, de sus hermanas, de él mismo siendo abanderado de la escuela primaria en la que se destacó por su aficción a la historia nacional, de su pena por no haber podido dedicarse a la política, o a la docencia... de su argentinidad fuera de moda... y seguidamente aparecieron las imágenes de si mismo viejo, solo, atendido por una mucama vieja, que era al mismo tiempo cocinera y enfermera.

Bruscamente fué interrumpido en sus dramáticos devaneos por la voz de Patricia que le pregunto si se sentía bien y “si quería o no quería”?

A Natán le tomo casi quince minutos decidir al respecto. Finalmente se levantó, fué hasta donde estaba arrojado y arugado su selecto saco esport, saco la chequera, encendió la luz despues de haber apretado infructuosamente media docena de botones del tablero niquelado de la calqualadora, llenó temblorosamente el consabido cheque, se lo dió a Patricia quien exclamó cortesmente que “No era preciso que fuese ahora”, extendió su cuerpo sobre el de ella durante casi media hora, y desistió víctima de una impotencia radical, que hacía su pene parecer una trapo de secar platos.

Llevó a Patricia al barrio de Caballito, donde ella realmente vivía, se despidió con un beso fugaz en la frente de la moza

y respondió a los consuelos de ella (“eso le pasa a todo el mundo, tenemos que encontrarnos de nuevo”) con una especie de gruñido inaudible.

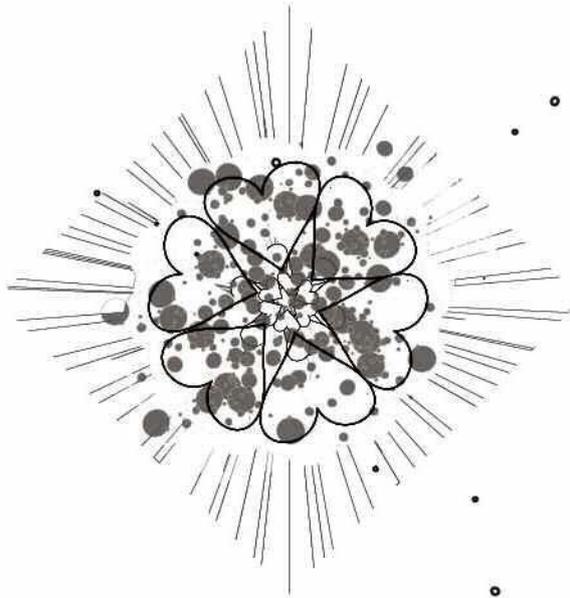
Después de ése episodio, la vida de Natán no cambió demasiado. Apenas su amigo íntimo, que nunca supo nada del acontecimiento, lo notaba cada vez más retraído, menos dispuesto a ir a fiestas, boites etc, y menos dedicado a sus negocios.

Lo único de nuevo con que termina éste triste relato es que, años después, en una recepción del Consulado chileno, al cual lo invitaron por sua actuación comercial, a Natán casi se le cae la copa de chapagnhe de la mano cuando vio a Patricia (era Patricia?) con un vestido plateado fulgurante y un peinado alto que hacía su belleza más madura y aristocrática, de brazo dado con un alto funcionario del Consulado uruguayo.

Por extraño que parezca, ella lo reconoció,

Se aproximó discretamente, entabló con Natán una conversación bastante formal, le dijo que se había casado con el tal funcionario, que abandonó los estudios y que trabajaba en una alta repartición del Merco Sur.

Es imposible describir lo que Natán sintió ante ése encuentro. Lo poco que puede decirse es que eso lo ayudó a decidirse por su idea de mudarse para los EEUU, siempre para continuar su negocio de “alimentos perecibles”, lo cierto es que nunca se casó y que le pareció constatar, pasado mucho tiempo, que todo lo que le era sagrado, (alimentos aparte), ya había “perecido”.



UNA “TARDECITA PORTEÑA”

Mi amigo Ardiles me contó lo siguiente y no me prohibió que lo escribiese.

Siempre es patético constatar los fracasos de los apasionados al tratar de describir y explicar que “le ven” al ser amado, o acerca de porque es supuestamente tan extraordinario. No pretenderé que en el caso de ésta tentativa sobre el particular, ocurra algo diferente. Pero, realmente, yo estaba completamente fascinado por ella. Nos conocimos en una conferencia que pronuncié acerca de Sociología del Arte, en el transcurso de la cual, desde el momento en que la vi, el resto del público desapareció, extrañamente, por completo. Yo hablaba y hablaba, como si me hubiese dado un ataque

de interés especial en el tema y como si ésa fuese la última charla que proferiría en mi pedante vida de crítico de arte, durante la cual conseguí escribir en todas las columnas de los paupérrimos periódicos argentinos. En algún momento, casi llegué a darme cuenta de que me estaba exhibiendo, fanfarroneando y teatralizando mi exposición. A pesar de que ésa actitud no es poco habitual en mi, la asunción de que el over-acting estaba perpetrándose, normalmente me produciría bastante incomodidad. Pero ésta vez no fue así. Yo me sorprendía coqueteando y no me importaba en absoluto, especialmente en la medida en que la mirada de Phrana... porque ella se llamaba Phrana, (nada más ni nada menos)... no se desviaba un milímetro de mi objetivamente poco favorecida figura.

Es de temer que deba continuar éste relato tratando de describir el fabuloso paisaje a partir del cual la mirada de Phrana me acariciaba, infundiéndome una agitación casi intolerable. Digo paisaje porque el cuerpo y el rostro de esa mujer no eran un objeto de percepción para mí, sino una especie de nebulosa rosada (un presentimiento), poblada de flores, animales, astros y planetas, a los que el estado de ignición no impedía distinguirse sobre un fondo de jalea de frambuesa, en la que me incluía chapoteando. Nada de lo que acabo de decir es demasiado original, lo sé, pero aquí hay que agregar algo que me pareció insólito. Toda esa exhuberancia sensorial era compatible, aunque inexplicablemente, con una frialdad mercurial, con una tristeza gélida,

rayana en la inexpresividad. Paradojalmente, entonces, Phrana me miraba con una insistencia y un brillo devoto, y al mismo tiempo, la temperatura austral de esa mirada me obligaba a preguntarme si el asunto era verdaderamente conmigo y a escrutar sin pausa que era exactamente lo que me quería decir.

Cuando la conferencia concluyó, cosa que mal puede esperar, ella se aproximó (seguramente porque los hados oyeron mis mudos ruegos), se presentó, me dijo que le habían interesado mucho mis ideas, que se dedicaba a la pintura y que le gustaría mucho una conversación personal conmigo. Perdiendo por completo la línea que mi larga experiencia sentimental me recomendaba, le pregunté algo así como “si no podía ser ahora mismo”, a lo que ella respondió afirmativamente, con una mínima sonrisa socarona esbozada en la comisura cómplice de unos labios inolvidables. Porque, detengámonos un poco en su rostro y su boca. Comenzando apenas la tarea ímproba de describirlos, diría que Phrana tenía una cara resultante de una amalgama inspiradísima entre la de Ingrid Berman y Liv Ullman, pero enmarcada por cabellos negros blandamente rizados e hidrografiada por unos lacustres ojos verdes oscuros de proporciones asustadoras. Su piel era pálida y ligeramente cansada, o no demasiado bien cuidada...o no sé qué.

Y el problema que eso generaba consistía en que, además de que Phrana causaba deslumbramiento y una insoportable excitación, también despertaba una dulce piedad, que hacía

que las otros afectos no pudiesen evitar de tornarse mórbidos.

Fuimos a cenar, ceremonia durante la cual yo experimenté constantemente la sensación de tener muchos más miembros de los que sabía usar y un orificio alimentario que nunca estaba donde el tenedor o la cuchara esperaban encontrarlo. Con esa suavidad siempre limítrofe con la melancolía, Phrana me contó “su historia”. Ella y su marido (al que amaba mucho), habían sido militantes políticos de izquierda, estuvieron un breve tiempo presos, fueron liberados por intervención de ciertas influencias y emprendieron un largo viaje por Oriente Medio y el Norte de África. Pero no uno de esos paquetes turísticos, sino un periplo tipo “Un té en el desierto” (también conocido como “El cielo protector”), durante el cual esperaban resolver un enigmático y lacerante conflicto que los distanciaba. Después de haber oído que tenía un marido al que amaba mucho, declaración que me produjo un efecto de vértigo espantoso, del que me repuse a duras penas yendo al toilette, Phrana no quiso contarme en que consistía el conflicto y mucho menos si había llegado a resolverse.

Después de la cena fuimos a tomar un café en un bar de Corrientes, y luego a un banco de una plaza donde continuamos conversando hasta las tres de mañana. Vale la pena contar que, durante ése lapso, yo hice todas las grotescas, gentiles y respetuosas maniobras que conocía para aproximarme a Phrana, mirar a fondo en los ojos, tomar la mano, besar la

mano y así por estilo. La respuesta de ella a tales requerimientos mantuvo siempre una regularidad que solo mucho más adelante yo verificaría que se trataba de una trampa mortal. Prana aceptaba la caricia pasivamente, miraba con aquellos ojos bellos-fríos-tristes, y no retribuía con nada que fuese algo más que eso. Después de varias horas de practicar esa gimnasia seductora y obtener ése tipo de respuesta, el entusiasmo que me causaba estar teniendo una intimidad creciente con una mujer de tamaño belleza, se fue mustiando por el impacto de aquella conspicua frialdad. Como quiera que sea, la acompañé a la casa, me despedí con un beso apasionadísimo en aquella boca carnosa de labios un tanto secos, que se adherían a los míos como si quisieran expresarles todo lo que su dueña era incapaz de decir de ninguna otra forma...o apenas debido la tensión superficial de las mucosas de una gran ansiosa? Bueno: es lo que yo me empeñaba en esclarecer. Quedamos en encontrarnos al día siguiente para almorzar.

Obviamente, no pegué los ojos en toda la noche. Me la pasé mirando la televisión sin ver absolutamente nada y me reforcé en la duda de si debía o no invitar a Phrana a acostarse conmigo, donde, como etc etc. Nuevamente nos encontramos, fuimos a almorzar y el clima que ya describí volvió a presentarse más intenso que nunca, tanto es así que, cuando llego el momento en que le propuse que durmiésemos juntos, creo que la propuesta me salió transformada en una especie de: _“si no es muy incómodo para vos”.

Phrana respondió a la propuesta, exactamente, pero EXACTAMENTE, igual a cuando le tomé la mano por primera vez. “Está bien, vamos”... y sus ojos sobrenaturales se velaron mas de lo que ya eran aterciopelados.

Yo elegí un motel que quedaba en una calle transversal cerca del final de la Avda Pueyrredón. Era el más elegante que conocía, o mejor dicho, los otros eran peores. El ritual de entrada fué tan antipático como siempre, pero Phrana, a la que yo observaba de reojo, no mudó un ápice su tesitura fundamental.

Pero una vez que estuvimos establecidos en el cuarto, en el que solo faltaba Al Pacino haciendo de Scarface en la Cuba de 1945...la cosa llegó a su límite. Y lo planteo así porque durante esas horas descubrí que es considerablemente posible besarse y acariciarse al extremo pero unilateralmente, como lo había estado haciendo hasta el momento, pero era completamente inviable estar desnudo en una cama de Motel, con una mujer mitológicamente perfecta y jugando a tener un coito que estuviese exclusivamente en mis manos, o en la parte de mi cuerpo que se esforzase en ser adecuada a ésos efectos.

Dios es testigo que ensayé con Phrana inapelablemente todas, las caricias que había aprendido y hasta me obligué en plena desesperación a inventar algunas que me sorprendieron. La Mujer, cuyo cuerpo era tan hermoso y enigmático como su faz, siempre respondía con ésa actitud, pasivo-complaciente que retribuía con los mínimos

movimientos de colaboración necesarios, pero nunca hasta el punto en que pudiesen llegar a deflagrar cualquier convicción de reciprocidad real y de entusiasmo creciente. Algunas de mis caricias, las más audaces, digamos, me mostraron lo increíblemente grotescas que pueden ser en su tentativa de crear el clima del que deberían ser a su vez, un resultado.

Demorada pero finalmente, llego el terrible momento en el que, imbuido de una estupidez colosal, tuve que preguntar a Phrana “que le pasaba” o alguna otro interrogante resultante del mismo “talento” semiótico.

Ella, rezumando el iridiado licor de su amabilidad y su tristeza me exhortó cariñosamente a no preocuparme, que no era nada, que no valía la pena etc. Estuve a punto de responderle, complementando, consagrando y cerrando el incipiente diálogo, que entendía (?) que estaba todo en orden y que podríamos descansar tranquilos en ése ridículo lugar con las manos entrelazadas...y punto.

Pero he aqui que la vida me había reservado una experiencia que sería de crucial importancia para mi. Tanto debe ser así que la olvidé por completo y solo la he exhumado para escribir éstas líneas.

Era claro para los dos que habíamos llegado a una encrucijada y también a una aporía. Si Phrana me contaba lo que estaba sintiendo, y yo a ella lo que me pasaba, seguramente algo mejoraría en la atmósfera asfixiante en la estábamos inmersos, pero al mismo tiempo, teníamos la intuición de que

el clima amoroso-erótico estaría irremisiblemente perdido. Fué entonces que Phrana me dijo que tenía en la cartera una yerba, que había traído de Marruecos. Sabía que era muy fuerte, pero no como era el nombre, y le habían dicho que reservase su uso para algún momento especialmente importante que quisiese vivir con la mayor intensidad. Me preguntó si yo tenía prejuicios con las drogas y tuvo que asistir al espectáculo de mi desenvuelta protesta demostrativa de que yo tenía una envidiable experiencia al respecto y que jamás me negaba a probar nada desconocido.

Sacamos el tabaco de un cigarrillo común, llenamos el papel con la inquietante droga y comenzamos a fumar de acuerdo con los cánones que todo consumidor de clase media es capaz de practicar. Que diablos sería aquella yerba maldita? Recordando su sabor y su perfume, he tratado centenas de veces de volver a encontrarla o reconocerla y nunca lo he conseguido.

La primera gran transformación fue la de la mirada de Phrana. Aquellos dos prodigiosos cristales abovedados y empañados, se encendieron con un brillo trascendental que hacía su belleza casi insoportable. La ternura, la pasión y la excitación que emanaba de esos ojos, en una combinación que jamás vi antes, generaba insuperablemente aquel efecto, conocido por muchos, de que ya no se sabía más si esa mirada me miraba o si ya no había nadie para mirar ni ser mirado, sino que ése mirar era un medio ambiente, en el cual “algo”, mucho más que dos “alguien” estaba inmerso en un

universo infinito sin tiempo y sin espacio definidos. Ese cuerpo ligeramente infantil de Prana, quiero decir un cuerpo perfecto de mujer joven, pero cubierto de una sutil capa regordeta que le daba la luz y la textura de un Rubens post-moderno, era una Tierra Prometida, más allá de todo cuanto yo mismo o alguien pudo nunca haberme prometido. Mi cuerpo, celularmente confundido con el de ella, era una masa cambiante de músculos restallantes, de lenguas y fluidos, de sonidos acolchados y húmedos, de esculturas majestuosas que se formaban y se disolvían como al ritmo de una melodía celeste indiscernible de las estatuas sucesivas mismas.

Y así tuvimos una relación sexual acerca de cuya duración, vicisitudes y descubrimientos poco y nada puedo decir, excepto que fue decididamente sobre o extra humana. Y alguna vez llegó el orgasmo, el de los dos, o el de ésa cosa sideral que yacía y se contorsionaba en la cama. No sé describir lo que eso fue. Parecía, simplemente el Génesis, o el Big Bang o una curiosa combinación de esos acontecimientos fundantes que, a pesar de serlo, también son finales, inauguraciones y apogeos, nacimientos y acmés.

Creo que los dos nos desmayamos, dormimos tan cerradamente que al despertar nos parecía no reconocernos, ni el uno al otro ni cada uno a si mismo.

Estabamos recorriendo nuestros contornos con trémulos dedos para recomponernos, cuando Phrana comenzó a llover, al principio muy baja y suavemente, después cada vez más

alto hasta llegar a una especie de alarido convulsivo continuo, que entraba en mi cerebro por la vía de la piel y los huesos, con la consistencia del acero licuado. Convencido, al principio, de que se trataba apenas del llanto de una mujer que ha permanecido por mucho tiempo sin gozar, debido a las amarguras de un desencanto amoroso, me multipliqué paternalmente para calmarla y consolarla. Soy un hombre de los que podrían ser considerados sensibles, aunque en general no aguanto demasiada intensidad de sentimientos, tanto que siempre me dije y me dijeron que era un poco negador y superficial. Durante mi vida había pasado por episodios mas bien terribles para un intelectual casquivano, especialmente los relacionados a la militancia política durante la dictadura, que me había dejado recuerdos apenas formales de los que me defendía con un razonable olvido y una indiferencia notable.

El llanto convulsivo de Phrana me generó, al mismo tiempo que una imbécil satisfacción, basada en la peregrina y universal idea de que había sido un amante eficaz, un cariño y una ternura que nunca fueron mi fuerte. Pero poco a poco, y en la medida en que la tormenta afectiva de Phrana no amainaba, y la altura de sus sollozos tampoco, me comencé a preocupar mezquinamente acerca de las consecuencias que tales alaridos desgarradores podrían provocar, en un tiempo en que el sistema político argentino aún continuaba siendo bastante proclive a la regresión sucia.

Mi plácido samanitarismo ya comenzaba a dejar lugar a una

discreta incomodidad por estar sintiendo miedo, cuando el mismo se incrementó súbitamente hasta una desesperación rayana en el pánico. En diversas áreas del estrecho contacto entre nuestras pieles, comencé a percibir una extraña humedad, que excedía todo lo que pudiese atribuirse a lágrimas, sudor, saliva o fluidos genitales. Cual fue mi pasmo cuando detecté que se trataba de sangre. Si, eso mismo, SANGRE!

Al principio una breve mancha de sangre, después, y rápidamente, chorritos de sangre, de inmediato surtidores de sangre, caliente, roja, y animada de los rítmicos impulsos de una circulación agitada. Aterrorizado encendí la luz del cuarto, cuyas ventanas y persianas externas estaban herméticamente cerradas, y el dantesco espectáculo que me estaba reservado, se extendió ante mi horror con toda su magnitud policrómica.

Esa sangre brotaba de la bella boca, de la griega nariz, pero lo más pavoroso, es que manaba de entre las dulces y perfectas piernas como una líquida señal luminosa del apocalipsis.

Las sábanas del maldito motel eran azules, siguiendo alguna tradición procaz que nunca supe rastrear, y a medida que la sangre las embebía, iban adquiriendo un matiz negro oleoso profético de los más amenazadores acontecimientos.

Después de emplear inútilmente las cuatro toallas de los dos pares que había en el baño y comenzar a valerme del cubrecama de satén para enjugar y detener la tormenta hemorrágica

ica, el resto de compostura que me asistía se perdió por completo en la roja nebulosa de la desesperación. Phrana, que continuaba llorando a gritos todavía más estentóreos debido al susto de la hemoinundación, se estaba ahogando en su propia sangre, y me pidió desgarradoramente que abriese la ventana. Cuando fuí a cumplir su ruego, me encontré con que ventanas y persianas estaban clausuradas, y solo conseguí abrirlas a golpes violentos inferidos con una fuerza que vino del fondo de mi horror.

En ése momento, la luz declinante de la tarde entró en el cuarto transformando la sombría escena en un tecnicolor estridente que consiguió tornarla más cruel de lo que ya era. Por un instante miré para abajo en el vacío, y en ése momento lo que restaba de mi mundo organizado se sumió en el caos definitivo. Tuve una visión de la ciudad, como desde una sideral distancia, los edificios diminutos estaban afectados de una regularidad y una monotonía geométrica miserable, y era imposible distinguir ninguna diferencia entre ellos que permitiese identificarlos.

El primer golpe de ésa percepción fue casi irónico. Pensé que la infame droga, no conforme con la vivencia oceánico-hemática, me estaba propinando una estratosférica, y que ése siniestro cuarto había decolado definitivamente con destino al vacío espacial.

Eso fué demasiado para mí. Toda mi “hombría” y suficiencia restantes caducaron estrepitosamente. Abrazado a Phrana hice coro a los alaridos de ella, lloré como nunca había lo-

grado antes llorar, y sin dejar de tratar de asistir a mi compañera, sentí como si todos mis amigos muertos por la dictadura, durante mi breve período de militancia, rodeaban él pomposo y trágico lecho formando un círculo de dolor inenarrable. El paroxismo de esa explosión mía, los manotazos que me descerrajé dramáticamente en el rostro y la cabeza, me hicieron a mi vez sangrar. En el jubileo de ese cuadro, ya no se sabía más de quien era la sangre que lo bañaba todo. Caminé ida y vuelta por el cuarto sin poder parar durante horas, pero aún en mi desvarío, cuidándome mucho de no volver a asomarme por la ventana.

Poco a poco la sangre, las lágrimas y el terror fueron disminuyendo. Tomamos un larguísimo baño durante el cual lavamos las toallas ensangrentadas, tratando de dejar el menor número de indicios posible. Pedimos y bebimos toda la Coca-Cola disponible en el “establecimiento”y, ya bien entrada la noche, conseguimos conversar acerca de lo ocurrido. Phrana me contó que había estado presa por los militares. Su actuación política era meramente cultural y muy poco comprometida, pero su belleza, como es de suponer, fue su “delito”. Violentada innumerables veces, por todas las vías imaginables, padeció y sangró por semanas hasta que la “feliz” conjunción de un estado pre-mortem por aguda anemia, con la intervención de un general “amigo”, consiguió rescatarla del tormento. Reunida con su marido inició la larga peregrinación que me había referido, a la búsqueda de un reencuentro con él y con la vida, que fracasó por com-

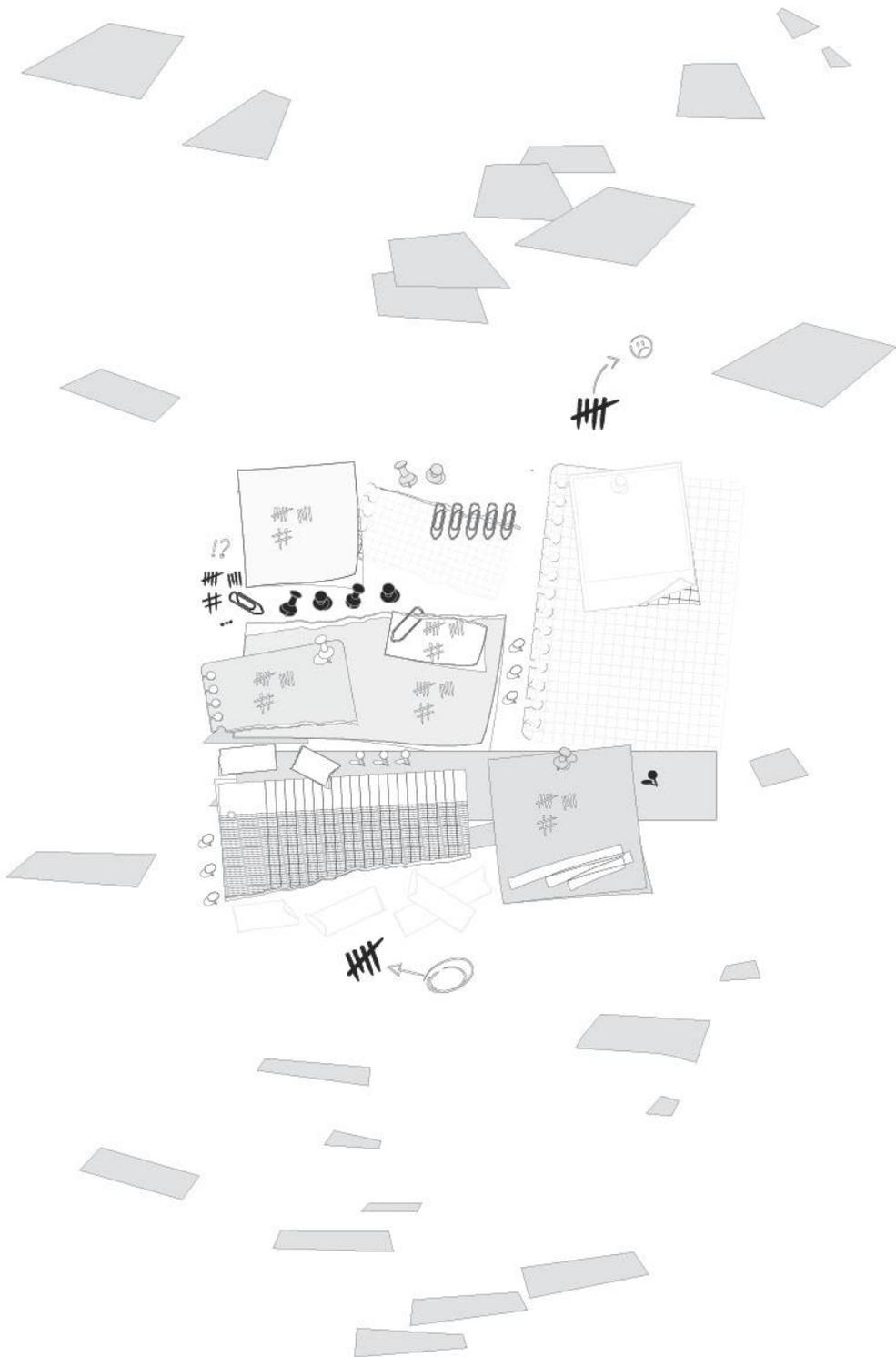
pleto. En varios años no pudo conversar con su hombre acerca de lo sucedido, y mucho menos aceptarlo sexualmente, ni pintar, que es lo que más placer le dio siempre en la existencia. Me confesó que cuando escuchó mi conferencia, sintió que yo era una especie de combinación “interesante”, porque al mismo tiempo en que mostraba cierta sabiduría y sensibilidad estéticas, parecía lo suficientemente insubstantial como para no poder generar el más mínimo amor profundo y verdadero, lo cual me hacía inofensivo para el afecto inextinguible que albergaba por su esposo.

A mi vez le narré lo que había vivido en nuestro encuentro, mi sensación de que desde hacía cinco años atrás, mi éxito profesional y sociable, mi euforia hueca y mi ostentoso esnobismo, me habían mantenido, sin asumirlo, en una especie de acomodamiento cínico cotidiano, que compartía con todo mi círculo de amigos. Difícil fue explicarle, y explicarme, como ésa “modernidad”, mezcla de un hedonismo intelectualista pequeño burgués, “buena vida” y “suceso”, estaba sutilmente contaminada con una crónica sensación de muerte y de irrealidad que me hacía sentirme alegre y elegantemente fallecido. No puedo decir que las razones de la aproximación de Phrana no me hayan dolido en el momento en que me las expresó, pero lo cierto es que nos separamos con un respeto y un cariño que yo ya había olvidado, si alguna vez conocí. La convicción de no nos veríamos de nuevo, parecía de una naturalidad incuestionable.

Muchos días después, paseando por las inmediaciones del

escenario de aquella trascendental experiencia, algo como una súbita iluminación me hizo comprender que, lo que había visto por la ventana, era el Cementerio de la Recoleta. No es que haya entendido demasiado la médula de lo que siempre me pareció una vivencia mucho mayor que mística. No sé si es preciso o posible entenderla, dentro de los estrechos márgenes con los que habitamos definir a ese proceso. Pero me pareció asumir visceralmente entonces, que lo acontecido, fue una reinención de todo cuanto constituía nuestros cuerpos y “personalidades” privadas y entidades “publicas” que las incluían, nuestra “historia” y la Historia de nuestro país. Algo así como una profunda conexión con la intensidad y materialidad Real del Sufrimiento y la Muerte de todo un Pueblo, para remontarla, como si fuese un Río de Sangre y una Ciudad de Muertos, hacia las nacientes del amor y la solidaridad.

Pero sobretodo, la peculiar superficialidad de mi espíritu “snob”, me hizo valorizar que rituales expiatorios y expedicionarios como ése que vivimos, serán invariablemente inaccesibles en todos nosotros hasta que no se demuela la grotesca cultura auto-sintónica que se resume en “esas tardecitas porteñas”, cuya meliflua cursilería edulcorada recubre por completo el pentagrama de la vergüenza nacional.



U NO SE OLVIDA, VIO?

Me entregaron una carta arrugada. No tenía remitente. Cuando la abrí vi que era de Adrián. Claro! Adrián! Todos los jóvenes argentinos parecen llamarse Adrián ... Adrián, que? No tenía la menor idea. Adrián? Me decía que la había pasado muy mal, que todo parecía un delirio, que jamás se imaginó que cosas así pueden sucederle a un ciudadano común, que trabajaba, tocaba el piano y que hasta podía ser hinchista de Quilmes. Enfatizaba en que el recuerdo de mi persona, de mi amistad y de mi entereza, habían sido una de las mayores fuerzas que lo alentaron en toda su odisea. Que se había enterado de que yo pregunté innumerables veces

por él, que me ofrecí incondicionalmente para ayudar en todo lo que fuese posible dentro de una situación kafkiana como la suya.

En pocas líneas, contó que lo habían arrestado cuando tomaba el omnibus para ir a Trenque Lauquen, para ir a ver a la familia de origen, a la que poco tiempo atrás se había juntado su mujer y sus dos hijos, que fueron por avión.

Le vieron la nutrida y roja barba, le pidieron los documentos y cuando pudo informarles de que los había puesto en la valija sin darse cuenta, poco antes de despacharla por equipaje, le pegaron la primer trompada, comienzo de la pérdida del ojo. Lo bajaron así del tren, a trompada y patada limpia, le preguntaron mil veces por el apellido y nunca le creyeron que se llamaba Gomez, Adrián Gomez. Adrián Gomez, pelirrojo y sin documentos?...”anda a cagar!” El rogó, de todas las gentiles maneras posibles (porque era un tipo especialmente pacífico), que fueran a la próxima estación y recuperaran su maleta, que los documentos estaban allá, que era visitador médico del Laboratorio Smith y Klein, que tenía mujer y dos hijos, que nunca en la vida le había hecho mal a nadie y que no entendía un pito de política.

Le dieron muchas patadas y trompadas más, varias de ellas en el mismo ojo hasta que, en un momento, ese ojo se puso todo rojo y negro y quedó completamente ciego. Cuando se dieron cuenta de que eso había ocurrido, se miraron entre ellos con inquietud pero con impaciencia. Lo metieron en otro tren que salía en sentido contrario, junto con dos sol-

dados y lo mandaron a la primera prisión. Pero poco después lo transfirieron para otra, y un mês más tarde para otra, para otra, para otra, y así sucesivamente.

Después de la primera paliza, y de las intimaciones para que dijese el nombre del responsable de unidad, donde estaba la sede de la “Orga”...nunca más le preguntaron nada, ni lo castigaron físicamente, simplemente le daban muy mal de comer y lo hacían pasar fríos terribles...mientras lo trasladaban constantemente de un distante lado para el otro. Nunca supo para donde se trasladaba (viajaba con los ojos vendados), ni tuvo celda conjunta con nadie, nunca le dejaron contactar a un abogado, a la familia, a un amigo...nada. Cuando se enfermó de pneumo-nia lo dejaron en un cuarto privado de un hospital militar en algún lugar del interior de país, hasta que se curó.

Cuando cayó el Proceso lo largaron una noche, con los ojos (o el ojo) vendados, en el barrio Constitu-ción, advirtiéndole que se callase la boca, porque sino volvería a la cárcel o a algo peor.

Viajó a Trenque Lauquen. Su familia lo había buscado con frenesí por todos los rincones del país, gastándose el poco patrimonio que tenían, sin obtener la mínima información a su respecto, y cuando ya casi lo daban por muerto, se apareció un día en el porche de la casa de sus padres.

En la carta que me envió, continuaba diciendo que todo había sido tan horroso y absurdo, tan grotescamente lesivo para su condición humana que prefería no recordarlo, y que

solo la pérdida del ojo era algo que le obligaba, de vez en cuando, a pensar que había sido un prisionero político. No quería actualmente ver a los compañeros de trabajo, ni a los amigos, ni a ningún pariente distante, aunque, en rigor, todos lo habían olvidado, y solo me había escrito a mi porque el tono con el cual siempre lo recibí y mi generosidad al interesarme por él, fue el único indicio de solidaridad que lo había realmente apuntalado en esos años infernales. Lo peor de todo es que, cuando leí la carta emocionada, yo no me acordaba de quien era él. Uno se olvida. Vió?

